

Soren



KIERKEGAARD



IN VINO VERITAS



Traducción directa del danés por
Demetrio Gutiérrez Rivero
Portada: Enric Satué
Printed in Spain

Depósito legal: M. 31.680 - 1975
ISBN: 84-250-7428-2
Impreso en Tordesillas, O. G. Sierra de Monchique, 25. Madrid

IN VINO VERITAS

Solche Werke sind Spiegel: wenn ein Affe hinein guckt, kann kein Apostel heraus sehen[1].

Lichtenberg

1 «Estos libros son como espejos: si un mono se mira en ellos, mal puede reflejarse el rostro de un apóstol.»

PRELUDIO

¡Qué bello y sugestivo es hacerse con un secreto y gozarlo! Este gozo, sin embargo, suele venir siempre empañado por la seriedad que el secreto nos impone y por los quebraderos de cabeza que fácilmente nos acarrea. Porque está muy equivocado el que piense que un secreto puede circular sin más como una moneda, cambiando constantemente de dueño. Aquí es también aplicable aquel proverbio que dice: «Del que come salió lo que se come» [1]. No menos se equivoca el que crea que estar en el secreto de algo sólo entraña una dificultad o peligro, a saber, el que se pueda revelarlo. Además de a no revelarlo, el secreto obliga a quien lo posee a que no lo eche en el olvido. Claro que peor aún que olvidarlo del todo es que se lo recuerde a medias, convirtiendo la propia intimidad en una especie de almacén de tránsito para toda clase de mercancías averiadas. Frente a los demás, por tanto, el olvido ha de ser como un telón sedoso que corremos ante sus ojos, mientras que el recuerdo es como una de aquellas vestales romanas que cruza detrás del telón donde se encuentra también el olvido, a menos que se trate de un recuerdo auténtico, ya que en este último caso el olvido queda por completo descartado.

El recuerdo no ha de ser solamente fiel, sino también dichoso. Es como el buen vino, que al embotellarlo debe conservar el aroma de lo que realmente fue. Y de la misma manera que no se puede prensar la uva en

[1] *Jueces,* XIV, 14.

cualquier época del año, pues las condiciones climatológicas de determinadas épocas tienen una influencia decisiva en la calidad de los vinos, así tampoco lo realmente vivido tolera recordarse en cualquier tiempo o circunstancia.

Recordar no es en modo alguno lo mismo que acordarse [1]. Uno puede acordarse de este o aquel suceso con puntos y señales, lo que no significa que lo recuerde. La memoria en el primer sentido no juega un papel tan grande, ya que el hecho que surge en ella lo hace precisamente para recibir la consagración del recuerdo. Esta distinción aparece claramente manifestada en las diversas edades de la vida. El viejo, como es bien sabido, ha perdido la memoria, que es por lo común la primera facultad que se pierde. No obstante, el viejo conserva siempre un cierto caudal de poesía y, según todas las representaciones populares del mismo, posee algunos dones proféticos y una especial inspiración divina. Por eso su mayor fuerza y consuelo consiste en el poder de evocación, por la que abarca todo su largo pasado en una reconfortable intuición poética. La infancia, por el contrario, tiene una memoria estupenda y una retentiva asombrosa, pero ninguna capacidad de evocación, de verdadero recuerdo. En este sentido habría que corregir el antiguo adagio popular: «Lo que se aprende de niño no se olvida nunca», por este otro más exacto: «Lo que el niño no olvida, el viejo lo recuerda.»

Las gafas de la vejez están graduadas para la visión de cerca. En cambio, cuando la juventud usa gafas, éstas se acomodan para ver de lejos, ya que aquélla carece de la capacidad del verdadero recuerdo, que de suyo provoca el alejamiento y mantiene las distancias. Con todo,

[1] El autor emplea, sucesivamente, los verbos *at erindre* y *at buske*, que, como sus equivalentes en las demás lenguas germánicas y las nuestras latinas, son siempre sinónimos y difíciles, por consiguiente, de distinguir en su literalidad. Sin embargo, en la distinción en cuanto al significado de dos formas de recordar, clarísimas en el contexto, se funda todo este preludio de *William Afham*, antes de evocarnos su recuerdo.

la feliz evocación del viejo y la afortunada retentiva del joven son dos de los dones más preciosos de la naturaleza que, como madre solícita, ampara así con toda su predilección a las dos edades más débiles de la vida humana, al mismo tiempo que son también las más dichosas. Este es cabalmente la razón de que el recuerdo y la memoria suelan versar en torno a las cosas más fortuitas.

Con frecuencia, a pesar de la enorme diferencia mutua, se confunden el recuerdo y la memoria. Esta confusión frecuente en la vida humana permite estudiar a fondo el grado de madurez que ha alcanzado una personalidad. El recuerdo, propiamente, representa la idealidad y, en cuanto tal, entraña un esfuerzo y una responsabilidad muy distintas de las de la indiferente memoria. El recuerdo trata de mantener la continuidad de lo eterno en la vida del hombre, asegurándole una existencia temporal que discurra *uno tenore* [1], como una respiración acompasada e inefable en su unidad. De este modo se evita que la lengua tenga que expresar miméticamente el cotilleo de una vida interior ajetreada y dispersa en multitud de cosas.

Este discurrir de la vida humana *uno tenore* es nada menos que la condición de su inmortalidad. A este propósito es digno de destacar el hecho de que Jacobi, en cuanto yo sepa, haya sido el único en acentuar lo que hay de terrible en el pensamiento de la propia inmortalidad de uno mismo. En ocasiones bordeó la locura e, indudablemente, se hubiera vuelto loco de haberse hecho firme en un solo minuto en ese pensamiento terrible. ¿Diremos acaso que Jacobi tenía mal el sistema nervioso? ¿O que veía cosas fantasmales que le llenaban de espanto? No, no se puede decir que sintiera semejante espanto infundado un hombre como él, robusto y con la piel de sus puños callosa de tanto golpear sobre el púlpito de su iglesia o en su cátedra universitaria cuando presentaba a sus oyentes los argumentos de la inmortalidad del alma humana, cuestión que conocía muy

1 «Sin interrupción».

a fondo, puesto que tener la piel encallecida significa en latín dominar a fondo un asunto [1].

Ahora bien, desde el mismo momento en que se confunden memoria y recuerdo, deja de aparecer como algo terrible el pensamiento de la inmortalidad. En primer lugar, según suele decirse con no poco desparpajo, porque el que piensa ese pensamiento es nada menos que un hombre de valor, verdaderamente viril y de pelo en pecho. En segundo lugar, y he aquí el verdadero motivo, porque semejantes hombres no piensan en realidad ese gran pensamiento. De cuántos hombres que han escrito las memorias de su vida se puede afirmar que no han dejado en ellas ni el menor rastro de un auténtico recuerdo, aunque ellos mismos se creían que les merecían un galardón eterno. Como si la eternidad fuera una de esas madrecitas que recompensan hasta los caprichos más infundados de sus hijos o considerara a todos los hombres igualmente solventes y dignos del mismo galardón. Claro que la misma eternidad no tiene ninguna culpa de que los hombres se engañen a su respecto, como lo hacen cuando se acuerdan de esto o de lo de más allá en vez de recordarlo hondamente, ya que lo que no se recuerda así, poco importaría que se olvidara para siempre. También es verdad que esa forma superficial de acordarse de las cosas hace la vida muy cómoda. Nada hay entonces que le impida a uno pasar a través de las más ridículas metamorfosis. Se es un vejestorio, por ejemplo, y se sigue jugando a la gallinita ciega o participando con la misma ilusión de un mozalbete en todas las loterías de la vida. Así, naturalmente, se puede llegar a ser no importa qué en el mundo, a pesar de haber sido ya un sinfín de cosas. Hasta que un buen día, como una cosa más entre tantas, le llega a uno la muerte y con perfecta lógica empieza a ser inmortal. ¿Cómo iba a ser de otro modo después de una larga vida en la que se ha logrado tantísimo de lo que recordarse eternamente?

Lo malo que sus ilusiones en este caso no tienen nin-

[1] El verbo latino *callere* encierra en efecto ambos significados: tener callos o conocer a fondo algo.

gún fundamento, ya que el gran libro del recuerdo no es un borrador en el que quepan toda clase de garabatos e impertinencias, como en el de los escolares holgazanes. La contabilidad de este libro es algo sorprendente, tan sorprendente que algunos de sus capítulos deberían proponerse como textos fundamentales de las más importantes tareas de la vida, si bien no juzgando de esta importancia según los módulos u opiniones habituales de la sociedad en que vivimos.

Como ejemplos de estas opiniones podríamos citar la de aquel buen señor, admirado y reconocido por el sufragio popular, que interviene día tras día en los debates de las asambleas generales, pronunciando soberbios discursos en tornó a lo mismo, esto es, a las necesidades perentorias de la época y sus tareas fundamentales, pero no de una manera machacona y enojosa como lo era la de Catón, sino del modo más sugestivo y atrayente, completamente a la altura de los tiempos y del auditorio, engalanado vistosamente como un papagallo de postín. Es lo que se dice un ídolo de las masas, su vocero y disertador, que tan pronto se deja desbordar por el río de su elocuencia atronadora, como se para en seco en unos amplios silencios no menos elocuentes, para volver en seguida a los arrebatos de su oratoria desbordada, mientras el respetable se desgañita aplaudiendo. No hay ni una sola semana en la que los periódicos no saquen a relucir su nombre en grandes caracteres, haciéndose eco de sus importantes intervenciones en las asambleas generales. Y nuestro buen señor, aunque esto no lo digan los periódicos, no desprecia en este sentido las mismas horas de la noche; al menos su mujer puede sacar algún partido de las mismas, pues en cuanto el no menos ejemplar marido se queda roque, reanuda de nuevo sus discursos y su sueño es hablar y hablar de las ineludibles tareas de la época.

El polo opuesto de este charlatán podría ser otro señor, poco o nada conocido, que se calla antes de hablar y medita tanto lo que va a decir que termina no diciendo nada. Ambos llegan a alcanzar, aproximadamente, la misma edad provecta. Y ahora preguntémonos por el resul-

tado: ¿Cuál de los dos tiene más cosas que recordar?

Otro ejemplo contrapuesto sería el de un hombre que sólo persigue una idea y no se preocupa en absoluto de nada más. Frente a él tenemos a un escritor de los que hacen época, especializado nada menos que en siete ramas distintas del árbol de las ciencias y que «tronchado en el momento de su espléndida madurez y asombrosa actividad —es un periodista el que hace la reseña en tales términos— por una cruel dolencia, está a punto de abandonarnos para siempre, cabalmente cuando se disponía a revolucionar la ciencia de su última especialidad, la ciencia veterinaria». Ambos han vivido también, poco más o menos, los mismos años y dentro de la misma época. Y surge idéntica pregunta: ¿Quién de los dos tiene más cosas que recordar?

En realidad sólo puede ser objeto del recuerdo aquello que es esencial, por la sencilla razón de que el recuerdo del viejo, según dijimos, está sometido a las fluctuaciones del azar, lo mismo que todos los demás recuerdos que guarden alguna analogía con el suyo. Lo esencial no se determina exclusivamente por su propio contenido, sino también por su relación al sujeto interesado. Quien haya roto todos los puentes con la idea no podrá actuar nunca de un modo esencial, ni tampoco ocuparse de nada que sea verdaderamente esencial. El arrepentimiento sería quizá en este caso la única forma de nueva idealidad posible. Todo lo que no fuera arrepentirse, aunque el individuo en cuestión llevara a cabo las empresas externamente más brillantes y sensacionales, sería algo completamente inesencial.

Tomar mujer, por ejemplo, es algo ciertamente esencial, pero quien alguna vez se haya descarrilado en las cosas del amor, ya podrá con toda la seriedad y solemnidad del mundo darse golpes de pecho a diestro y siniestro, o romperse la frente contra una pared o azotarse hasta derramar sangre por donde las espaldas pierden su nombre, porque todo eso no será más que puro teatro. Entonces de nada le servirá que su matrimonio haya constituido un acontecimiento social de la más alta categoría, anunciado por los repiques de todas las campanas

de la ciudad y sellado con una bendición especial del mismo Papa, pues a pesar de todo su matrimonio no representaría algo esencial para él, sino una función más de todo su teatro. Las pompas externas y los clamores de multitud no valen absolutamente nada, de la misma manera que la gala y el bullicio en la presentación de los sorteos de la lotería nacional no hacen de ésta un acto esencial y verdaderamente importante para los chicos que pregonan los premios mayores. Lo más opuesto que se puede concebir respecto a los contenidos esenciales es cabalmente todo ese tamborilear a bombo y platillo.

Tampoco se puede olvidar lo que es objeto del recuerdo, puesto que tal objeto no es para éste algo indiferente como lo pudiera ser todo aquello que es simple objeto de la memoria. El objeto del recuerdo se puede arrojar todo lo lejos que se quiera, pero siempre vuelve de nuevo hacia nosotros, insistente y atronador como el martillo de Thor [1]. Y no solamente nos acosa de esta manera estruendosa, sino también de otra más suave y nostálgica que se asemeja mucho a la melancolía casera de la paloma, que por más que la vendan una y mil veces nunca se queda con sus nuevos dueños, sino que siempre retorna a su antiguo palomar. Lo que quiere decir que el mismo recuerdo ha incubado su propio objeto y lo ha hecho del modo más oculto, secreto y sigiloso, preservándolo de toda curiosidad profana. En este sentido se puede afirmar que no hay ninguna ave que incube sus huevos con tanto cuidado como lo hace el recuerdo con su propio objeto, abandonándolo inmediatamente, como hacen también las mismas aves, en cuanto un extraño lo ha tocado lo más mínimo.

La memoria es inmediata y recibe sus provisiones de lo inmediato. El recuerdo, en cambio, es siempre reflexivo. Por eso recordar es un verdadero arte. Entre los dos poderes contrarios, el de la memoria y el del olvido,

[1] Thor es el dios del trueno en la mitología escandinava, el supremo después de Odin, quien lo engendró de la madre tierra, Fjorgyn. Su famoso martillo —Mjölnir— no fallaba jamás el golpe, y por muy lejos que lo lanzara, siempre volvía a sus manos.

yo siempre desearía para mí, como Temístocles, el segundo. Pero el recuerdo y el olvido no están en oposición ni son contrarios. El arte de recordar no es nada fácil, ya que en el mismo momento en que se elabora el recuerdo puede éste sufrir las más varias modificaciones, mientras que con la memoria no cabe otra fluctuación, sino la de acordarse con exactitud de una cosa o no acordarse. ¿Qué es, por ejemplo, la nostalgia de la patria? Es algo que surge en la memoria, pero que propiamente interesa al recuerdo. La nostalgia de la patria se funda sencillamente en el hecho de estar lejos de ella. El arte aquí consistiría en que no estando lejos, sino dentro de las propias fronteras, se experimentase nostalgia de la patria. Para esto se necesita ser un virtuoso en materia de ilusiones. Porque vivir en una ilusión cuando nos envuelve un ambiente crepuscular y sombrío en el que no se filtra de un rayo de sol, o abandonar simplemente cualquier ilusión mediante la reflexión no son cosas tan difíciles como forjarse una ilusión con ayuda de la misma reflexión, dejando que actúe sobre nosotros a plena conciencia y con toda su fuerza. Tampoco es tan difícil para el recuerdo, dados sus típicos dones de encantamiento, evocar lo que está ya muy lejos en el tiempo como proyectar todas las cosas próximas en una cierta lejanía con el fin de evocarlas. En esto, realmente, consiste el arte del recuerdo y de la reflexión elevada a la segunda potencia.

Para la formación de un recuerdo se requiere conocer bien el juego de contrastes de las emociones, las situaciones y el ambiente. Así, por ejemplo, para recordar y evocar una situación erótica cuyo atractivo principal consistía en haberla vivido en un apacible y lejano rincón campestre, la ocasión pintiparada podría ser a veces mientras asistimos a una sesión de teatro, cabalmente porque el ruido y el ambiente acentúan el contraste. Sin embargo, un contraste tan directo y sencillo no siempre resulta feliz. De no ser una cosa fea y detestable usar de un ser humano como medio, lo mejor en estos casos sería probablemente, para suscitar ese contraste favorable al recuerdo de una situación erótica, embarcarse en una

nueva aventura amorosa con el solo fin de evocar la primera.

El contraste y la contradicción pueden ser enormemente reflexivos. El punto culminante que la reflexión es capaz de establecer entre la memoria y el recuerdo, se alcanza precisamente cuando se emplea la memoria en contra del recuerdo. Dos hombres pueden muy bien, por motivos completamente contrarios, no desear visitar nunca más un lugar que les recuerda un determinado suceso. Uno de ellos no barrunta siquiera que haya algo que con toda propiedad se llama recuerdo y de lo único que tiene miedo es de la memoria. Su modo de pensar se encierra en el adagio tan repetido: «Ojos que no ven, corazón que no siente.» Por eso a él le basta con no ver nunca más aquel lugar para que todo quede enterrado en el olvido. El segundo de estos hombres, por el contrario, no quiere volver a ver el dichoso lugar, justamente porque quiere recordar lo allí sucedido. Si emplea la memoria, lo hace exclusivamente para descartar los recuerdos desagradables.

Quienquiera que, por muy experto que sea en los asuntos relacionados con el recuerdo, no comprenda lo que acabamos de decir, poseerá ciertamente la idealidad, pero demuestra no tener ninguna experiencia en el uso de los *consilia evangelica adversus casus conscientiae*[1]. Considerará incluso que el consejo no es más que una paradoja y evitará a todo trance tener que soportar los primeros escozores que los consejos de este tipo comportan siempre consigo y que, no obstante, serían de preferir a los últimos, lo mismo que cuando se trata de las primeras pérdidas. Si la memoria está continuamente fresca, no cesa de enriquecer el alma con una enorme cantidad de detalles que dispersan el recuerdo. Pongamos otro ejemplo. El arrepentimiento es también un recuerdo de la culpa. Yo creo, vistas las cosas desde una perspectiva puramente sicológica, que la policía ayuda al crimi-

1 «Consejos evangélicos aplicados a los casos de conciencia». La preposición *adversus* tiene aquí, evidentemente, el sentido de referencia o aplicación.

nal precisamente a que no se arrepienta. Con tantos interrogatorios y referencias a todos y cada uno de los pasos de su airada vida el criminal llega a conseguir una tal destreza y habilidad memorísticas admirables para recitar su pasado, pero a costa de habérsele embotado por completo la idealidad del recuerdo. Y, ya se sabe, que para arrepentirse de veras y cuanto primero mejor, es necesario poseer una idealidad enorme. Claro que la misma naturaleza puede socorrer también a un hombre en este sentido, haciendo que con los años alcance a arrepentirse de sus faltas. Este arrepentimiento tardío puede ser insignificante respecto de la memoria y para el simple recuerdo de los hechos, pero con frecuencia resulta ser el más pesado y profundo.

La condición de toda productividad es el poder recordar. Si se desea dejar de producir, basta con traer a la memoria aquella misma cosa a la que se quería dar vida mediante el recuerdo. En el mismo momento se hace imposible la actividad creadora, o sus efectos son tan repugnantes que lo mejor será eliminarlos lo antes posible.

En realidad no pueden existir recuerdos comunes. Una especie de semicomunidad en los recuerdos es completamente contradictoria y alguno de los que así recuerdan suele recurrir a ella para su propio provecho. A veces, para suscitar el recuerdo, no hay mejor procedimiento que hacer como si uno se lo comunicara o confiara a otro, guardándose muy bien de camuflar tras esta confidencia una nueva reflexión interior en la que el recuerdo cobre vida para uno mismo. En lo relativo a la memoria puede uno perfectamente buscar el apoyo de los demás y, en justa correspondencia, asistirlos cuando venga el caso. En este aspecto sirven maravillosamente a la memoria los banquetes, los aniversarios, los regalos de amor y los preciosos recordatorios. Cada una de estas cosas, proporcionalmente, es algo así como un rizo que se pone de señal en un libro para recordar la última página leída. Y luego, lógicamente, se recogen todos los rizos que se han ido dejando aquí y allá y se tiene la completa seguridad de que se ha leído el libro entero. En cambio, el lagar del recuerdo es totalmente privado y esto es lo

que hace de él un lugar bendito y delicioso. Y supuesto que cada hombre está a solas con sus recuerdos, cada uno de éstos es un secreto. Aun en el caso de que haya muchos interesados en aquello que es el objeto del recuerdo, sigue estando a solas el que lo recuerda, de suerte que el recuerdo es exclusivamente suyo y la aparente publicidad una mera ilusión.

Todo lo que acabo de exponer es para mí mismo el recuerdo de ideas y meditaciones que frecuentemente y de muchas maneras tuvieron ocupada mi alma. Si al fin me he decidido a consignarlo en el papel es porque me creí ya lo suficientemente preparado, gracias al recuerdo, para relatar un suceso vivido y del que desde hace bastante tiempo conservo algunos detalles en la memoria y también algo en el mismo recuerdo. Esos detalles realmente no son muchos, por lo cual el trabajo de la memoria es casi nulo. En cambio, he tenido no pocas dificultades al limitar el contenido correspondiente al recuerdo, justamente porque ese contenido aparece a mis ojos muy distinto de lo que lo conciben los mismos señores participantes en el banquete que es la circunstancia de todo el relato. Sin duda que ellos se sonreirían si vieran que yo atribuía tanto valor a lo que su juicio y según sus propias palabras no era más que una futilidad, una galopinada o, a lo sumo, una idea desesperada.

Tan insignificante es, en definitiva, el papel que para mí representa la memoria en todo este asunto, que a veces tengo la impresión de no haber vivido el suceso que se rememora, sino que solamente lo he inventado. Sin embargo, estoy completamente convencido de que tardaré mucho tiempo en olvidar aquel banquete en el que tomé parte sin, propiamente, participar. Por eso, a pesar de todas estas limitaciones, no he querido desentenderme del acontecimiento sin redactar antes este memorándum de lo que en mi opinión fue realmente memorable [1].

[1] El autor, en vez de memorándum, pone la correspondiente palabra griega: apomnemoneuma, y en lugar de memorable, el correspondiente vocablo latino: *memorabile*.

He tratado de facilitar y favorecer la comprensión erótica del recuerdo o evocación correspondiente, pero no he hecho nada en este mismo sentido respecto de la memoria. La situación evocada reposa en la contradicción, y desde cierto tiempo a esta parte he ensayado la manera más apropiada de entrelazar el objeto de mi recuerdo con el ambiente y lugar que ofrezcan el suficiente contraste. Por lo pronto, he descartado el lugar mismo en que se celebró el banquete, aquel comedor magníficamente iluminado por grandes y lujosas lámparas, que con sus reflejos creaban una atmósfera embriagadora y producían un efecto verdaderamente fantástico. Ahora bien, la evocación y el recuerdo prefieren un contraste que no sea tan fantástico. En un rincón apartado y tranquilo se puede evocar mucho mejor aquella exaltación de los convidados, el bullicio de la fiesta, el burbujear gozoso del champaña escanciado y la efusión del ingenio derrochado en el animado diálogo que siguió al banquete. Todos los intentos que he hecho para fomentar el recuerdo con el recurso a las circunstancias inmediatas me han parecido desde el principio condenados al fracaso, a la par que me inspiraban siempre ese disgusto inevitable al cometer un plagio.

Por esta razón he elegido un lugar más adecuado para fomentar la contradicción. Lo he ido a buscar precisamente en la soledad de un bosque y a unas horas en las que esa soledad no resulte también fantástica, como son las horas de la noche. Yo he buscado la paz de la naturaleza en esas otras horas en que es menos perturbada por los diversos ruidos, a saber, las horas de la tarde, con su luz y resplandor lánguidos, y que son lo más suave, pacífico y tranquilizador que hay en el mundo. Es verdad que también a estas horas sentimos en medio del bosque la presencia de lo fantástico, pero no de una forma enervante, sino algo así como un lejano barrunto del alma. Y yo he buscado esta quietud nemorosa, si bien por razones completamente diversas y para lograr un fin diametralmente distinto, de la misma manera que el enfermo que ha estado a las puertas de la muerte no encuentra otra cosa mejor en sus primeras

salidas de convaleciente que la de ir a pasear en la frescura suave y reconfortante que le brinda el bosque, o como el hombre espiritualmente fatigádo y que ha sufrido mucho que viene a reposar un poco su ánimo en la apacible calma entre los corpulentos árboles.

En el bosque de Gribs hay un lugar que se llama «El Rincón de los Ocho Caminos». Solamente lo puede encontrar el que lo busque con mucho empeño, puesto que no aparece señalado en ningún mapa. El propio nombre de este lugar es ya una enorme contradicción. ¿Cómo puede, en efecto, llamarse rincón aquel sitio en que se cruzan nada menos que ocho caminos? ¿Cómo pueden unas carreteras o unos senderos abiertos a todo tránsito ofrecernos la idea de un rincón apartado y tranquilo? Y si la trivialidad que tanto aborrece el hombre solitario recibe tal nombre del cruce de tres caminos [1], ¿cuánto más trivial no será aquel cruce de ocho? No obstante es así, como he dicho. Hay realmente ocho caminos que se cruzan, pero también una paz y una soledad casi absolutas. Todo es allí oculto, apartado, secretísimo. Muy próximo al cruce hay un cercado que se llama «El Seto de la Desgracia». La contradicción de esta nueva denominación contribuye a aumentar todavía más la sensación de soledad de nuestro lugar, ya que toda contradicción nos hace sentirnos profundamente solitarios.

Los ocho caminos y el mucho tránsito son meramente una posibilidad, una idea que se nos puede pasar por la cabeza, puesto que en realidad nadie transita por allí, a no ser algún que otro insecto que se atreve, *lente festinans,* a cruzar de un lado a otro; o algún caminante que pasa a toda prisa, volviendo la vista a todas partes, no para ver a nadie, sino para evitar que alguien lo pudiera ver a él; o algún fugitivo que se esconde por aquellos parajes y en su escondrijo no barrunta siquiera el afán de todo caminante que espera recibir algún men-

[1] El autor se refiere implícitamente a la palabra latina para significar este cruce: *trivium,* de la que procede bien claramente la de trivialidad.

saje, pues él sólo espera recibir una bala mortal que le atraviese el corazón o la cabeza, lo que no explica, sin embargo, que se agite tanto cuando un ciervo es abatido por la bala de un cazador. No, nadie transita de ordinario por este lugar, solamente el viento, del que nadie sabe de dónde viene y adónde va. Por eso en este rincón de los ocho caminos uno se siente más solitario incluso que aquel que se dejara engañar por el sortilegio seductor de la soledad mágica que arrastra hacia sus guaridas al caminante incauto, o que aquel otro que por propia iniciativa huella el sendero más estrecho del bosque en pos de su escondrijo más recóndito. ¡Ocho caminos y ningún caminante! Es como si el mundo hubiera muerto y un único superviviente a la catástrofe cósmica se viera en la perplejidad de no encontrar a nadie que lo enterrara. O como si todos los transeúntes del mundo entero hubiesen atravesado este cruce de los ocho caminos y se hubieran olvidado por completo del que quedó allí totalmente a solas.

Si es verdad lo que dijo el poeta: *bene vixit qui bene latuit* [1], entonces yo he vivido muy bien, ya que elegí un rincón estupendo. También es cierto que el mundo y todo lo que hay en él nunca ofrece mejor espectáculo que cuando se lo contempla desde un rincón e, insidiosamente, se lo mira a hurtadillas. E igualmente es cierto que todas las cosas oídas y dignas de oírse en el mundo nunca suenan de una manera más sugestiva y cautivadora que cuando se las escucha desde ese mismo rincón y con esa especial escucha astuta. Por eso he vuelto yo tantas veces a mi predilecto rincón apartado. Lo conocía ya mucho tiempo antes de que alcanzara esta importancia para mí. Ahora ya no necesito de la noche para hallar el silencio apetecido, pues aquí siempre hay silencio, paz y belleza. Este paraje, sin embargo, nunca me parece más delicioso que cuando el sol de otoño empieza a declinar al atardecer y el cielo se pone de color de naranja. La creación entera empieza a respirar

1 «Vivió bien el que supo ocultarse bien»; cf. *Tristia*, de Ovidio, III, 4, 25.

tras el calor del día y una brisa fresca se extiende sobre el paisaje quieto. Las diminutas hierbas tiemblan de placer y los corpulentos árboles del bosque se ondulan levemente. El mismo sol, pronto ya a desaparecer, sueña con su baño nocturno en las aguas del mar, mientras la tierra se prepara para el reposo y se dispone para la acción de gracias. Cielo y tierra, en este momento solemne de despedida, se comprenden mutuamente de maravilla en un tierno abrazo que ensombre al bosque y hace más verde a la pradera.

¡Oh espíritu amigo que habitas en este paraje, yo te doy las gracias más encendidas porque siempre velaste mi silencio! ¡Sí, recibe mi gratitud más sincera por todas aquellas horas que pasé aquí ocupado con mi recuerdo y por este tu rincón oculto que yo llamo mío! La calma crece ahora como la sombra, como el silencio, bajo la fórmula mágica de un conjuro. ¿Existe quizá algo que emborrache tanto como el silencio? Yo creo que no, pues por mucha que sea la rapidez con que el bebedor aproxima la copa a sus labios, su borrachera no crecerá tan rápidamente como lo hace la producida por el silencio, que crece por segundos. Y cualquiera que sea el embriagador licor contenido en la copa que aquél lleva a los labios, no será más que una miserable gota comparado con el océano infinito del silencio que es mi bebida. ¿Qué es todo el hervor del vino sino una miserable fábula en relación con este cocimiento del silencio que está en ebullición cada vez más fuerte? Y, por otra parte, ¿qué cosa hay más fugaz que esta modorra ebria del silencio? ¡Una sola palabra y todo se acabó! ¿Y qué sensación puede haber más desagradable que la que se experimenta cuando le arrancan a uno bruscamente de su delicioso silencio? Es mucho peor que la que experimenta el borracho al despertarse la mañana siguiente, porque en el silencio se ha perdido en cierto modo el habla y el gusto por los sonidos de la voz humana, y se siente un rubor como el del tartamudo obligado a hablar o un temblor como el de la mujer sorprendida, que en ese instante se encuentra

totalmente desarmada para poder engañar con los recursos habituales del lenguaje.

¡Gracias, pues, a ti, espíritu amigo que me libraste de toda sorpresa e interrupción! En estos casos las disculpas del inoportuno nos servirían realmente de muy poco. Infinitas veces he meditado en estas cosas. En medio del tumulto de la gente no se hace uno culpable si es inocente. Pero el silencio de la soledad es sagrado y son culpables todos los que lo turban. Por eso, cuando es violada, la casta frecuentación del silencio no admite excusas o le sirven de muy poco, lo mismo que al pudor ofendido todas las explicaciones de disculpa. Yo he sentido una impresión de tremendo sufrimiento siempre que he interrumpido, aun sin quererlo, el silencio de un solitario. Las veces que me ha ocurrido esto me he quedado como clavado, con el alma traspasada de dolor y avergonzado de mi crimen. Y el arrepentimiento ha pretendido en vano borrar este crimen de lesa soledad, porque la culpa en este caso es tan inefable como el silencio.

La cosa es muy diferente cuando se trata de aquellas personas que buscan la soledad de una manera indigna, a las que por eso mismo les puede resultar muy favorable una sorpresa o interrupción brusca. Por ejemplo, una pareja de enamorados que ni siquiera en solitario aciertan con la situación favorable. En este caso podéis prestar una ayuda a Eros y a los mismos enamorados, mostrándoos de repente como una sombra que para y de tal suerte que los últimos ignoren por completo tanto vuestra ayuda como vuestra cultura. Entonces ellos juntarán apretadamente sus cabezas, furiosos contra el inoportuno que acaba de pasar a su altura y al que, no obstante, le deben el haberse aproximado tanto mutuamente. En cambio, si se tratara de dos enamorados dignos de la soledad, que Dios os libre de interrumpirlos y, si lo hacéis, que la maldición caiga sobre vosotros, de la misma manera que eran malditas todas las bestias que se acercaban al monte Sinaí [1]. Pero, sin interrum-

[1] *Exodo,* XIX, 12 y 13.

pirlos y sin ser vistos, qué delicia tan grande poder ser testigos de su amor. ¿Quién no ha deseado alguna vez presenciar así una escena de éstas? ¿Quién no ha deseado ser como el pájaro que revolotea placentero por encima de los amantes solitarios, como el pájaro que anuncia con sus trinos la voluptuosidad del amor, como el pájaro que se escabulle entre los matorrales de un modo seductor para la mirada de los que se aman? ¿O ser como la misma soledad de la naturaleza, que es una continua tentación de Eros, o como el eco que proclama y refuerza la sensación de soledad, o como un ruido lejano que garantiza que los demás se apartan y dejan solos a los amantes? Este último deseo es cabalmente el mejor de todos, pues cuanto más débiles resuenan los pasos de los que se alejan, más solitarios se sienten los amantes. La situación de mayor soledad en el *Don Juan* de Mozart es precisamente la de Zerlina. La joven, desde luego, no *está* sola, pero *se hace* solitaria. Se escuchan los últimos ecos del coro de bodas que desaparece y la soledad es algo que se oye y que es verdadera realidad por el contraste de esos ecos corales que van muriendo en la lejanía. Así vosotros, ocho caminos de este rincón, condujisteis lejos de mí a todos los hombres y me dejasteis solo con mis propios pensamientos.

Y ahora, antes de partir de este rincón apartado, es justo que te salude a ti, oh bosque delicioso; y también a vosotras, horas desapercibidas de la media tarde, que no os apropiáis nada con mentira ni queréis tener ninguna significación como hacen la aurora, el ocaso o la noche, sino que humildemente y sin la menor exigencia os contentáis con ser vosotras mismas y con sonreír con ese limpio aire campestre que os caracteriza. El trabajo del recuerdo es siempre bendito y, además, comporta consigo la bendición de convertirse en un nuevo recuerdo que nos cautiva tanto como el primero. Porque el que una vez ha comprendido de veras lo que es el recuerdo, queda cautivado y es su prisionero para toda la eternidad. Y quien posea un solo recuerdo es más rico que el que posee todas las riquezas de este mundo.

No solamente la madre cuando da a luz a su hijo rebosa de gozo y alegría, sino también, y aún más que ella, aquel que sabe recordar.

Fue en uno de los últimos días del mes de julio, hacia las diez de la noche, cuando los convidados se reunieron para celebrar aquel banquete. La fecha exacta del día e incluso del año en que ocurrió este acontecimiento es algo que he olvidado por completo. Después de todos estos datos sólo pueden interesar a la memoria, pero no al recuerdo. Lo único que constituye el objeto de éste son los estados emotivos y el ambiente creado por esas efusiones sentimentales de los participantes. Y de la misma manera que el vino generoso gana en calidad al decantarse, porque se evaporan las partículas de agua que contenía, así también el recuerdo gana mucho eliminando las partículas del agua de la memoria, sin que por ello se convierta en algo quimérico, ni muchísimo menos, como tampoco lo hace el vino generoso.

Los convidados eran cinco: Juan, por sobrenombre «El seductor»; Víctor Eremita, Constantino Constantius y otros dos más, cuyos nombres no puedo decir que haya olvidado, pues en realidad no los supe nunca. Parecía, de hecho, que estos dos últimos no tuvieran ningún nombre propio, porque siempre los designaban con apodos. A uno de ellos lo llamaban «El hombre joven». Indudablemente no había cumplido aún los veinte abriles. Era esbelto, bien proporcionado y muy moreno. Más que por el ceño pensativo de su rostro resultaba atrayente por sus otros ademanes amables y delicados, que delataban una singular pureza de alma y armonizaban perfectamente con la transparencia y suavidad vegetativa, casi femeninas, de toda su estampa. Pero esta su belleza física se olvidaba en seguida, o se la conservaba sólo *in mente*, en cuanto el muchacho se ponía a hablar, dando muestras evidentes de que se había formado o —para emplear una expresión menos seria— nutrido exclusivamente de ideas teóricas y de los propios contenidos subjetivos de su misma alma, sin el menor contacto con el mundo. Lo que quiere decir que no había despertado aún, ni se había excitado

nunca, ni inquietado o turbado. Era realmente como un sonámbulo que encontraba en sí mismo la ley de su conducta. Sus ademanes amables y complacientes no tenían en verdad ningún destinatario, no eran más que el puro reflejo de su talante anímico.

Al otro de los convidados sin nombre lo apodaban «El traficante de modas», ya que ésta era cabalmente su condición social. Resultaba de todo punto imposible hacerse una idea exacta de este personaje. Estaba vestido, lo que es completamente lógico, a la última moda, con los cabellos bien acicalados y perfumados, así como el resto de su figura, que olía a agua de colonia. En determinados momentos su actitud era aplomada, pero inmediatamente adoptaba un aire ligero de danzarín ceremonioso, como poniendo freno, hasta nueva orden, al vigor aplomado de su personalidad. Aun en aquellos casos en que las intenciones de su discurso eran más maliciosas, sabía adobarlas muy bien con las inflexiones dulces de su voz de traficante y con los galanteos acaramelados propios del oficio. Sin duda que todo esto, en el fondo, le resultaba a él mismo sumamente repugnante, pero tenía que hacer honor a su prestigio, ganado a fuerza de no poco orgullo. Cuando ahora, después de tantos años pasados, me pongo a pensar en este individuo, lo comprendo mucho mejor que la primera vez que le vi, al descender de su coche y disponerse a entrar en la sala del banquete. Me pareció tan ridículo que no pude evitar la carcajada. Sin embargo, a pesar de que ahora lo vea con mejores ojos, su carácter sigue pareciéndome contradictorio. Es algo así como si se hubiera embrujado a sí mismo y, por la magia de su voluntad, encarnara un personaje casi bufo, con el que por otra parte no está del todo satisfecho. Por este motivo, le traiciona la reflexión y le obliga de vez en cuando a levantar su máscara.

Cuando medito ahora en todas estas cosas, no acierto a comprender, pues lo encuentro casi absurdo, cómo cinco personajes tan distintos pudieron organizar un banquete. La verdad es que sin la intervención de Constantino Constancius habría sido poco menos que impo-

sible la celebración de semejante banquete. La idea de esta celebración había surgido una tarde que nuestros hombres, cosa que solían hacer con cierta frecuencia, se encontraban reunidos en un cuartito reservado de una pastelería. Pero todo quedó en agua de borrajas al plantearse el problema de quién presidiría el festín, lo que suponía encargarse de prepararlo. El hombre joven fue declarado incompetente. El traficante de modas se excusó diciendo que no tenía tiempo para esas cosas. Víctor Eremita, desde luego, no puso la excusa de que acababa de tomar mujer o de comprar dos yuntas de bueyes y tenía que ir a probarlas [1], pero dijo que, haciendo una gran excepción, vendría al banquete, si bien declinaba el honor de presidirlo. Añadió, para que no hubiera dudas si fracasaba el plan, que él ya había advertido con la debida antelación sobre su punto de vista. A Juan le pareció de perlas lo que acababa de decir su compañero, ya que en su opinión el único capaz de preparar un buen banquete era un mantel que se despliega y brinda los mejores alimentos y bebidas como por arte de magia, con sólo decirle: ¡Extiéndete! Añadió, por su parte, que si él no estimaba siempre recomendable el gozar de una muchacha de prisa y sin ninguna preparación, juzgaba, en cambio, que los banquetes no debían prepararse tan concienzudamente, pues con ello, cosa no infrecuente, se podía perder el gusto mucho antes de celebrarlos. En todo caso, si se decidía seriamente la celebración del proyectado, él ponía como condición de que todo «se consumiera de una sola vez» [2].

En este último punto todos estuvieron de acuerdo. La decoración de la sala en que se celebrase debería renovarse del todo, de suerte que pareciera una sala nueva, recién estrenada. Pero luego, inmediatamente después del banquete, se la destruiría hasta no dejar el menor rastro. Incluso era de desear que ya antes de levantarse de la mesa se anticiparan algunos signos de

[1] *Lucas,* XIV, 19 y 20.

[2] La frase entrecomillada aparece en alemán en el texto: *auf einmal einzunehmen.*

esta total destrucción. Tan total, dijo el traficante de modas, que no debía subsistir siquiera lo que queda de un vestido transformado en sombrero. Y Juan insistió, no debe quedar absolutamente nada, porque nada hay más desagradable que dejar en alguna parte un jirón de aquello que habéis amado alguna vez, ni nada más repugnante que saber que existe en cualquier rincón del mundo algo que de una manera directa e impertinente pretende imponerse como una realidad y una reclamación de un pasado que vosotros habiais dado por desaparecido.

Como la conversación se estaba animando tanto, Víctor Eremita se levantó repentinamente, se situó en medio de la pequeña estancia reservada, hizo con la mano un signo imperativo, extendió el brazo como quien sostiene una copa y, elevándola en el aire, inició el siguiente brindis: «Yo os saludo, mis queridos amigos bebedores, y os doy la bienvenida con esta copa fantástica cuyo aroma ha embriagado ya todos mis sentidos y cuya ardiente frescura ha inflamado ya la sangre de mis venas. Y con la misma copa os deseo también buen provecho, convencido de que cada uno de vosotros se encuentra ya con el estómago satisfecho después de hablar tanto del banquete, pues Nuestro Señor llena primero el estómago que la vista, pero con la imaginación nos acontece todo lo contrario.» A continuación, con toda su flema, metió la mano en el bolsillo y sacó un estuche de cigarros puros, de los que escogió uno y se puso a fumarlo placenteramente.

Entonces Constantino Constantius protestó contra esta manera de hablar tan despótica como despectiva y que convertía el banquete proyectado en un simple episodio iluso. A esto replicó Víctor que él no creía que un tal proyecto fuera realizable y que en todo caso se había cometido un error al convertirlo en objeto de discusión. Si se quiere que una cosa salga bien, hay que hacerla inmediatamente, ya que este adverbio, *inmediatamente,* es la más divina de todas las categorías y merece que se la trate con aquella reverencia que se le prestaba en la lengua de los romanos, quienes para expresar lo mismo

solían decir: *ex templo* [1]. Esta categoría, en efecto, es el punto de partida de lo divino en la vida, de suerte que lo que no acontezca en seguida será siempre obra del diablo.

Víctor Eremita dijo que en modo alguno deseaba entablar una discusión sobre lo anteriormente dicho por él. Si los demás querían hablar u obrar de otro modo, él no añadiría ni una palabra más. Pero si querían que desarrollara más extensamente lo que había dicho, ponía la condición de que le permitieran perorar, pues entendía que las discusiones son siempre desagradables y aburridas.

Y así se hizo. Los demás le rogaron que empezara inmediatamente, y él, ni corto ni perezoso, les espetó el siguiente discurso: «Un banquete, amigos míos, es de suyo una cosa muy complicada, porque no basta prepararlo con todo esmero y talento, sino que también se necesita que salga bien y sea un auténtico éxito. Esta última palabra, sin embargo, no hay que entenderla en el sentido en que la entienden de ordinario las preocupadas amas de casa cuando tienen invitados a la mesa, sino en otro sentido muy distinto y difícil de verificar en la práctica. Para mí el éxito de un banquete consiste en la feliz combinación de los sentimientos de los convidados y las pequeñas circunstancias peculiares del banquete. Con esta combinación se logran, como rasgueando las cuerdas de un violín mágico, los más delicados acordes estéticos, pero de una música interior e inefable que no tiene nada que ver con la ejecutada por unos músicos contratados de antemano. Por eso es tan arriesgado lanzarse a una empresa semejante, pues al menor fallo de entrada, costará Dios y ayuda alcanzar esa tesitura emocional y armónica que es la gracia del verdadero banquete. Los banquetes, en la mayoría de los casos, suelen estar presididos por la rutina y la inconsciencia. Claro que al faltar por completo el espíritu

[1] Entre los romanos, en efecto, la expresión tenía también el significado de ese adverbio subrayado o el de «en el mismo sitio».

crítico, tampoco suele notarse nunca la absoluta falta de ideas que es lo propio de tales reuniones en torno a una mesa, por lo demás bien servida.

A un banquete, por lo pronto, no deberían asistir nunca las mujeres. Y, haciendo un inciso, digo 'mujeres', porque nunca me ha gustado la palabra 'damas', y menos ahora que el celebrado Grundtvig, en sus *Charlas ruidosas*[1], acaba de emplear este término de esa manera tan típica suya y que también se ha hecho ya famosa... Pero de esto no hablemos más, pues en nada afecta al asunto de que tratamos. Decíamos que las mujeres no debían asistir a los banquetes. Los griegos, maestros como en otras tantas cosas, las utilizan sólo, en estas ocasiones, como coro de bailarinas. Puesto que el fin inmediato de un banquete es comer y beber, las mujeres no tienen por qué ser admitidas, ya que ellas no pueden encontrar entera satisfacción en esas cosas y, si la encontraran, harían un papel calamitoso y muy feo. En cuanto una mujer participe en el banquete, lo de comer y beber queda reducido a una insignificancia, como una de las demás labores femeninas que solamente sirven para tener ocupadas las manos. Una simple comida, sobre todo si se organiza en el campo y fuera de las horas habituales, puede ser algo estupendo y encantador, gracias precisamente a la participación del bello sexo. Eso que hacen los ingleses cuando celebran un banquete, a saber, que las mujeres se retiren cabalmente al empezar a beber de firme, me parece a mí que no es ni chicha ni limonada, porque juzgo que cualquier plan debe desarrollarse como un todo desde el principio hasta el fin, de suerte que se tenga esta impresión de totalidad en cada momento o detalle, al sentarse a la mesa o en la misma forma de coger el cuchillo y el tenedor. Por razones similares se puede considerar a todo banquete de tinte político como una cosa ambigua y

[1] La obra de Grundtvig, publicada un año antes que este mismo escrito, lleva por título completo: *Charlas ruidosas* —Bragesnak— *sobre los mitos y las leyendas griegos y nórdicos, destinadas a las damas y caballeros.*

repelente. Lo característico del festín se convierte en una bagatela y los mismos discursos de los elocuentes patricios no deben, por nada del mundo, dar la impresión de que han sido pronunciados *inter pocula*.

Os diré además, queridos amigos, y en el caso de que estéis de acuerdo conmigo en los puntos anteriores y si el dichoso banquete llega a celebrarse algún día, que el número de los invitados está maravillosamente elegido, pues siendo cinco como somos, se cumple aquella hermosa regla de que nuestro número no es superior al de las Musas ni tampoco inferior al de las Gracias.

Otra de mis exigencias es que en nuestro banquete debe haber abundancia de todo, hasta el derroche. Si faltara de hecho algo, que al menos su posibilidad la tuviéramos a mano y la pudiéramos coger al vuelo, como una fantástica sombra que se balanceaba sobre la mesa y nos sugestionaba aún más que la realidad visible. Porque eso de celebrar un banquete con cerillas o, como hacen los holandeses, con un terrón de azúcar que van chupando por turno, no me diréis que es algo apetitoso. Mi exigencia, en cambio, no es tan fácil de satisfacer, pues la misma comida ha de estar aderezada de tal modo que despierte y estimule la inexpresable amistad que lleva consigo todo convidado digno de tal nombre. Exijo, pues, que toda la fecundidad de la tierra esté a nuestra disposición, como si todos los productos del universo entero germinasen y sazonasen en el instante preciso en que se los deseaba. Exijo que los buenos vinos corran en abundancia, con una abundancia mayor que la que podía producir el propio Mefistófeles haciendo un agujero en la mesa. Exijo un juego de iluminación más voluptuosa que la que los mismos gnomos fueron capaces de encender cuando levantaron las montañas sobre columnas y se pusieron a danzar en medio de un mar en llamas. Exijo todo lo que excite al paroxismo de los sentidos. Exijo la dulzura embriagadora de un perfume más exquisito que el de «Las mil y una noches». Exijo una frescura deliciosa que inflame los deseos cuando estén un poco fríos y los suavice con su soplo ligero cuando estén satisfechos. Exijo el solaz constante de un

surtidor cercano. Mecenas no podía dormir sin escuchar su murmullo; yo no puedo comer sin oír su alegre chapoteo. Entendedme bien, amigos míos: yo no necesito ningún surtidor cercano cuando como un arenque en mi buhardilla o en un mesón cualquiera, pero sí cuando participo en un auténtico banquete; tampoco lo necesito cuando acompaño mis pobres comidas con agua, pero sí en un banquete en que los vinos se escancian con prodigalidad. Exijo camareros escogidos, bellos como los que servían a la mesa de los dioses. Exijo una pequeña orquesta, aunque capaz de interpretar con vigor las piezas que se estimen más apropiadas; ha de estar situada discretamente en la misma sala o en alguna estancia contigua, acompañándonos siempre con nuestra música favorita.

Como habréis comprobado, amigos míos, mis exigencias son enormes, por no hablar de momento de las que tendría que haceros a vosotros personalmente. En vista de todas estas exigencias, que son otros tantos obstáculos, considero que un banquete de esta clase es un *pium desiderium,* y no sólo estoy muy lejos de pensar que pueda repetirse, sino que incluso dudo muchísimo que lo podamos celebrar la primera vez.»

Constantino Constantius fue el único que no participó en las anteriores conversaciones, discusiones, peroratas y consideraciones escépticas sobre la posibilidad de la celebración del banquete. Sin él, desde luego, todo habría quedado en mera palabrería. Nuestro hombre, para sus adentros, se había hecho una idea muy distinta y completamente positiva en cuanto al resultado del proyecto. Sabía muy bien que los otros cuatro, si se les daba la cosa hecha, asistirían gustosamente al banquete, y éste, sin lugar a dudas, sería una realidad y un éxito. Dejó que transcurriera cierto tiempo después de esta reunión en el reservado de la pastelería y, cuando los cuatro compañeros de Constantino ya no se acordaban para nada del banquete y de las cháchara a que había dado lugar su proyecto, un buen día les envió a cada uno de ellos una invitación en la que les rogaba que tuvieran a bien asistir al banquete aquella misma noche. El lema

escogido por Constantino para la reunión era el de: *in vino veritas,* porque en ella se debía no sólo conversar, sino pronunciar sendos discursos. Y estos discursos, según el lema, deberían estar hechos y ser pronunciados *in vino,* de la misma manera que cualquier verdad proclamada en ellos no podría ser diferente de la que reside *in vino*, puesto que el vino es la defensa de la verdad, como ésta es la apología del vino.

El lugar elegido era un paraje del bosque, a unas dos millas de Copenhague. La sala del festín había sido decorada de nuevo y ninguno de los clientes antiguos, de haberla visto esta noche, la hubiera reconocido. Un pasillo separaba la sala de otra pequeña estancia preparada para la orquesta. Todas las ventanas, aunque abiertas hacia el exterior, aparecían ocultas desde dentro por las persianas y grandes cortinones. Constantino estimaba que la sensación de entusiasmo sería mucho mayor si los comensales, cada uno por separado, se dirigían en coche un poco antes al lugar señalado. Aunque el hecho de ir a un convite suele ser suficiente para hacer que la imaginación se desborde y se exalte, con todo, si se realiza el camino a pie, puede suceder muy bien que las impresiones que se reciben de la naturaleza circundante, tan serena y bella en esas últimas horas del día, apaguen el entusiasmo pretendido. Esto era lo único que Constantino temía, pues, como es sabido, la imaginación es entre todas las facultades humanas la que más puede contribuir a embellecer las cosas y las situaciones, pero también es la que mejor lo puede echar todo a perder en cuanto no encuentra lo que buscaba en la realidad que se le ofrece. Lo más recomendable en estos casos es evitar los dos extremos, tanto el de la exaltación desbordada de la fantasía como el de una distracción enervante. Este equilibrio ideal, pensaba el anfitrión, se lograría perfectamente si sus invitados hacían el paseo en coche. Un paseo así, al caer lento de la tarde de verano, en vez de exaltar la imaginación, le proporciona espontáneamente una imagen de esa dulce nostalgia del hogar que se experimenta al acercarse la noche. Uno ve al pasar, desde la ventanilla de su coche, a las mucha-

chas y a los mozos que vuelven de las faenas del campo, y oye a lo lejos el gemido de las carretas cargadas hasta el tope y el mugido de los bueyes cansados, o el balido nostálgico de cualquier otro animal suelto en la pradera. De este modo las tardes de verano, con su seducción infinita, despiertan el sentido de lo idílico, refrescan suavemente los deseos más encendidos y suscitan en la imaginación vagabunda una añoranza autóctona que la aferra a la tierra, su país de origen. Con esto el alma insaciable aprende a contentarse con poco y os sentís dichosos como dioses, puesto que al atardecer el tiempo se inmoviliza y la eternidad reposa.

Preparadas así las cosas y conforme a las indicaciones que Constantino Constantius les había hecho en su tarjeta aquella misma mañana, los invitados fueron llegando puntualísimos, a primera hora de la noche, al lugar de la cita. El anfitrión, como es lógico, se les adelantó un poco para dar las últimas órdenes a los criados y a aquéllos la bienvenida. El primero en llegar, pero montado en su caballo, fue Víctor Eremita, que estaba pasando unos días en el campo no lejos del lugar. Luego, casi inmediatamente, lo hicieron los otros tres en sendos coches. Apenas éstos habían quedado estacionados en el recodo de la explanada del jardín, apareció por la portalada un charabán con cuatro alegres y fornidos aprendices de albañil, provistos de todas las herramientas propias de su oficio y dispuestos, como una escuadra de demolición, a entrar en acción en el momento decisivo. Algo así, aunque con un fin totalmente diferente, como el destacamento de bomberos que se suele enviar al Teatro Real, sobre todo en las sesiones de gala, para el caso en que se declarase un incendio.

Cuando uno es niño la imaginación le basta y sobra, aunque se esté encerrado una hora entera en un cuarto oscuro, para mantener el alma en vilo con una excitación expectante y rayana al paroxismo. En cambio, cuando se es mayor, lo más fácil es que la fantasía nos haga perder el gusto por el árbol de Navidad y todos sus regalos mucho antes de haberlos visto...

Las puertas de la sala en que se iba a celebrar el

festín se abrieron de par en par. Los invitados, por unos instantes, se quedaron sorprendidos y como enajenados al ver y sentir todo aquello: los maravillosos efectos de la fantástica iluminación, la deliciosa frescura del ambiente, la seducción embriagadora de los más varios perfumes derramados y el extraordinario gusto con que la mesa estaba dispuesta. Entonces la orquesta empezó a interpretar el baile del *Don Juan*, y los invitados, con el rostro esclarecido y como en señal de respeto a un Espíritu invisible que los envolviera y traspasara el alma hasta la médula, permanecieron inmóviles un minuto de silencio, asombrados por el entusiasmo de su música favorita, que los despertaba y en cierto modo los resucitaba, como tantas otras veces...

¿Quién es el hombre que en la proximidad de un instante feliz y conociendo la dicha enorme que le podía deparar, no ha experimentado al mismo tiempo una angustia indecible de que cualquier cosa imprevista, una simple bagatela, se la pudiera arrebatar aun antes de gozarla? ¿Quién no ha tenido alguna vez en sus manos la lámpara maravillosa y, sin embargo, ha visto su gozo esfumado porque se le habían apagado de repente todos sus deseos? ¿Y quién, al coger en su mano algo que tanto había deseado acariciar, no la ha sentido alguna vez agarrotada y sin ninguna destreza para deslizarse suavemente sobre la piel amada? En un parecido estado de alma, como petrificados y sin saber qué hacer, se encontraban uno junto a otro los cuatro invitados. Solamente Víctor se mantenía un poco retirado y como absorto en sus propios pensamientos. Su alma se estremeció de escalofríos y casi se le vio tambalearse, pero se repuso en seguida y acogió los augurios de la orquesta con estas palabras: «¡Oh música escondida, jovial y seductora que me arrancaste de la soledad claustral de una juventud tranquila y sosegada! ¡Música encantadora que me embaucaste y dejaste en mi alma un inmenso vacío! ¡Sí, algo así como un recuerdo espantoso que me hacía pensar que Doña Elvira no fue seducida a pesar de haberlo deseado! ¡Oh Mozart inmortal, a quien yo te lo debo todo! ¡Ay, no todo, porque todavía no he

acabado! Pero cuando yo sea viejo, si lo llego a ser alguna vez, cuando yo tenga diez años más, si los tengo alguna vez, cuando ya no pueda con los calzones, si esto me ocurre alguna vez, o cuando me muera, que esto sí que ocurrirá algún día, entonces, en el mismo lecho de mi agonía, diré solemnemente y sin lugar a engaño: ¡Oh Mozart inmortal, a quien yo debo todo lo que me ha ocurrido y sido en mi vida! Entonces dejaré que esta admiración mía, la primera y la única que ha embargado mi alma, se desborde con toda su fuerza y me mate, cosa que tantas veces ya he deseado. Y entonces, hecha esta confesión admirativa, habré dejado todas mis cosas en orden, pensado en la que ama mi alma, proclamado mi amor y verificado completamente que a ti, ¡oh Mozart!, te lo debo todo. Y dicho esto, ya no te perteneceré ni a ti ni al mundo, sino sólo al pensamiento tremendamente serio de la muerte.»

En el mismo instante en que Víctor acababa su nuevo discurso, la orquesta acometió aquella parte en que la invitación al baile se hace intensísima y el deseo de placer lanza gritos de alegría y envuelve con un brío colosal la dolorosa acción de gracias de Doña Elvira. Aquí Juan el seductor, con un tono que tendía ligeramente al apóstrofe, repitió: *Viva la libertà!...* [1]; *et veritas,* añadió el hombre joven...; pero, sobre todo, *in vino,* replicó Constantino, mientras se sentaba a la mesa e invitó a los demás a que hicieran lo mismo.

Ahora todos se admiraban de lo fácil que era organizar un banquete, menos Constantino, naturalmente, que juró y perjuró que jamás se volvería a aventurar en semejante empresa. Sí, organizar un banquete podía ser tan fácil como eso de admirar y admirar, pero Víctor, por su parte, juró también y perjuró que nunca más se le ocurriría dar rienda suelta a su admiración, porque a veces le podían responder a uno con un bofetón en seco, que no por solapado resultaba menos desagradable que

[1] Este grito famoso, en italiano según el libreto de Da Ponte, lo dan todos al empezar la última escena del acto I del *Don Juan,* apenas han entrado las máscaras.

quedar inválido en una guerra. No menos fácil era desear, especialmente cuando se posee una varita mágica, pero a veces puede resultar más terrible que morirse de hambre.

Los invitados, al fin, ocuparon sus puestos en torno a la mesa. De pronto, como de un brinco impresionante, la pequeña concurrencia se encontró en medio de un océano infinito de gozo. El banquete acaparaba todos sus pensamientos y deseos. Cada uno dejaba que su alma se sumergiera, a su gusto, en aquel mar de suculenta abundancia. A un cochero hábil se le conoce inmediatamente por el primer latigazo que pega a sus caballos anhelantes en el momento de la partida y que basta para mantener al tronco en un galope airoso y acompasado. Para saber que un corredor está bien entrenado es suficiente ver su arrancada. Si de uno u otro de los invitados no puedo decir que, en cuanto tal, se mostrara muy genial al principio del banquete, puedo afirmar sin ambages que Constantino se mostró en todo momento como un modelo de anfitriones.

Los invitados, pues, empezaron a satisfacer su apetito. La conversación no tardó mucho en animarse y entretejer bellas guirnaldas que parecían aureolar las cabezas de los comensales. Tan pronto versaba sobre los suculentos manjares como sobre los exquisitos vinos; otras veces se quedaba un poco muerta en torno de sí misma, queriendo significar algo importante, para en seguida no significar absolutamente nada. De vez en cuando una ocurrencia feliz, como una flor espléndida, pero que dura sólo unos instantes, y tan delicada que vuelve a cerrarse apenas abierta. Entonces uno de los invitados exclamaba con todo su énfasis: «¡Estas alcachofas están estupendas...!» Luego era el propio anfitrión el que gritaba: «¡Ah, qué bueno está este vino de Burdeos!» La música tan pronto dejaba de oírse en medio de aquella algarabía locuaz como volvía a resonar emocionante y evocadora. Un momento después llegaban otra vez los camareros y, como haciendo una pausa en el instante adecuado, servían un nuevo plato o escanciaban un vino nuevo, sin olvidar anunciar su

marca. Con esto se iniciaba también un nuevo período de actividad y de obligado silencio, que era aprovechado por la orquesta para avivar espiritualmente a los comensales atareados. De repente, uno de ellos reanudaba la conversación con una idea atrevida o mordaz, y los demás, casi olvidándose de comer, le seguían a coro, acompañados nuevamente por la música orquestal, que esta vez resonaba con los aires marciales que en tiempo de guerra suelen enardecer aún más los ánimos y los gritos de combate de los asaltantes de las fortalezas enemigas. Acto seguido volvía a reinar la calma más absoluta y sólo se oía el ruido de las copas y de los platos. La música entonces arropaba este silencio enorme con alegres y festivos sones, invitando a la conversación... Y así iba transcurriendo la refección...

¡Qué pobre es el idioma en comparación de aquel concierto de ruidos, a la par tan insignificantes y tan expresivos! Y en este sentido, da lo mismo que semejante concierto tenga como escenario la circunstancia feliz de un banquete o la heroica del campo de batalla. Porque siempre será algo imposible de reproducir en el teatro o mediante cualquiera otra forma esencialmente vinculada al lenguaje, que no dispone más que de unas pocas y mezquinas palabras para referir dicha impresión. ¿Por qué será el lenguaje tan rico para expresar los deseos y, en cambio, tan pobre y limitado cuando se trata de describir realidades?

Solamente una vez salió Constantino de aquella su admirable ubicuidad que, sin que los demás lo notaran lo más mínimo, le permitía estar al mismo tiempo en todo y en todas partes. Ya al comienzo del banquete, y según él mismo dijo, «para recordar el buen humor de aquellas épocas ancestrales en que los hombres y las mujeres se sentaban codo a codo en los festines», les propuso a los invitados cantar una de las viejas canciones dedicadas al vino. Esta propuesta fue aceptada en el acto, pero su cumplimiento resultó una parodia —cosa que probablemente ya había previsto y buscado el mismo anfitrión— y, lo que es mucho peor, culminó con otra propuesta completamente descabellada, hecha

por el traficante de modas, quien se empeñó en que todos cantaran aquello de: «La noche que entre en el lecho nupcial, tararí, tarará.»

Cuando los comensales ya habían dado buena cuenta de dos o tres platos, Constantino volvió a proponer que cada uno de los participantes pronunciara un discurso al final del banquete, evitando cualquier disgresión fuera de lugar y del tema que se señalaría. Para poder hablar sería necesario que se sometieran a dos condiciones. La primera, y una vez llegados al fin del banquete, que cada orador sintiera, después de haber ingerido la adecuada cantidad de vino, los efectos correspondientes o se encontrara en ese estado peculiar en el que se le desata a uno la lengua y dice muchas cosas que en otro caso se guardaría muy bien de silenciar. Claro que esta condición tampoco daba carta blanca para interrumpir a cada paso la marcha de las ideas y del discurso con hipos extemporáneos o tartamudeos indignos. Esto supuesto y antes de tomar la palabra, cada orador debería afirmar solemnemente que se hallaba en ese estado maravilloso y lúcido. En este punto, como es obvio, no se les podía prescribir a todos por un igual la cantidad de vino adecuada, pues la capacidad de absorción de cada uno puede ser muy variable. Juan protestó contra esto último, precisando que él nunca había logrado llegar a emborracharse, al revés, que muchas veces después de haber bebido lo suyo, cuanto más bebía, más sobrio y lúcido se encontraba. Víctor Eremita, por su parte, opinaba que si uno se proponía en seco, reflexionándolo mucho, coger una melopea, jamás lograría emborracharse. Para emborracharse, en efecto, había que dejarse de reflexiones. Con esto la conversación se centró, más o menos, en el problema de las relaciones que existen entre los vinos y los estados de conciencia. Las personas muy reflexivas, por muchísimo que beban, se quedan tan tranquilas y, en vez de dar muestras de acometividad e impulso vital, conservan e incluso aumentan su habitual sangre fría.

En cuanto a los temas de los discursos, Constantino propuso y exigió que se hablara del amor y de las rela-

ciones entre ambos sexos. Para esto no era preciso que se contaran aventuras amorosas, si bien cada uno podría recordar *in mente* las suyas como base de la teoría.

Las dos condiciones fueron aceptadas... Todas las justas y fáciles exigencias del admirable anfitrión fueron cumplidas plenamente por los invitados, que comieron con buen saque, bebieron y bebieron hasta quedar borrachos o, como se dice en hebreo, «bebieron de firme y se alegraron mucho» [1].

Entonces se sirvieron los postres. Si hasta ahora Víctor Eremita no había visto aún satisfecho su deseo exigente de oír el chapoteo de un surtidor cercano, cosa que felizmente había olvidado por completo después de aquel su discurso sobre el particular, podía resarcirse y solazarse viendo descorchar las botellas de mejor champaña, que corría burbujeante y en abundancia de copa en copa. En este instante empezaron a sonar las doce campanadas de la medianoche. Constantino impuso silencio y, elevando su copa, saludó al hombre joven, rogándole que fuera el primero en hablar y deseándole «buena suerte» [2].

El hombre joven se levantó de su asiento y declaró que sentía perfectamente los efectos del vino, cosa que por lo demás estaba bien patente. La sangre le golpeaba violentamente contra las sienes y su aspecto exterior no era tan bello como antes de iniciarse el banquete. Su discurso fue como sigue:

«Queridos camaradas, si los poetas dicen verdad, el amor desgraciado es el más hondo de todos los dolores. Si necesitáis alguna prueba de esta verdad, no tenéis más que oír las expresiones quejumbrosas de los propios amantes. Según éstos dicen es la muerte, la muerte segurísima. Y así, efectivamente, lo creen ellos mismos durante los primeros quince días. Después, las semanas siguientes, vuelven a decir lo mismo, pero ya sin tanto

1 Para esta referencia bíblica puede verse, por ejemplo, *Génesis*, XLIII, 34. Por lo demás, tanto «beber de firme» como «alegrarse» son dos expresiones muy castellanas.

2 El anfitrión emplea la fórmula latina: *quod felix sit faustumque.*

convencimiento. Hasta que al fin, transcurridos muchos años y sin dejar de repetir la vieja cantilena, se mueren un buen día y se acabó la historia del amor desgraciado. No cabe la menor duda que han muerto de amor, si bien este amor que los ha ido matando lentamente en tres tiempos de tonalidad algo diversa, nos hace recordar involuntariamente las tres maniobras que ejecuta la mano experta del dentista al arrancarle a uno la muela del juicio.

Ahora bien, si el amor desgraciado es la muerte segura, yo personalmente estoy de enhorabuena, porque, como no he amado nunca, tampoco tendré que morir en tres tiempos, sino de una sola vez, y, a Dios gracias, no de la inmensa pena de un amor desgraciado. Pero, por otra parte, ¿no es acaso la mayor desgracia el no haber amado nunca? Y, entonces, ¿quién más desgraciado que yo mismo? La significación e importancia del amor está probablemente —lo digo con cierta duda, puesto que en este asunto soy un poco como el ciego que habla de los colores— en su felicidad, cuya pérdida explica muy bien la muerte de los desdichados amantes. A mi modo de ver esto del amor es como una experiencia mental en la que la vida y la muerte entran en juego simultáneamente. Claro que si el amor es más bien una experiencia mental, los amantes son de suyo los seres más ridículos que pisan la tierra, porque no se contentan con la idea de enamorarse, sino que de hecho se enamoran ciegamente. Vivido así el amor, como algo real, es natural que la realidad misma avale lo que los amantes dicen sobre él. ¿Y quién no ha oído infinitas veces todas las cosas que dicen, no sólo los amantes desgraciados, sino todos los demás que realmente se aman y no han llegado a conocer esa desgracia típica, aunque sí otras que por ordinarias no son quizá menores? En estos comentarios frecuentes veo yo una prueba palpable de una de las consecuencias contradictorias, quizá la más seria, que tiene que arrostrar el que se echa en brazos del amor. No sé si los iniciados y los expertos serán de la misma opinión, pero a mí me parece que el hombre que ama se embrolla, inevitablemente, en las

contradicciones más descabelladas. Sin duda que ninguna otra relación interhumana exige mayor idealidad que la amorosa, pero esta idealidad, cabalmente en el amor, suele brillar siempre por su ausencia.

Por estas razones que acabo de exponer, yo he cogido un pánico tremendo al amor y, en consecuencia, tengo mucho miedo que mi discurso no sea más que una sarta de divagaciones abstractas en torno a una felicidad o un dolor que nunca he experimentado. Si, a pesar de toda mi inexperiencia, me he decidido a hablar, es porque así lo prometí al principio y, además, porque me hacía mucha ilusión intervenir en este acto que para mí encierra un poco el atractivo de un *simposio* griego. De otro modo no hubiera dicho esta boca es mía, para no empañar la felicidad de nadie y gozar a solas con mis propios pensamientos. Quizá éstos no sean para los iniciados otra cosa que majaderías o simples telas de araña. También es muy probable que mi ignorancia se explique porque nunca aprendí ni quise recibir de nadie lecciones sobre el amor, hasta tal punto que jamás me atreví siquiera a dirigir una mirada franca a ninguna mujer, al contrario, siempre que alguien pasaba a mi lado, yo, como un novicio, clavaba los ojos en el santo suelo, rehusando con toda mi alma abandonarme a ninguna impresión de este género antes de haber penetrado a fondo con mi mente el secreto y poderío típicos del fenómeno del amor.»

En este mismo punto Constantino interrumpió al hombre joven, haciendo notar que su propia confesión de no haber conocido jamás la menor aventura amorosa le hacía inapto para hablar del asunto y, por lo tanto, que debía callarse. El hombre joven replicó que en cualquiera otra circunstancia él habría recibido con sumo gusto una orden semejante, pues más de una vez había comprobado lo aburrido que resulta eso de tener que hablar en público. En aquel momento, sin embargo, no estaba dispuesto a obedecer por nada del mundo y se mantenía en su perfecto derecho a hablar, ya que a todos y cada uno en particular se les había concedido esta licencia. Añadió que también él en cierto modo había

conocido una gran aventura amorosa, pues ¿acaso no era una estupenda historia de amor el no haber corrido nunca una aventura de este tipo? Juzgaba, además, que quien estuviera en las mismas condiciones era precisamente el más indicado para hablar acerca de Eros, por cuanto se podía tener la seguridad de que sus ideas al respecto concernían a todas las mujeres y no a esta o aquella en particular. Con estos argumentos convenció a la concurrencia y se le permitió que continuara hablando, cosa que él hizo en los siguientes términos:

«Una vez que se ha puesto en duda mi derecho a hablar, aprovecharé esta misma duda para ponerme a cubierto de vuestras risas y sarcasmos. Porque sé muy bien que de la misma manera que entre los mozos del pueblo hace muy mal el muchacho que no fuma o no cala las chupadas, así también entre los hombres de pelo en pecho no se considera como un verdadero macho el que no haya corrido ninguna aventura amorosa. A mí esta consideración me parece sencillamente otra majadería, pero no por eso voy a prohibiros que os riais de las mías, podéis hacerlo todo lo que se antoje. Me trae sin cuidado. Yo sigo estimando que lo principal siempre será el pensamiento y la idea. ¿O es el amor la única cosa sobre la cual es necesario reflexionar después que se ha vivido y no antes? Si esto fuera así, ¿qué me ocurriría a mí si llegara a amar alguna vez y luego tuviera que pensar que lo había reflexionado demasiado tarde?

Esta es la razón poderosísima por la que yo pienso mucho de antemano en el amor, para no lamentarme nunca de haber dado un paso precipitado. Los amantes, desde luego, suelen decir con la mayor frecuencia que lo han reflexionado mucho antes de dar el paso, pero esto no es más que cháchara y mentira. Ellos presuponen siempre que amar es lo esencial para el hombre, lo que significa que no reflexionan sobre el amor y sus consecuencias, sino solamente lo presuponen con el fin de encontrarse, cuanto primero mejor, una amada.

Mi mente, siempre que trato de reflexionar sobre el amor, tropieza con un cúmulo de contradicciones. A ve-

ces, es cierto, me da la impresión de que se me escapa algo, pero no acierto a decir lo que es. No obstante, en ese algo tan oscuro para mí, encuentro en seguida una que otra contradicción. Por eso, en definitiva, yo concibo a Eros como la mayor de todas las contradicciones, a la par que lo encuentro cómico. Las dos cosas guardan estrecha relación entre sí, ya que lo cómico acompaña siempre a la categoría de lo contradictorio. No perderé mi tiempo en explicar con más detalle este nuevo tema. Mi exclusivo propósito aquí es mostrar que el amor es de suyo cómico. Entiendo por amor, estrictamente, la relación entre el hombre y la mujer, lo que significa que no concibo a Eros en el sentido en que lo hacían los griegos, en especial el gran Platón, que tan bellos elogios le dedicara. Pero en Platón, efectivamente, no se trata la cuestión del amor a las mujeres, sólo se la roza de pasada y muy raras veces, mostrando siempre que es algo sumamente imperfecto en comparación con el amor a los jóvenes.

Lo que yo digo, entiéndase bien, es que el amor resulta siempre cómico a los ojos de un tercero. Quizá sea ésta la razón por la que los amantes odian siempre la presencia o la intromisión de un tercero. Lo que está fuera de dudas es que la reflexión viene a representar el papel de un tercero, por lo que a mí, tan reflexivo como soy, me es imposible amar sin ser al mismo tiempo y para mí mismo como un tercer hombre en el conflicto amoroso. Esto no le debe extrañar a nadie en una época en la que hasta los petimetres dudan de todo. ¿Qué otra cosa hago yo si no dudar de todo en lo que concierne al amor? Lo que a mí me ha extrañado verdaderamente es que después de haberse practicado un escepticismo tan radical y absoluto, se haya podido alcanzar de nuevo la certeza y el saber absolutos sin mencionar para nada las dificultades. Y son precisamente éstas, las dificultades, las que tienen atado mi pensamiento, tan atado que más de una vez he sentido fervientes deseos de que alguno de nuestros sabios de rango universal viniera con su luminosa inteligencia a liberarme de estas ataduras tan penosas. Claro que yo no desearía verme libre de

las dificultades con simples afirmaciones sabias, sino después que esos mismos sabios hubieran pensado a fondo tales dificultades, y no cabalmente de la manera que lo han hecho hasta ahora, primero durmiéndose cómodamente en el sueño de la duda radical y absoluta, y después, sin dejar de soñar, despertarse diciendo taxativamente que habían logrado la explicación profunda y evidente de todos y cada uno de los problemas planteados [1].

Así pues, amigos míos, os ruego que sigáis prestándome la mayor atención posible. Si entre vosotros hay algunos que estén realmente enamorados, les ruego muy en particular que no me interrumpan o traten de adormecerme con sus cantos de sirena, porque no les gustan mis explicaciones. Eso sí, los que no quieran escucharlas tan de cerca, pueden ir a sentarse hacia el fondo de la sala y volverse de espaldas para así oír mejor todo lo que yo tengo el gusto de decir, una vez que he empezado, sobre este importante asunto del amor.

Por lo pronto, me parece una cosa completamente cómica que todos los hombres amen o quieran amar sin haber, previamente, aclarado a fondo cuál es el objeto del amor, es decir, *lo amable*. Dejo a un lado la palabra amar, ya que por sí sola no significa nada. Cuando se aborda este tema, lo primero que procede es, en efecto, preguntar cuál es el objeto del amor, lo que se ha de amar. Si con Platón se responde que lo que hay que amar es el bien, entonces hemos borrado de un plumazo todo lo que atañe al erotismo estricto. Otra respuesta que tampoco satisface es la que insiste en que lo que se debe amar es lo bello. En este caso yo preguntaría si amar de esta manera no es lo mismo que amar un hermoso paisaje, un cuadro bello, etc. Es evidente que tampoco en este supuesto se concibe lo erótico como lo verdaderamente específico en todo el ámbito del amor, sino como algo muy particular y secundario. Así, por

1 Aquí tenemos, en medio de la broma un poco ebria, un ataque directo contra toda la filosofía moderna, desde Descartes a Hegel.

ejemplo, si un enamorado para hacernos comprender todo el amor que lo embarga dijera: Amo los hermosos paisajes y amo a mi Lálaje [1], al bailarín de bellas formas y al caballo hermoso de planta, en una palabra, amo todas las cosas bellas... ¿Qué duda cabe que a Lálaje, por muy bella que fuera y por muy enamorada que estuviera de un galán enamorado, no le iban a hacer ninguna gracia estas palabras tan generales de su elogio? ¡Y nada digamos en el caso de que la buena amante no fuera tan agraciada y, a pesar de su falta de hermosura, su novio la adorase! Entonces el elogio de éste no podía ser, al mismo tiempo, más agresivo y más contradictorio.

Otra tercera respuesta podría derivarse de relacionar el erotismo con aquella famosa separación de la que habla Aristófanes cuando afirma que los dioses dividieron al hombre en dos mitades —algo así como se suele hacer con los lenguados para apartarles la espina antes de comerlos—, las cuales no cesan desde entonces de buscarse para unirse de nuevo. En esta sentencia aristofánica encuentro también no pocas dificultades insolubles, que de pasarlas por alto, como hace el propio Aristófanes, no hay nada que frene el pensamiento y, consiguientemente, se pueda pensar que los dioses, para divertirse todavía más, dividieron al hombre primitivo en tres partes. Y claro está, puestos a divertirnos, desembocamos de lleno en la tesis que era mi punto de partida, esto es, que el amor torna ridículos a los hombres, sino a los ojos de los demás hombres, al menos a los de los dioses.

Pero, aparte de todas estas dificultades, sigo suponiendo que el erotismo estricto encuentra su fuerza peculiar en la relación mutua de los elementos femeninos y masculinos. Claro que aquí surge de nuevo un gran problema. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si el novio antes

[1] Nombre de mujer, que por cierto nos disgusta, pero que respetamos por referir al empleado dos veces por Horacio en la *Oda* 22 del l. I: *Integer vitae, scelerisque purus,* de la que existe una traducción castellana de Nicolás Fernández Moratín.

mencionado le dijera a su adorada Lálaje: Te amo porque eres una mujer, y por lo mismo podría igualmente amar a cualquier otra mujer, aunque fuera una arpía, fea y flaca? ¡Pues qué iba a pasar, sino que la bella Lálaje se sentiría en este caso enormemente ofendida, y con razón que le sobraba!

¿Cuál es, por tanto, el objeto del amor, lo amable? Esta es mi pregunta capital, y la fatalidad ha querido que nadie haya sido nunca capaz de responderla de un modo satisfactorio. Cada amante juzga siempre, por lo que a él respecta, que tiene la clave de este intrincado problema, pero lo que no logra jamás es hacerse comprender de los demás. Cuando a este propósito se escuchan las opiniones de la inmensa mayoría de los amantes, comprobamos que si bien todos ellos hablan de la misma cosa no hay, sin embargo, ni siquiera dos que digan lo mismo. Prescindamos, por lo pronto, de todas aquellas explicaciones fuera de tono y completamente desorbitadas, como las que insisten en destacar la belleza extraordinaria de las piernas de la amada y a veces hasta sus impresionantes bigotes, considerándolos como el objeto definitivo de su amor hacia ellas. Sin llegar a tales extremos y aunque algunos otros amantes se expresen con mayor estilo, aun éstos no hacen más que perderse enumerando diversas cualidades particulares, para concluir diciendo: Lo que yo amo en ella es todo su adorable ser y maravillosa esencia. Pero si les preguntas, en este punto álgido de su discurso, que concreten un poco más, te responderán lo de siempre: ¡Mira, es algo que yo nunca acertaré a explicar!

Semejante discurso, indudablemente, agradará muchísimo a la bella Lálaje, pero a mí no me agrada absolutamente nada, pues no entiendo ni una palabra del mismo y veo que encierra una doble contradicción. La primera, que termina por lo *inexplicable*. Y la segunda, cabalmente que *termine* en lo inexplicable. Porque, creo yo, que quien es incapaz de ir más lejos, lo que debiera haber hecho era precisamente empezar por ahí, es decir, por lo inexplicable, y dejarse de tantas explicaciones al tuntún, que lo convierten en un personaje ridículo e

incluso sospechoso. Si empezara por lo inexplicable y después se callara como un mudo, no daría pruebas de ninguna incapacidad, porque en cierto sentido negativo un buen callar es también una explicación. En cambio, si se comienza con otra cosa y se acaba con lo inexplicable, demuestra bien a las claras su ineptitud.

Por tanto, al amor le corresponde como objeto suyo lo amable, y esto es justamente lo inexplicable. Así se expresan los más sensatos entre los amantes, si bien lo que ellos dicen es tan incomprensible como la misma manera con que el amor hace presa en ellos. ¿Quién no sentiría una angustia espantosa si viera que los hombres que estaban a su lado, uno tras otro, iban cayendo muertos al suelo? ¿O si los viera de repente haciendo gestos convulsivos, como si todos se hubieran vuelto locos y nadie supiera la causa de estas convulsiones epilépticas como tampoco de aquellas muertes repentinas? Pues idéntica es la manera con que el amor interviene en la vida de los hombres, con la única diferencia que de los actos resultantes nadie se angustia, ya que los propios amantes lo consideran la dicha suprema. Lo que todos suelen hacer en esa dichosa situación es reírse, reírse mucho, cosa que se explica bastante bien, ya que lo cómico y lo trágico nunca dejan de corresponderse. Hoy, por ejemplo, habláis con un hombre y comprendéis perfectamente lo que os dice. Al día siguiente os tropezáis de nuevo con él en plena calle y os habla un idioma desconocido, hecho de interjecciones y gesticulaciones extrañas. ¿Qué le ha sucedido en tan corto espacio de horas? Muy sencillo, que el pobre hombre acaba de enamorarse.

Si la fórmula del amor fuera 'amar a la primera mujer con que os topáis', entonces sería lógico, puestos en ese caso, que no pudierais dar ninguna explicación congruente. Pero, dado que la fórmula del amor es 'amarás a una sola mujer en el mundo entero y para toda la vida', parece evidente que un acto de selección tan monstruoso tiene que presuponer una dialéctica de poderosísimas razones, que por cierto los extraños no estarían dispuestos a escuchar, no precisamente porque no

explicaban nada, sino porque, inevitablemente, serían interminables.

Todo esto patentiza que el amante nunca será capaz, por más vueltas que le dé al asunto, de explicar nada. Un determinado sujeto ha visto cientos y cientos de mujeres e incluso es posible que se haya hecho un poco viejo sin haber corrido ninguna aventura amorosa, pero hete aquí que un buen día, de golpe y porrazo, echa la vista a aquella que tanto había ansiado ver, la única en todo el mundo, su adorable y encantadora Catalina. ¿Acaso no es esta una cosa la mar de cómica? ¿No es eminentemente cómico que lo que ha de transformar y embellecer la vida entera, esto es, el amor, no sea ni siquiera como el grano de mostaza del cual puede salir un gran árbol, sino muchísimo menos y, en el fondo, absolutamente nada? Porque en esto del amor es imposible llegar a formarse ningún criterio previo, como sería, por ejemplo, poder determinar de antemano la edad aproximada en que debía aparecer el fenómeno del enamoramiento o tener un leve indicio de por qué se elegía a determinada mujer, la única en todo el mundo, y esto no exactamente en el sentido en que se ha afirmado de Adán 'que escogió a Eva porque no había ninguna otra'.

Hay todavía otra explicación que suelen dar de consuno todos los amantes y que es la más cómica, pues subraya su propia comicidad. El amor, dicen ellos, les torna ciegos, y ésta es la explicación definitiva del fenómeno. Si a un hombre que iba a buscar algún objeto en una habitación oscura le aconsejáramos que tomara consigo una luz para encontrarlo mejor, pero él nos dijera, no, no necesito ninguna luz, pues se trata de una fruslería, lo comprenderíamos a la perfección. Pero si ese mismo sujeto, tomándonos aparte con mucho sigilo, nos dijera que lo que iba a buscar en la misma habitación era importantísimo y que precisamente por eso sólo lo podía encontrar a ciegas... ¡Ah!, entonces no creo que haya ninguna pobre cabeza de mortal que pudiera seguir el rumbo altísimo de semejante modo de pensar. La mía, al menos, es totalmente incapaz de comprender ideas

tan sutiles. Claro que, para no ofender al pobre diablo, no me reiría de él ante sus propias narices, pero en cuanto me volviera un poco la espalda soltaría la carcajada más sonora. Sin embargo, no hay nadie que se ría del amor. En este aspecto, aunque más precavido, me encuentro hablando de estas cosas en un aprieto semejante al de aquel judío que al concluir su cuento, si bien siempre olvidaba el intríngulis del mismo, tenía que añadir: ¡Pero no hay nadie que se ría!

He dicho que soy más precavido que el judío del cuento, porque yo, como habréis comprobado, no olvido nunca el intríngulis y los aspectos principales del amor, sino todo lo contrario. Esta es la razón de que a veces no pueda evitar reírme a carcajada limpia, sin que con ello trate de ofender a nadie. Nada más lejos de mis propósitos. Porque detesto con toda el alma a esos infatuados amantes que se piensan en su caso con todas las razones del mundo para amar y miran por debajo del hombro, mofándose de ellos, al resto de los amantes. Yo soy mucho más ecuánime, puesto que para mí, considerando que el amor en sí mismo es completamente inexplicable, todos los amantes son igualmente ridículos. Por eso estimo que tan insensato y mezquino es el hombre que con su mirada altiva y arrogante se presenta en los círculos que suelen frecuentar las muchachas y las va mirando una a una con el fin de encontrar la que sea digna de él, como mezquina e insensata es la muchacha que da calabazas a troche y moche, esperando poco menos que la llegada de un príncipe heredero. Ambos, en definitiva, se mueven en un mundo de ideas muy limitadas y siempre dentro de una presuposición que no tiene ni pies ni cabeza.

Lo que a mí me ocupa y me preocupa no son casos particulares o ideas tan limitadas como las que acabo de señalar, sino el amor en cuanto tal, que es lo que yo encuentro esencialmente ridículo. Por eso le he cogido tanto pánico, porque me da miedo hacer el ridículo por su causa, sino a los ojos de los demás, al menos a los mismos propios y a los de los dioses que hicieron así al hombre. Si el amor es ridículo en sí mismo, en-

tonces tan ridículo resulta enamorarse de una princesa como de una criada de servicio, y si no lo es, entonces tampoco es nada ridículo amar precisamente a una criada de servicio, puesto que lo amable es de suyo lo inexplicable. Por eso mismo, amigos míos, tengo yo tanto pánico al amor, y en esto veo una nueva prueba de que el amor es cómico, por cuanto el miedo que me produce es de una especie tan singularmente trágica que no hace sino poner de manifiesto su comicidad.

Cuando se va a derribar un muro o una casa junto a la vía pública, se suele colocar un cartel bien visible para que la gente se desvíe; si se acaba de pintar un banco o una barrera, siempre hay una señal que nos lo anuncia; cuando un cochero medio dormido está a punto de atropellarnos, se le grita: ¡Despierta, pedazo de animal!; y si hay cólera siempre se pone un centinela a la puerta de los afectados. Es decir, en caso de peligro serio, siempre se nos ofrecen las señales oportunas y las gentes lo evitan maravillosamente atendiendo a dichas señales. Ahora yo me pregunto, una vez que tengo tanto miedo a hacer el ridículo por causa del amor y veo sus caminos tan llenos de peligros: ¿Qué debo hacer para evitar el peligro de enamorarme o que una mujer, cualquiera que ella sea, se enamore de mí? Con esto no quiero decir que me considere un Adonis y que todas las muchachas hagan números por mí —*relata refero*—, porque en este caso no tengo ni idea de lo que pueda significar eso de hacer números. ¡Ay, que los dioses me amparen! Como ignoro cuál es el objeto digno del amor, tampoco sé la manera de evitar tantos peligros. Además, como también sin ser lo que se dice un Adonis puede uno resultar muy atrayente y, al fin de cuentas, lo amable se identifica con lo inexplicable, la verdad es que me encuentro en una situación muy parecida a la de aquel hombre del que habla Jean Paul en alguna parte y del que cuenta que en cierta ocasión, hallándose plantado sobre una sola de sus piernas, vio frente a sí una pancarta con la siguiente inscripción: ¡Cuidado que aquí hay puesta una trampa para los zorros! El buen hombre, como es lógico, se sintió muy sorprendido y no se atre-

vía ni a encoger todavía más la otra pierna libre, ni muchísimo menos a posarla en el suelo.

De ahí que yo, no me cansaré de repetirlo, jamás amaré a una mujer sin haber antes analizado a fondo y agotado la idea del amor. Y si no logro nunca este propósito, habré alcanzado al menos el resultado de saber a ciencia cierta que el amor es algo completamente cómico. Por eso yo rehúso amar y sigo plantado en mis trece. Claro que, ¡desventurado de mí!, tampoco con esta medida drástica quedan descartados todos los peligros, y puesto que ignoro cuál es el objeto digno de ser amado, quién puede asegurarme que un mal día no caigo yo también en la trampa y me siento ciegamente enamorado de alguna mujer, o ella de mí. Como veis, esto es una tragedia nada vulgar, una tragedia en cierto sentido profundísima, aunque muy pocos, por no decir ninguno, se preocupan de estas cosas ni se inquietan lo más mínimo con esa amarga contradicción que experimenta el que está acostumbrado a reflexionar sobre algo que ejerce un dominio absoluto y universal sobre los hombres, al mismo tiempo que es algo tan oscuro e incomprensible que incluso puede sorprender brutalmente a quien se ha empeñado vanamente en analizarlo a fondo y con la más puntual antelación.

Ahora bien, este aspecto trágico de la cuestión tiene su razón de ser en la comicidad de que he hablado antes. Es muy posible que algunos no estén de acuerdo con mis argumentos aducidos y no vean lo cómico donde yo lo he visto, sino cabalmente allí donde yo descubro lo trágico. Pero esta discrepancia, hasta cierto punto, viene a probar justamente lo bien fundado que está mi razonamiento. De todos modos, está ahora bien claro el motivo por el cual, si algún día me acontece esta desgracia, seré una víctima trágica o cómica del amor. Este motivo no es otro que la voluntad decidida de meditar bien todas las cosas que hago y no contentarme simplemente, como quien se encoge de hombros y dice 'ahí me las den todas', con imaginar que ya he pensado lo bastante sobre aquello que es de lo más importante de la vida.

El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. En esta definición están de acuerdo todos los más sabios e íntegros entre los hombres. Por tanto, según dijimos, si el poderío del amor estriba en la relación entre los elementos femeninos y masculinos, volverá nuevamente a aparecer lo cómico en este trastrueque que se produce al ver cómo la vida espiritual o anímica más elevada termina por expresarse en lo más sensual que hay en el hombre. Pienso a este propósito en todas esas gesticulaciones de los amantes, a la par tan extrañas y tan místicas, que constituyen una especie de francmasonería, la cual no es sino una simple continuación de lo inexplicable antes mencionado. La contradicción en que el amor embrolla aquí al hombre consiste precisamente en que el símbolo o los símbolos no significan nada o, dicho de otro modo, que nadie es capaz de explicarnos lo que significan. Dos almas enamoradas se juran mutuamente que se amarán por toda la eternidad; a renglón seguido se abrazan y sellan con un apretado beso el pacto eterno que acaban de hacer. Y yo pregunto: ¿Hay alguien que tenga un poco de pensador a quien se le haya ocurrido nunca jamás algo semejante? Pues bien, así de caprichoso y variable es todo en el amor. La vida espiritual más noble se expresa por su contrario más bajo, y lo sensual se arroga siempre el derecho de representar la vida espiritual más noble.

Suponed que yo me hubiera enamorado. Entonces, ¿qué duda cabe?, sería de la mayor importancia para mí que mi amada me perteneciera eternamente. Esto lo comprendo a las mil maravillas, puesto que ahora estoy hablando del erotismo en el sentido griego, es decir, de aquel con que se aman las almas bellas. Esto supuesto y una vez que mi amada me había dado palabra de amarme eternamente, yo la creería a pies juntillas, y en el caso de que quedara en mi mente el menor rastro de duda, la combatiría con todas mis fuerzas. Y después, ¿qué? Como buen enamorado, haría seguramente lo que todos los enamorados, esto es, procuraría por todos los otros medios a mi alcance cerciorarme si la fe en la palabra de la amada merecía absoluto crédito, ya que

de suyo ni la palabra ni la fe correspondiente nos aseguran de nada en estos casos. He aquí, pues, que otra vez tropiezo con lo inexplicable. Cuando el cacatúa, bien instalado en su jaula, empieza a pavonearse y parece que va a atragantarse como el pato que ingerido un pez extraño, pero de pronto se desahoga y exclama: ¡Mariana!, todo el mundo, y yo el primero, suelta la carcajada[1]. Quizá los demás espectadores piensen que la comicidad de esta escena radica en el hecho de que el cacatúa, que en absoluto ama a Mariana, haya trabado semejante relación con ella. Supongamos ahora que el cacatúa ama de veras a Mariana. ¿No sería también cómico? Para mí ambas cosas son igualmente cómicas, y la comicidad consiste en que el amor se ha hecho conmensurable y debe considerarse tal respecto de semejante exclamación. Que ésta haya sido la costumbre desde el principio del mundo, no cambia nada las cosas, pues lo cómico, por prescripción de la eternidad, reside en la contradicción, y aquí, evidentemente, hay una contradicción.

Un títere, para poner otro ejemplo, no tiene en realidad nada de cómico. Porque no es ninguna contradicción que haga los movimientos más espectaculares cuando se tira de la cuerda. Pero que un hombre sea un títere al servicio de una cosa inexplicable, eso sí que es cómico, y la contradicción consiste en que no se ve ningún motivo razonable de que tan pronto sufra un tirón en una pierna como en la otra. Si yo no puedo dar una explicación de lo que hago, entonces prefiero no hacerlo; y si no puedo comprender el poder que ejerce su dominio sobre mí, jamás me someteré a ese poder. Y si, por otra parte, la ley del amor es tan misteriosa que enlaza entre sí a los contrarios más opuestos, ¿quién me garantiza que semejante enlace no se convierta en seguida en una horrenda confusión? Esto, sin embargo, no me preocupa demasiado. Muchas veces he oído ya decir que algunos amantes juzgan ridículo

[1] Alusión a un personaje llamado «Cacatúa», de una comedia del autor danés Overskou, titulada *Capriciosa.*

el comportamiento de los demás amantes. Realmente no comprendo estos juicios y las risas que los acompañan, pues si aquella ley es una ley de la naturaleza, entonces será la misma para todos los amantes. Y si es una ley de la libertad, los amantes que se ríen de los otros deberían estar en condiciones de darnos una explicación cabal de su singular comportamiento, cosa de la que son incapaces en absoluto. Yo creo que la verdadera razón de que un amante, por lo general, se mofe de otro, es mucho más sencilla, pues siempre resulta infinitamente más cómodo pensar que es el vecino y no uno mismo el que hace el ridículo. A mí tan ridículo me parece abrazar a una mujer fea como estrechar entre los brazos a una beldad extraordinaria. Pensar en este caso que una determinada forma de hacerlo le confiere a uno el derecho de reírse del que procede de modo distinto, estimo que es solamente el resultado de un orgullo infundado o de un malsano espíritu de casta. Pero que no crean los que así obran, según ellos de la manera más distinguida, que por eso están libres del ridículo, ya que esto es la dote común de todos los amantes y, como hemos dicho, consiste en que ninguno de ellos, ni los altos ni los bajos, sean capaces de explicar lo que hacen, cuando está en juego nada menos que el problema del sentido último de la vida, una vez que los amantes pretenden pertenecerse eternamente y, lo que es todavía más divertido, convencerse de que la susodicha pertenencia eterna es una verdad fuera de toda duda.

Si yo le preguntara a un hombre que cuando más cómodamente podía estar sentado en su poltrona no hacía desde ella más que recostar la cabeza tan pronto en un lado como en el otro, o sacudirla sin ton ni son, o lanzar patadas al aire: ¿Pero, buen hombre, por qué hace usted todos esos movimientos? A lo que él me respondía: ¡Pues la verdad, amigo mío, no sé qué decirle, pues ni yo mismo sé por qué los hago, hoy se me han ocurrido éstos, mañana haré otros totalmente distintos, ya que se trata de movimientos involuntarios! Esta respuesta, desde luego, la comprendería yo muy bien. Pero suponed que el mismo hombre, casi plagian-

do la manera que tienen de expresarse los enamorados al hablar de sus gesticulaciones, me respondiera: ¡Te diré, amigo mío, que lo hago porque en ello encuentro la suprema felicidad de mi vida! Esta otra respuesta, lo comprenderéis muy bien, me iba a hacer desternillarme de risa por su enorme ridiculez, la cual quedaría aún más de manifiesto cuando el buen hombre tratara de cortar mi risa explicándome muy seriamente que sus movimientos no significaban absolutamente nada. Su primera respuesta, ¿quién lo duda?, era también ridícula, pero en un sentido muy diferente. La segunda, en cambio, es tan ridícula y sin sentido que, al eliminar la contradicción, elimina incluso toda comicidad, ya que ésta se basa en la contradicción. Decir, en efecto, que una absurdidad no explica nada, no tiene de suyo nada de ridículo, pero pretender que lo explique todo es el colmo de la ridiculez.

Y a propósito de lo involuntario, hemos de afirmar que la contradicción siempre está presente en su mismo origen. Esta su contradicción originaria consiste en que nadie espera que ningún ser racional y libre, sobre todo en las grandes solemnidades, ejecute un acto involuntario. Por ejemplo, no habría sido de un enorme efecto cómico que el Papa se hubiera puesto a toser en el mismo instante de coronar a Napoleón como emperador; o que unos novios, en el momento solemne de recibir la bendición nupcial, no hubieran dejado de estornudar. Cuanto las circunstancias más pongan de relieve el carácter racional y libre de las personas, tanto más ridículos aparecerán sus actos involuntarios. Esta misma ley es aplicable a todas esas gesticulaciones eróticas en las que lo cómico se acentúa al pretender explicar aquella contradicción radical, confiriéndole un significado absoluto.

Los niños, como es sabido, tienen un sentido muy especial para lo cómico. En este aspecto uno puede siempre fiarse de ellos. Por lo general se ríen siempre de lo que hacen los enamorados, y si uno logra que le cuenten lo que han visto, no podrá por menos de reír también a mandíbula batiente. Esto quizá se deba a que

los niños en su relato omiten el punto esencial. La cosa no puede ser más curiosa. Cuando el judío olvidaba lo esencial de su cuento, nadie se quería reír; con el relato infantil de las peripecias de los enamorados sucede todo lo contrario, que todo el mundo se desternilla de risa, cabalmente porque dejan fuera lo esencial. Después de todo los niños hacen muy bien al omitirlo, puesto que nadie sabe en absoluto cuál es ese punto esencial en el amor. Los mismos amantes, ya lo hemos visto, no explican nada, ni tampoco todos aquellos que en sus libros o en sus discursos han hecho el elogio del amor. Lo único de que se preocupan en este aspecto, según está prescrito en la ley regia [1], es de decir solamente las cosas agradables y enternecedoras. Pero el hombre que piensa debe atenerse a las categorías del pensamiento, y el que reflexiona sobre el amor, ha de controlar igualmente sus respectivas categorías. Hasta la fecha, por lo que respecta al amor, no se ha hecho nada semejante y se está echando mucho de menos una ciencia pastoral en este sentido. Es cierto que un poeta ha intentado en una *pastoral* [2] dar vida al amor, pero lo ha hecho como de contrabando al hacer intervenir a un tercer personaje, gracias al cual los amantes aprenden a amar. Yo he sido el primero que ha descubierto que, en el ámbito erótico, la comicidad reside en esos cambios bruscos que hacen que lo que superior en una esfera no logre expresarse en esta misma esfera, sino en otra completamente opuesta. Es muy cómico que el impulso sublime del amor —esa voluntad con la que los amantes desean pertenecerse eternamente— termine siempre, al cabo de un cierto tiempo, como las gaseosas almacenadas en la despensa. Pero todavía es mucho más cómico que este final calamitoso pretenda imponerse como la expresión suprema del amor.

1 En la antigua «ley regia» de Dinamarca, art. 26, se ordenaba que todo lo que los ciudadanos dijeran del monarca no debía tener más que una sola interpretación, «la mejor y más benévola».

2 Referencia a la famosa novela pastoral, *Dafnis y Cloe,* del escritor griego Longo.

En todas las partes en que hay contradicción hay también comicidad. He aquí el principio del que jamás me aparto en mis razonamientos. Si a vosotros, mis queridos amigos, os molestan estos largos y ceñidos razonamientos, seguid oyéndolos de espaldas, bien arrellanados en vuestros sillones. Al fin de cuentas yo os estoy hablando como si tuviera un velo delante de los ojos. En realidad me parece que estoy sumergido en un mar de enigmas, hasta el punto que no puedo discernir si son mis ojos los que han quedado ciegos o si más bien no hay nada a su alcance.

Y así las cosas, os pregunto o me lo pregunto a mí mismo: ¿Qué es una consecuencia? Si de una manera u otra no se relaciona estrechamente con las premisas de las que se afirma que procede, es ridículo, además de ilógico, que se la haga valer y se le dé el nombre de consecuencia. Supongamos que un hombre quiere tomar un baño en su casa. Para ello, lógicamente, se mete en la bañera de su cuarto de baño, rebosante de agua. Al principio, un poco aturdido y escaldado, trata de volver a la superficie y agarrarse, para sostenerse, al mismo grifo de la bañera, pero lo que agarra es el grifo de la ducha, que, inmediatamente, le salpica con sus chorros rápidos y helados. La consecuencia no puede ser más lógica. Lo ridículo está en que se haya equivocado de grifo, pero no en que la ducha funcione en cuanto se abre un poco el grifo correspondiente. En este último caso lo cómico habría sido que la ducha no funcionara. Como, por ejemplo, y para no cambiar de hombre, si éste estuviera plantado sobre su bañera con el propósito inmediato de tomar una ducha fría y, en consecuencia, concentrando sus ánimos para recibir el escalofrío, pero hete aquí que al decidirse bravamente y abrir el grifo de la ducha, ¡que si quieres!, ni el más mínimo chorro.

Veamos ahora cómo se presentan las cosas en lo que concierne al amor. Los amantes desean pertenecerse eternamente. Este deseo lo expresan de la forma tan singular y extraña que describíamos antes, abrazándose fuertemente en el momento más íntimo de su vida y que representa para ellos la plenitud de la dicha y de

la felicidad. Ahora bien, todo placer es egoísta. Sin duda que el de los amantes no lo es con relación a ellos mismos, pues ambos participan y se proporcionan placer, pero el placer común resultante sí que es egoísta en grado sumo, ya que en la unión amorosa forman un solo yo cerrado al resto del mundo. No obstante, incluso ese yo único de los amantes es una quimera, por cuanto en el mismo instante en que se ligan de ese modo empieza el triunfo de la especie sobre los individuos, de suerte que la especie es la que sale victoriosa y los individuos quedan reducidos a meros instrumentos suyos. Esto lo encuentro yo mucho más ridículo que aquello que hacía las delicias del humorista Aristófanes. Porque lo cómico de la división mencionada por él está en la contradicción, cosa que el propio Aristófanes no destacó de manera satisfactoria.

Cuando se contempla a un hombre, uno está tentado a creer que tiene delante un todo único y completo en sí mismo. Y así sigue uno creyéndolo, efectivamente, hasta el momento en que se enamora y pierde el dominio sobre sí. Entonces se ve que no es más que una mitad que vuela al encuentro de su otra mitad. No hay nada de cómico en una media manzana, pero sí sería muy cómico que una manzana entera fuese precisamente media manzana. En lo primero no hay tampoco ninguna contradicción, pero en el segundo caso la contradicción es flagrante. Si se aceptara seriamente la antigua sentencia que afirmaba que la mujer no es más que la mitad del ser humano, entonces no resultaría cómica por el hecho de amar, sino todo lo contrario. Pero que todo un hombre, que precisamente goza del prestigio de la sociedad porque es un ser íntegro y completo, se ponga a correr de acá para allá a la caza de la mujer que comparta su vida, ¿no es esto acaso de lo más cómico y no demuestra bien a las claras que nuestro hombre sólo lo es a medias? Cuanto más se piensa en estas cosas, más ridículas se nos aparecen, pues si el hombre es realmente un todo, en cuanto ama deja de serlo para convertirse con su mujer en una simple mitad.

No tiene, pues, nada de extraño que los dioses se

rían, especialmente de los hombres. Pero dejemos esto y volvamos a mi problema de la consecuencia. Cuando los amantes se encuentran al fin el uno al otro, sería lógico esperar que formaran un todo e hicieran verdadero eso que se dicen mutuamente de querer vivir el uno para el otro por una eternidad de eternidades. Mas ¿qué es lo que sucede de hecho? Que en vez de empezar a vivir el uno para el otro, y sin sospecharlo siquiera, viven de hecho para la especie. ¿Es esto una verdadera consecuencia? ¿Algo que se concluye rigurosamente de determinadas premisas? Ya decíamos antes que si lo que se concluye no aparece implícito al mismo tiempo y de una manera evidente en sus llamadas premisas, entonces la consecuencia es ridícula, como también lo son todos aquellos que se cargan con ella. Si se supone que las dos mitades separadas del ser humano han vuelto a reunirse, debían encontrar sólo en esta unión, sin más, completa satisfacción y reposo. Lo que hacen, sin embargo, es dar origen a una vida nueva. Se comprende muy bien que el reencuentro de los amantes marque para ellos mismos el comienzo de una vida nueva, pero lo que ya no se comprende tan bien es que ello acarree la aparición de un nuevo viviente. A pesar de todo esta última consecuencia se considera mucho más importante que las premisas de las que se deriva. Yo pienso que aquella primera consecuencia, expresada por el mismo encuentro y unión gozosos de los amantes, debería indicar con toda su fuerza la imposibilidad de toda otra consecuencia ulterior. ¿Hay acaso algún otro deseo o placer que guarde alguna analogía con ése del encuentro mutuo de dos seres separados? Sin duda que la satisfacción de este deseo comporta siempre consigo un estupendo estado de reposo, incluso cuando le acompaña una cierta tristeza —la cual es indicio de que todo placer encierra algo de cómico. Pero esta tristeza no pasará de ser una simple consecuencia, por más que no haya ninguna otra tristeza que acentúe tanto la comicidad como lo hace la que viene emparejada con los gozos supremos del amor. En cambio, la cosa es muy distinta cuando se trata de una consecuencia tan tremenda como la que

señalábamos recientemente, la de los hijos; una consecuencia de la cual nadie sabe a punto fijo de dónde viene y ni siquiera si llegará a cumplirse, aunque seguramente, si se cumple, no pueda caber la menor duda de que se trata de una consecuencia.

¿Quién puede concebir algo semejante? Y, no obstante, esa consecuencia tremenda y probable representa cabalmente para los iniciados el más alto placer del amor y el más significativo. Tan significativo que los amantes toman incluso nuevos nombres, derivados de esa misma consecuencia última, que de manera no menos extraña logra así alcanzar efectos retroactivos. El amado se llama ya padre, y madre la amada, con la particularidad de que estos nombres son con mucho los más hermosos para ellos. ¿Qué cosa, en efecto, hay más bella en el mundo que la piedad filial? Yo mismo juzgo que es lo más hermoso de todo y ahora, felizmente, comprendo y comparto el pensamiento de los amantes. Los hombres enseñan que el hijo debe amar a su padre. Lo comprendo perfectamente y no veo en ello ni el menor rastro de contradicción. Puedo afirmar sinceramente que me siento dichoso de estar ligado por los tiernos y bellos lazos de la piedad filial. Yo creo que la vida es el mayor bien que un hombre le debe a otro y que esta deuda, por muchos números que se hagan, siempre será incalculable. Por eso me parece muy razonable lo que dice Cicerón cuando afirma que un hijo nunca tiene razón contra su padre. La piedad filial me enseña a creerlo así y también me enseña a renunciar a cualquier forma de penetrar en los secretos de un padre, prefiriendo que se los guarde ocultos para sí y que se los lleve consigo a la tumba.

Esta es la pura verdad, estoy muy contento de ser el mayor deudor de otro hombre. Lo que ya no está tan fácil, por más que lo medito, es lo contrario, esto es, encontrar las razones por las que me decida a hacer de otro hombre mi mayor deudor. Porque a mi juicio no se pueden comparar en absoluto el hecho de ser deudor de otro hombre y el de ser su acreedor, cabalmente de una deuda que el otro no podrá pagar aunque

viviera mil años. Y esto que su misma piedad filial le prohibe al hijo que lo medite, el amor se lo ordena al padre para que no deje nunca de considerarlo, por muchos que sean sus quebraderos de cabeza. Aquí aparece de nuevo la contradicción. Si el hijo es un ser portador de valores eternos como lo es su padre, ¿qué significa entonces eso de ser padre? Cuando yo me imagino padre, no puedo evitar una cierta sonrisa. Por el contrario, en cuanto hijo que soy, me siento profundamente emocionado y nunca dejo de pensar en los vínculos que me unen con mi padre. Entiendo muy bien aquella bella expresión platónica en la que se afirma que de un animal nace otro animal de la misma especie, de una planta otra idéntica e, igualmente, de un hombre otro hombre. Pero esta expresión, en su última parte, no explica nada; el pensamiento queda insatisfecho y solamente se ha suscitado un oscuro sentimiento. Porque si el hombre es una esencia eterna, mal puede hablarse de su nacimiento. Ahora bien, si el padre considera al hijo según su esencia eterna, que es justamente la auténtica perspectiva bajo la cual lo debe considerar, no podrá por menos de reírse un poco de sí mismo, pues será totalmente incapaz de comprender lo que hay de bello y significativo en la piedad filial que inunda de gozo el corazón de su vástago. Por otra parte, si considera al hijo según su naturaleza sensible, tampoco podrá por menos que reírse, pues el hecho de ser padre en este último aspecto es demasiado significativo.

Si se piensa, finalmente, que el padre tiene una tal influencia sobre el hijo que su propia naturaleza es la condición de la de su hijo, condición de la que éste no podrá liberarse jamás, entonces la contradicción nos sale al paso desde otro ángulo distinto y que infunde espanto al pensamiento, un espanto tan grande que no hay en el mundo otro mayor que ése de ser padre. Porque entonces, situados en esta perspectiva horrible, se ve claramente que matar a un hombre a palos no es nada en comparación con el hecho de dar vida a otro ser humano como uno mismo. En el primer caso se decide el destino temporal de un hombre; en el segundo, su destino

eterno. He aquí una contradicción que no sólo nos hace reír, sino también llorar amargamente. ¿Qué es, en definitiva, la paternidad? ¿Es acaso una ilusión, aunque no exactamente en el mismo sentido en que Magdalena se lo dice a Jerónimo en el *Erasmus Montanus?* [1]. ¿O es la más terrible de todas las cosas? ¿Es el mayor beneficio o la culminación gozosa del mayor de los deseos? ¿Es una mera incidencia o la misión más alta?

Comprenderéis ahora, amigos míos, por qué he renunciado a todo amor y he hecho del pensamiento la única ocupación de mi vida. ¿Que el amor, según se afirma, es el más maravilloso de todos los placeres? ¡Que lo sea! Yo, sin ofender ni envidiar a nadie, renuncio gustosamente a este incomparable placer. ¿Que es la única oportunidad para hacer el mayor beneficio a otro hombre? ¡Que lo sea! Yo también renuncio a esta oportunidad estupenda y salvo así mi pensamiento. Ciertamente que mis ojos no están ciegos ante el fenómeno de la belleza, ni mi corazón permanece insensible cuando leo los cantos que los poetas han escrito sobre el amor, ni mi alma desconoce los ramalazos de la melancolía siempre que mis sueños me traen la hermosa visión de esas cosas. Pero me lo aguanto, porque por nada del mundo quiero ser infiel a mi pensamiento. ¡Ay, desdichado de mí si le fuera infiel! Nunca podría conseguir la felicidad si mi pensamiento naufragaba y mi alma, desesperada, sufriría una nostalgia infinita de lo que había perdido para siempre. Por eso, amigos míos, nunca abandonaré el pensamiento para ligarme indisolublemente a una esposa. El pensamiento es para mí como la respiración eterna de todo mi ser y, por tanto, algo mucho más valioso que ser padre o madre, o tener una esposa.

Comprendo, sin lugar a dudas, que si existe algo sagrado en este mundo, eso es el amor; que si hay alguna

[1] Una de las más famosas comedias de L. Holberg; cf. act. III, esc. 6. Magdalena —o Magdelone— es la mujer de Jerónimo, con lo que fácilmente se puede adivinar la finura y el sentido en que le dice a su marido que lo de ser padre es una ilusión.

infidelidad innoble, es la amorosa; y que si algún engaño es repugnante, es el que se le hace a la persona amada. Pero mi alma se conserva intacta y pura; jamás he mirado a una mujer deseándola; ni nunca he ido de acá para allá como una mariposa y exponiéndome a que el día menos pensado me precipitara a ciegas, perdiéndome para el resto de mis días, en la decisión suprema.

Si yo supiera cuál es el objeto del amor, sabría también con exactitud si con mis dichos y culpablemente había inducido a alguien en la tentación; pero como lo ignoro por completo, todo lo que puedo saber a punto fijo es que si lo hice no fue a conciencia y premeditadamente. Suponed que después de tantos rodeos yo hubiera caído en las redes del amor. Mi alternativa ya la sabéis, o lo habría tomado a risa o me habría desmayado de espanto. Porque a mí, en cualquier caso, me sería imposible encontrar la vía estrecha del amor tan ancha como un camino real, por el que los amantes se pasean tan campantes e insensibles a todas las contrariedades que ello lleva consigo y en las que de seguro han meditado alguna vez. Aunque esto último no fuera más que por contagio de la época especulativa que nos ha tocado vivir, en la que no hay ni un solo problema en el que no se haya reflexionado a fondo y en la que, por consiguiente, todos están bien preparados para comprender mi idea capital, esto es, que obrar espontánea e inmediatamente es una absurdidad, por lo cual es conveniente y necesario meditar a fondo las cosas antes de hacerlas.

Suponed ahora, sin olvidar mi alternativa, qué le podía haber ocurrido a la mujer de la que yo me había enamorado locamente. ¿No le habría causado un mal irreparable con mis risas? ¿O, por el otro lado, no la habría hundido para siempre en la misma desesperación al ver que me desmayaba de espanto en sus brazos? Pues es evidente que una mujer no es tan reflexiva, ni muchísimo menos, como el hombre. De ahí que si alguna mujer encuentra cómico el amor —cosa que sólo hacen los dioses y los hombres, ya que para ellos la mujer es una tentación que los torna ridículos—, daría a enten-

der bien a las claras que estaba en posesión de no pocos conocimientos previos y sospechosos. Una mujer tal sería, al menos, la última en comprenderme. Pero tampoco me comprendería nunca la mujer capaz de medir mi espanto, lo que le haría *eo ipso* perder toda su amabilidad y dejarla poco menos que aniquilada. Y esto que le pase a ella si quiere, pero yo, mientras mi pensamiento me ampare, nunca seré una nada o un Don nadie.

¿No hay ninguno que se ría? Cuando yo empecé a hablar de la comicidad del amor, vosotros esperabais sin duda que os ibais a reír de lo lindo, pues a todos, sin excluirme a mí, nos gusta un poco reírnos. Tengo la impresión, sin embargo, de que apenas os habéis reído. El efecto ha sido distinto, lo que demuestra justamente que he hablado de lo cómico. Así que, amigos, si ninguno de vosotros se ha reído de mi discurso, que se ría al menos un poco de mí mismo, en la seguridad de que no me extrañaría nada. Porque, la verdad, lo que os he oído decir en diversas ocasiones acerca del amor, nunca he sido capaz de comprenderlo. Quizá sea porque vosotros ya formáis parte del grupo de los consagrados.»

El hombre joven tomó asiento una vez terminado su discurso. Su aspecto era más hermoso que antes de empezar el banquete. Ahora, bien sentado, miraba a todas partes sin preocuparse lo más mínimo de los demás. Juan, «El seductor», quiso oponer inmediatamente algunas objeciones a la exposición que acababa de hacer el hombre joven, pero fue interrumpido por Constantino, quien dijo que la hora de las discusiones había quedado muy atrás y de lo que se trataba en el momento era de que cada uno expusiera en su discurso sus propios pareceres. Juan exigió entonces ser el último en hablar, lo que dio lugar a una pequeña disputa sobre el orden en que debían hacerlo los demás comensales. Esta nueva disputa la cortó también en seco el paciente Constantino, ofreciéndose a hablar en seguida y con la condición de que se le reconociese la competencia para establecer los turnos de los restantes oradores.

Constantino pronunció el siguiente discurso:

«Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar[1]. Pero me parece que el tiempo de que ahora dispongo para lo último es por necesidad muy corto, ya que el hombre joven ha hablado mucho y de una manera bastante extraña y chocante. Su vis cómica nos obliga a luchar *ancipiti proelio*[2], puesto que su discurso estaba tan lleno de dudas como su mismo semblante y actitud, según lo podéis comprobar con sólo contemplarlo ahí sentado de nuevo. Porque he ahí verdaderamente un hombre verdaderamente perplejo, que no sabe a qué carta atenerse, es decir, si reír, llorar o enamorarse. Si yo hubiera conocido de antemano las ideas tan estrictas y rigurosas que se proponía desarrollar en su discurso personalísimo en torno al amor, podéis estar seguros que le habría prohibido hablar; más ahora es ya demasiado tarde.

Os invito, pues, mis queridos camaradas, a sentiros 'aquí alegres y contentos'[3]. Y digo que os invito, pues no es una cosa a la que pueda obligaros y que depende mucho del tenor de los discursos que restan por pronunciar. Eso sí, lo que os recomiendo y hasta cierto punto exijo, en el caso de que aquéllos no cumplan las condiciones requeridas, es que los olvidéis apenas pronunciados, algo así como se vacía una botella de un solo trago.

Y ahora volvamos a la mujer, que es sobre la que quiero hablaros. También yo he reflexionado y meditado a fondo en la categoría peculiar de la mujer. También yo he dado muchas vueltas a este asunto, si bien no en vano, puesto que he logrado al fin hacer un descubrimiento sensacional, el cual tengo el honor de comunicaros en este mismo instante. La única concepción exacta de la mujer es la que se obtiene enfocándola bajo la categoría de la *broma*. Al hombre le incumbe ser absoluto, actuar de un modo absoluto y expresar lo absoluto. La mujer, en cambio, tiene su lugar propio dentro

[1] Sentencia del *Eclesiastés*, III, 7.
[2] «Inciertos o dudosos del resultado de la batalla.»
[3] Leve cita de la ópera de Scribe, *Brama et les bayadères*.

de lo relativo. Entre dos seres tan desemejantes no cabe, pues, ninguna interacción directa y verdadera. Esta disparidad es la que constituye cabalmente la broma, de suerte que muy bien podemos afirmar que con la mujer apareció la broma en el mundo. Esto impone la necesidad de que el hombre sepa mantenerse siempre en el plano absoluto, pues de lo contrario no descubrirá nada excepcional en la relación amorosa, sino solamente algo muy vulgar y corriente, a saber, que el hombre y la mujer se corresponden entre sí como dos simples mitades del total ser humano.

La broma no es una categoría de orden estético, sino una categoría ética en estado embrionario. Esta categoría ejerce sobre el pensamiento un efecto similar al que produciría un orador que comenzara su discurso con una entonación muy solemne, a renglón seguido una o dos largas pausas, como las de los calderones en la música, después un ¡hum! profundísimo y, para terminar, un brusco ¡he dicho! Es lo mismo que acontece con la mujer. Al principio se la enfoca a la luz de la categoría ética, a continuación se cierran los ojos, luego se piensa lo absoluto según las exigencias de la ética y se piensa también en el ser humano en general; entonces se abren de nuevo los ojos y los mantiene uno fijos en la virtuosa jovencita con quien se verifica el experimento de si se ajusta o no a esas exigencias, y, como colofón, se lleva uno un enorme chasco y no puede por menos de exclamar: ¡Cáspita, todo esto no fue seguramente más que una broma!

La broma, en efecto, aparece clarísima tan pronto como se examina a la mujer a la luz de esta categoría, porque entonces se pone inmediatamente de manifiesto que la seriedad con ella es un imposible. Y en esto, precisamente, consiste la broma. Exigir de la jovencita que fuera la seriedad personificada no sería, en absoluto, ninguna broma. Si la conectáis, por ejemplo, con una bomba neumática y la sacáis todo el aire que la joven lleva dentro, cometeríais una barbaridad por vuestra parte y el resultado no sería ciertamente nada divertido. En cambio, si la metéis más aire todavía y la hincháis

hasta que alcance unas proporciones colosales y se crea ella misma haberse aupado a esa idealidad sublime que siempre será el sueño favorito de una muchacha de dieciséis años, entonces habréis puesto en marcha el espectáculo, por cierto uno de los más divertidos, sino el que más, de todos los que el mundo puede ofrecernos. Ningún mozalbete es capaz de imaginarse que posee ni siquiera la mitad de idealidad que una de esas jovencitas de dieciséis abriles. Claro que, como suelen decir los sastres, esto se debe a que todo lo que se refiere a la mujer no es más que una pura ilusión.

Si no se mira a la mujer desde este punto de vista, puede causaros daños irreparables. Mi concepción, por el contrario, la hace inofensiva y divertida. Para un hombre nada puede haber tan terrible como sorprenderse a sí mismo diciendo bobadas. Con esto se destruye de un tajo toda idealidad. Uno puede, desde luego, arrepentirse de ser un pillastre, o lamentarse de haber dicho ciertas cosas al tuntún, esto es, sin pensar para nada en lo que decía, pero eso de no decir más que bobadas con una solemnidad tan grande y el aplomo de un Catón, para descubrir al fin que no se han dicho más que estupideces, es algo que incluso le da náuseas al mismo arrepentimiento. Con la mujer sucede todo lo contrario. Ella tiene el privilegio original de transformarse en menos de veinticuatro horas en uno de los galimatías más inocentes y perdonables que circulan por el ancho mundo. Porque nada más lejos del espíritu sincero de una mujer que la intención de engañar a nadie. Hoy os aplana con una retahíla de consideraciones y puntualizaciones sobre esto y lo de más allá, y mañana, con la misma sinceridad y amable cordialidad de ayer, os dice exactamente lo contrario, sólo que ahora lo contrario es tan verdadero que ella jura y perjura que la parta un rayo si no lo es.

En estas condiciones, el hombre que con toda su seriedad se entregue al amor de una mujer, podrá decir que ha firmado, por su cuenta y riesgo, un magnífico seguro de vida. Y bien puede afirmar que es magnífico y estupendo, porque de no ser así no habría encontrado

en ninguna parte ni una sola compañía de seguros que le hiciera un contrato de esta clase con materia tan inflamable por medio. ¿Qué es, en definitiva, lo que ha hecho nuestro arriesgado individuo? Se ha puesto, ni más ni menos, a la misma altura de la mujer. Si ésta explota como un petardo de Nochevieja, él hace lo propio, y aunque se amilane sería lo mismo, pues con ello no habría alejado ni un milímetro el peligro que sigue amenazándole. ¿Y qué es lo que puede perder identificándose con la mujer en esa relatividad tan necia? Absolutamente todo. Por la sencilla razón de que la única oposición absoluta de lo absoluto es la de la estupidez. Ni siquiera le quedará el consuelo de poder solicitar una plaza en una institución penitenciaria modelo para adultos de baja estofa moral, pues nuestro individuo, moralmente, no es un corrompido, ni muchísimo menos; lo único que ha hecho es reducirse al absurdo e, incluso, sentirse la mar de satisfecho con su galimatías. En una palabra, que nuestro hombre se ha convertido en un bufón.

Tal cosa es imposible que suceda jamás entre hombre y hombre. Pues si uno de ellos se volatiliza así en la insensatez, el otro lo desprecia. Si pretende embaucarlo con sus consideraciones sabias, el otro lo somete a un sencillo examen ético y el peligro queda descartado. Y si, finalmente, sobrepasara todos los límites razonables y dignos del comportamiento de un hombre, se le pega un tiro en la nuca y se acabó la historia. Pero, ¿quién es el guapo que desafía a una mujer? ¡Pobrecito el que no sepa que con ella todo ha de ser una broma, como cuando Jerjes mandó que se azotara al mar! Otelo, en realidad, no ganó nada con matar a Desdémona, incluso en el caso de que ésta le hubiera sido de hecho infiel. Porque, matándola, hacía simplemente una concesión en el orden de una consecuencia que ya desde el principio lo había puesto en ridículo. Por el contrario, Doña Elvira, tomando un puñal para vengarse, nos parece una figura muy patética. Si Shakespeare ha concebido un Otelo trágico —prescindiendo de la lamentable catástrofe que representa la inocencia fáctica de Desdémona—,

esto se explica perfectamente por el hecho de ser Otelo un hombre de color. Porque, mis queridos camaradas, un hombre de color, al que no podemos considerar lo bastante desarrollado espiritualmente; un hombre de color, repito, cuyo rostro se pone verde en el arrebato de la cólera, lo que es un hecho rigurosamente fisiológico; un hombre de color, dadas todas estas limitaciones peculiares de su raza, es muy capaz de llegar a ser trágico cuando le engaña su mujer, de la misma manera que cualquier mujer encarna íntegro el *pathos* de la tragedia cuando es engañada por el hombre amado. El hombre que se pusiera rojo de cólera, que es lo que les suele suceder a los de la raza blanca, no llegaría quizá a encarnar nunca lo trágico en la misma situación. En todo caso, un hombre espiritualmente maduro, que es la verdadera exigencia de la condición masculina, jamás tiene celos, y si los tuviera, su actitud sería completamente cómica, en especial si lo contemplamos corriendo de un lado para otro de la escena y con un puñal en la mano.

Es una lástima que Shakespeare no haya escrito un drama en el que se viera resplandecer la ironía como medio de expresión contrastada de las reclamaciones de un marido engañado por su mujer. Porque muy pocos, aun suponiendo que hayan descubierto lo cómico de tal situación e incluso lo hayan solucionado así en la práctica de su misma vida, son capaces de exponerla en una adecuada forma dramática.

Imaginemos por unos momentos a Sócrates, sorprendiendo a Jantipa en flagrante —digo sorprendiéndola, porque no tendría en absoluto nada de socrático el creer que Sócrates anduvo alguna vez preocupado por las infidelidades de su esposa o espiándola como cualquier marido celoso. ¡Ah, parece que estoy viendo cómo aquella su característica sonrisa, que del hombre más feo de Atenas hacía el más hermoso, se transformaba por primera vez en su vida en sonora carcajada! Por otro lado, si atendemos a que Aristófanes ha representado muchas veces a Sócrates como un personaje bufo, no acertamos a explicarnos por qué no se le ocurrió también la idea de presentarle en escena corriendo de un lado para

otro y gritando: «¡Dónde está la infame, dónde la esposa infiel, que la mato!» Al fin de cuentas, si Sócrates fue o no realmente un cornudo, es algo que no hace al caso. Todo lo que Jantipa pudiera hacer en este sentido era tiempo perdido, como el del harapiento que rebusca en sus bolsillos con el afán de encontrarse un doblón de oro. Sócrates, aun con cuernos, seguiría siendo el héroe intelectual que siempre fue. Pero si hubiera sentido celos y matado a Jantipa, ello significaría que ésta había llegado a alcanzar un tal poder sobre él como el que nunca jamás tuvieron la república ateniense ni siquiera la misma sentencia de su propia muerte, esto es, el poder de dejarlo en ridículo.

Un cornudo, por tanto, resulta cómico en sus relaciones con la esposa, pero bien puede aparecer como un personaje trágico en su relación con los demás hombres. En esto estriba, en definitiva, la concepción española del honor. Mas lo trágico consiste esencialmente en que el marido burlado no tiene ninguna posibilidad de lograr una reparación condigna y, además, en que el aspecto más penoso de su sufrimiento sea precisamente la absurdidad del mismo, cosa que nos deja bastante escalofriante. Todas las otras cosas, como eso de pegarle un tiro a la esposa infiel o apuñalarla, desafiarla o menospreciarla, no sirven más que para demostrar a mayor abundamiento la estupidez del marido, puesto que la mujer es el sexo débil. Esta última suposición ya ha tomado, desde hace muchísimo tiempo, carta de ciudadanía, aunque realmente es un tópico que todo lo embrolla. Pues si la mujer cumple grandes tareas, se la admira más que al hombre, porque nadie esperaba tales cosas de ella. Si la mujer es la engañada, entonces todos ponen conjuntamente con ella el grito en el cielo. En cambio, cuando el burlado es el marido, todos se compadecen un poco del pobre hombre y esperan pacientemente a que se marche, para reírse a sus anchas en cuanto lo ven doblar la esquina.

Por todas estas razones es sumamente recomendable considerar a tiempo que la mujer no es más que una broma. Y esta consideración depara unos gozos indes-

criptibles. Se empieza, conceptualmente, elevándola hasta que alcance una cierta grandeza sobrenatural, y luego uno mismo, como postrándose en adoración, se hace pasar por una insignicancia. Se cuida uno muy bien de no contradecirla, lo que sólo serviría para azuzarla y darle más vigor en sus diatribas. Precisamente porque la mujer no sabe mantenerse dentro de los justos límites, la mejor manera de no estropear sus encantos es contradecirla lo menos posible. Que por nada del mundo se os ocurra jamás poner en dudas ni una sola de sus palabras, al revés, creedla a pies juntillas todo lo que os diga. Poned siempre cara de enorme admiración y los ojos en blanco como extasiados. Rondazla siempre con el aire de danza del más rendido de los adoradores. Y si fuera necesario, caed de rodillas ante ella y languideced como un pobre pajarillo que se ha quedado solo en su nido. Y así, desde esta posición postrada, aupad un poco la mirada hacia ella, languideced y suspirad de nuevo. Como esclavos sumisos, haced todo lo que os ordene. Y ahora viene, como fruto maduro de vuestro maravilloso comportamiento, lo mejor de toda esta historia...

No hace falta demostrar que la mujer es capaz de hablar, quiero decir: *verba facere*. Pero, desgraciadamente para ella, no tiene la suficiente reflexión para mantenerse libre de contradicciones ni siquiera a lo largo de una semana, a no ser que el hombre venga en su ayuda y restablezca el orden anterior con sus impertinentes réplicas. La consecuencia fatal, de no mediar las réplicas, es que la mujer después de un tan corto espacio de tiempo se encuentra sumergida en un mar de confusión. Si no hubiéramos hecho lo que decía, no habría notado ella misma tanta confusión, ya que la mujer olvida exactamente con la misma facilidad que casca. Pero la confusión salta a su propia vista y la desconcierta tan pronto como el sumiso adorador lo ha hecho todo por ella y la ha agasajado fielmente de mil maneras. Cuanto más dotada es la mujer, tanto más divertida. Porque cuanto más dotada, tanto mayor su imaginación. Y cuanto más imaginativa, más formidable

se revela en el instante y mucho mayor su confusión en el instante siguiente. Una tal diversión a lo largo de toda la vida se ve muy raras veces, por la sencilla razón de que también suele ser rarísima una obediencia tan ciega a los caprichos de una mujer. Quizá en los caseríos de alta montaña o en las aldeas remotas se encuentre algo semejante, aunque sin duda los pastores o labriegos languidecientes no caigan para nada en la cuenta de la diversión en que están metidos.

La idealidad que alcanza una de esas tiernas doncellas en el instante fantástico es una cosa que realmente no se puede encontrar nunca ni entre los dioses ni entre los hombres, y por eso mismo resulta tan divertido escuchar lo que nos cuenta desde su tan alta idealidad, creerlo a machamartillo y, en ocasiones, atizar el fuego de su propio encandilamiento.

Esta diversión, como he dicho, es algo que no hay con qué pagarlo. Lo sé muy bien por experiencia. A veces me he pasado noches enteras sin poder pegar el ojo y cavilando las nuevas confusiones que al día siguiente me serviría mi amada en bandeja, ayudada un poco por el duendecillo de mi aparente espíritu servil. Nadie que juegue a la lotería es capaz de imaginarse tan extrañas combinaciones como las que conoce cada día el jugador de este otro apasionante juego. La diferencia está en que en el segundo siempre sale uno premiado. Pues no existe ni una sola mujer sin esa capacidad de perderse y remontarse transfigurada por las nubes, con ese su encanto, ligereza y seguridad tan típicos del sexo débil. El amante honrado es aquel que descubre todos y cada uno de los encantos de la amada. Y cuando se encuentra con semejante genialidad, no permite que aquella capacidad se quede en mera posibilidad, sino que hará todo lo que está en su mano para que se desarrolle hasta el virtuosismo.

En este punto no tengo necesidad de explayarme, ni tampoco podría hacerlo, aunque quisiera, pues bien sabéis que de esto es imposible hablar en abstracto. Hasta el mismo empleo de las metáforas se resiste un poco en este sentido. Yo diría, hablando metafóricamente, que

el amante encuentra en compañía íntima de su amada una diversión tan deliciosa y un estudio tan interesante como lo puedan ser los logrados por el equilibrista que se columpia sobre el alambre con la punta de un bastón apoyada en la de su nariz, o da una cabriola en el aire con un vaso lleno de agua y sin que se derrame una gota, o baila como si tal cosa sobre una tarima sembrada de huevos.

Desde el punto de vista erótico, por tanto, se ha de tener una confianza absoluta en la mujer amada, no solamente creyendo que le es fiel a uno —éste es un juego que en seguida se hace aburrido—, sino prestando una fe también absoluta a todas las manifestaciones desbordadas de su inviolable romanticismo, tan inviolable y desbordado que la mujer corre incluso el riesgo de morirse en tal situación si no se la provee de una válvula de seguridad por la que escapen todos sus suspiros, humos y arias románticos, inundando de felicidad al sumiso adorador. A la mujer, admirándola, hay que mantenerla siempre en aquellas cimas de exaltación en que se encontraba la pobre Julieta, teniendo mucho cuidado, claro está, de que a nadie se le ocurra tocarle a Romeo ni siquiera un pelo de su cabeza.

Desde el punto de vista intelectual ha de creerla uno capaz de todas las cosas, y si esta buena fe de uno es correspondida, se encontrará en un santiamén con una estupenda mujer de letras, deseosa de empollar, mientras su feliz amante, pantalleando con la mano sus ojos llenos de admiración, contemplará las producciones inesperadas de su pequeña gallina negra [1]. Es inconcebible que Sócrates, en vez de querellarse con Jantipa, no procurara sacar de ella algo parecido a lo que acabamos de decir de la gallina negra. Pero, evidentemente, obró así porque quiso ejercitarse como el buen jinete, el cual, aun poseyendo el caballo mejor amaestrado de la co-

[1] Alusión a otra obra de L. Holberg, act. II, esc. 1.ª, de *El activista, Den Stundeslöse.*

marca, lo aguijonea todavía más para que no haya ninguna duda de su amaestramiento [1].

Ahora trataré de ser un poco más concreto para explicar un caso particular y muy interesante. Se ha hablado mucho de la fidelidad femenina, pero pocas veces se ha hecho de la manera adecuada. Esta fidelidad, desde el punto de vista estético, es como un fantasma más de los inventados por imaginación poética, un fantasma que atraviesa la escena y va a sentarse en un rincón, frente a la rueca, en espera del amado. Una vez que lo ha encontrado o, mejor dicho, que el amado ha venido, empieza otra historia de la que la estética no sabe o no quiere saber nada. La infidelidad de la mujer, que puede ser puesta en relación inmediata con su anterior fidelidad, ha de ser considerada, esencialmente, bajo un punto de vista ético. Es el momento en que aparecen los celos como expresión de una pasión trágica. Dos entre tres casos demuestran la fidelidad de la mujer y sólo el tercero su infidelidad, lo que significa que el porcentaje favorece al sexo débil. Su fidelidad es incomprensiblemente grande mientras ella no está muy segura de su amado; todavía mayor cuando él la suplica, de uno u otro modo, que no le sea tan fiel; y, finalmente, el tercer caso es el de la infidelidad.

Quien tenga el suficiente espíritu y desinterés para reflexionar, comprobará fácilmente que todo lo que acabo de decir es la justificación de la categoría de la broma. Nuestro joven amigo, que al comenzar su discurso me desorientó en cierto sentido, dio a entender al principio que iba a tratar precisamente este asunto, pero luego, como asustado por el tema, se disparó por otros derroteros y pasó por alto la dificultad. A juicio mío, sin embargo, no resulta nada difícil la explicación si uno se decide seriamente a relacionar entre sí el amor desgraciado y la muerte, al mismo tiempo que no menos seriamente retiene esta idea en su mente. Si he repetido el adverbio, es porque creo que siempre, particularmente cuando se trata de la broma, es necesario tener mu-

[1] Detalles de la estampa socrática hecha por Diógenes Laercio.

cha seriedad. El discurso que tratara de dicha relación estaría muy bien en labios de una mujer o de un hombre afeminado. Porque en seguida se evidenciaría que todo él no era otra cosa que una serie de explosiones pronunciadas con mucho aplomo en el instante y con la seguridad de alcanzar grandes aplausos en ese mismo instante. El tema tratado, desde luego, lo es de vida o muerte, pero la manera de tratarlo lo convertiría simplemente en un poco de merengue para el paladeo y la consumición inmediatos. El tema, por lo pronto, concierne a la vida entera, pero no responsabilizaría para nada al moribundo en cuestión, sino solamente al oyente para que corriera a toda prisa en ayuda del que estaba a punto de diñarla.

Si un hombre nos espetara un discurso de este tenor, no sería nada divertido, sino tan despreciable como para que ni uno solo de los oyentes diera rienda a su risa en ningún momento. Una mujer, en cambio, resultaría genial en un discurso semejante y, sobre todo, divertidísima, con lo que los oyentes lo pasarían de perlas escuchando los arrebatos de su genialidad maravillosa. La amante, en efecto, se muere de amor en el acto. Esto es indudable, puesto que ella misma lo dice con su mejor énfasis. Aquí culmina su apasionamiento. En este aspecto se puede afirmar que la mujer es un hombre, al menos para decir lo que un hombre hecho y derecho a duras penas sería capaz de hacer. Sí, es todo un hombre.

Si me he expresado de este modo acerca de la mujer ha sido situándola dentro de la perspectiva ética. Mis queridos camaradas, haced vosotros también lo mismo y así comprenderéis a Aristóteles. Este señala con plena razón que la mujer no debe intervenir nunca en la tragedia. Esto es, por lo demás, evidente. El sitio propio de la mujer está en las piezas cortas de tipo patético y serio, no en un drama de cinco actos. O mejor aún, en los sainetes de media hora. La protagonista, según dice ella misma, se muere. ¿No será más bien que ha comenzado a amar de nuevo? ¿Y qué dificultad hay en ello si alguien, caritativo, se presta a resucitarla? Y re-

sucitada, ¿qué tiene de extraño?, empieza a ser una criatura nueva, una mujer nueva y una protagonista totalmente distinta y con unas ganas locas de amar, como es lógico, por la primera vez. ¡Ay, muerte, cuán grande es tu poder! Ni el vomitivo más enérgico ni el laxante más eficaz son capaces de operar una limpieza tan rápida y radical.

Nadie dirá, si acierta a contemplarlo y recordarlo como se merece, que un sainete de este tipo es una auténtica maravilla. Su confusión es algo magnífico. Encontrarse en la vida con un difunto es una escena enormemente divertida. Lo curioso es que este recurso no se utilice con mayor frecuencia de las tablas. En cambio, en la misma vida real suelen darse bastantes casos. Un hombre que ha sufrido una parálisis y queda tarado es, hasta cierto punto, una curiosidad que mueve a risa, pero eso de encontrarse con un verdadero finado es algo que sobrepasa todo lo que se puede exigir razonablemente de un espectáculo cómico. Lo único que se necesita, por nuestra parte, es prestar un mínimo de atención. Yo mismo he presenciado una escena de este tipo, no hace mucho tiempo, mientras paseaba con un conocido mío por una de las calles más concurridas de la ciudad. En cierto punto nos cruzamos, entre tantas otras parejas que eran desconocidas para mí, con una que no lo era del todo para mi acompañante. Al ver su gesto un poco raro, traté de informarme. «¡Ah, los conoces!» «¿Que si los conozco? Sobre todo a ella, que es precisamente mi difunta.» «¿Pero de qué difunta me estás hablando, amigo mío?» «Pues sí, verdaderamente te hablo de una difunta, es decir, de mi primer amor difunto. ¡Fue una historia muy curiosa! Un día me dijo la pobre: "¡Que me muero!" Y en aquel mismo instante se la tragó la tierra, de manera tan definitiva que ni siquiera tuve necesidad de registrarme en la caja de los viudos, lo que hubiera sido un gran consuelo para mí. Porque ahora, desde que ella murió, no hago más que andar errante de un lado para otro, como un alma en pena o, según dice el poeta, buscando en vano la

tumba de mi amada, para ir a visitarla y derramar una lágrima sobre la fría losa...»

Me dio cierta pena de este pobre hombre abatido, abandonado y solo en el mundo, aunque pude ver cómo se le encendieron de alegría sus pupilas al volver a ver su primer amor, ya muy lejos y del brazo de otro. Es una suerte, pensé yo entonces, que las muchachas no sean enterradas todas las veces que mueren, porque en este caso, en vez de ser los chicos, serían ellas las que más les costarían al erario paterno. Una simple infidelidad no es tan divertida como la que acabamos de relatar, por ejemplo, si una esposa joven, enamorada de otro, le dijera a su marido: «¡Ay, sálvame de mí misma, que ya no puedo resistir ni un día más!» Lo realmente extraño es el destino de aquel amante que ve cómo su amada se le muere en el abrazo de despedida cuando él parte para las Antillas y lee en las primeras cartas que la amada no puede resistir su ausencia, hasta que un buen día se encuentra con otro y su primer novio, al volver, descubre que no ha muerto, sino que está ligada al otro por toda la eternidad. Por eso me parecía muy natural que mi abatido acompañante, casi siempre que íbamos juntos de paseo, entonara aquella vieja canción: ¡Hurra en tu nombre y en el mío, que yo nunca olvidaré aquel dichoso día!

Perdonadme, queridos amigos, si he hablado demasiado. Ahora levantemos nuestras copas y bebamos otra vez, brindando por el amor y la mujer. Cuando se la contempla desde el punto de vista estético es, innegablemente, bella y encantadora. Pero lo que se ha dicho ya tantas veces, quiero repetíroslo una vez más: es necesario, amigos, no quedarse en ese plano estético, sino avanzar hacia otros planos. Consideradla, pues, en el plano ético, empezad por ahí y os encontraréis en seguida con la broma. Incluso Platón y el propio Aristóteles consideran que la mujer es una forma incompleta de vida y un cierto ser irracional que quizá, en una existencia mejor, llegue a transformarse en hombre. Pero en esta vida, como es lógico, hay que tomarla según ella es en sí misma. ¿Y qué es ella en definitiva? Se

ve en seguida, pues ni ella misma se contenta con permanecer en el plano estético, quiere ir más lejos, emanciparse y, según dice, ser lo mismo que el hombre. Y cuando esto ocurre, la broma es colosal».

Cuando Constantino terminó su discurso, invitó inmediatamente a Víctor Eremita a que comenzara el suyo, cosa que éste hizo en los siguientes términos:

«Platón, como es sabido, le estaba agradecido a los dioses por cuatro cosas, de las cuales la última era precisamente el haber sido contemporáneo de Sócrates. Por los otros tres favores primeros que nombra Platón, ya otro filósofo griego se le había anticipado en darles las gracias a los dioses del Olimpo. De esto concluyo yo que se trataba de una gratitud bien merecida. Pero si yo tuviera que mostrarles a los dioses mi agradecimiento a la manera de aquellos nobles griegos, no lo haría, desde luego, respecto de aquellas cosas que me han sido negadas. Por eso concentro todas las fuerzas de mi alma para agradecer el único bien que me ha sido otorgado: el haber nacido hombre y no mujer.

Ser mujer es una cosa tan rara, compleja y embrollada que no hay ningún predicado para poder definirla exactamente y, para colmo, los muchos predicados con que se la intenta definir son tan contradictorios que solamente una mujer es capaz de acomodarse a ellos e incluso, lo que todavía es peor, sentirse tan dichosa expresándolos. Su desgracia no consiste en ser de hecho menos importante que el hombre, ni menos aún en saber que lo es, ya que estas cosas se pueden soportar admirablemente. No, su desgracia consiste en que toda su vida, según su propia concepción romántica, es absurda. Tan absurda, que la mujer en un momento lo significa todo y en el siguiente no significa absolutamente nada, siempre incapaz de comprender lo que realmente significa. Por tanto, hablando con rigor, deberíamos decir que su desgracia no es la anterior, sino más bien su completa ignorancia o esencial incapacidad de lograr saber por qué es mujer. En lo que a mí respecta, de haber nacido mujer, me gustaría haberlo sido en el Oriente, como una esclava. Porque, al fin de cuen-

tas, ser pura y simplemente una esclava siempre es algo en comparación de esa ventolera y nadería que es la mujer en otras latitudes.

Aun cuando la vida de una mujer no encerrara semejantes contradicciones, serían suficientes para mostrarnos la absurdidad de su condición todas esas consideraciones de que ella goza y que, a justo título, se suponen que le son debidas en su calidad de mujer, no dispuesta en ningún caso a que el varón participe de las mismas. Estas consideraciones son sencillamente las de la galantería. Al hombre le conviene ser galante con la mujer. El arte de la galantería no consiste en otra cosa que en concebir a la que es objeto de la misma según categorías fantásticas. Por esta razón sería una ofensa mostrarse galante con otro hombre, pues por el hecho de serlo no admite se le catalogue dentro de esas categorías. Con la mujer, en cambio, la galantería es un tributo que se le hace, como perteneciente al sexo débil, un homenaje que le es esencialmente debido. Claro que la cosa no resultaría tan enormemente complicada si sólo hubiera un caballero galante en el mundo entero. Por desgracia no es así. De hecho, y de una manera instintiva, todos los hombres son galantes. Lo que significa que la existencia misma no ha sido parca al hacerle al sexo débil este regalo inconmensurable.

Por otra parte, todas las mujeres aceptan también instintivamente esta clase de homenajes. Con esto surge, en el mismo orden de cosas, otra nueva complicación. Porque si solamente una mujer se comportara de este modo, la explicación sería muy diferente. Aquí vemos despuntar de nuevo la ironía peculiar de la vida. Para que la galantería fuera verdadera, debería ser recíproca y de esta manera indicaría la cotización oficial en que están señaladas las diferencias existentes entre la belleza y el poder, la astucia y la fuerza. Pero esto no es así, la galantería pertenece esencialmente al sexo débil y el hecho de que la mujer la acepte de un modo instintivo se explica por la solicitud que la naturaleza ha tenido con esa su criatura débil y poco favorecida, como los hijos que han perdido la madre y tienen que so-

portar una madrastra, pero a quienes una ilusión les compensa de muchos sinsabores. Mas esta ilusión de la mujer es cabalmente su fatalidad. A veces la misma naturaleza suele venir a socorrer y consolar a algunos seres deformes, haciéndoles creer, gracias a la vigorosa imaginación con que lo ha dotado, que ellos son los más hermosos. En estos casos la naturaleza ha hecho bien las cosas, porque esos pobres desgraciados poseen más que lo que razonablemente podían esperar. En cambio, como le pasa a la mujer, liberarse de su miseria mediante una ilusión y vivir toda la vida embaucada por esa ilusión, representa una broma mucho más pesada. No se puede afirmar que la mujer sea un ser *desamparado* en el mismo sentido en que lo son esos otros seres deformes y desgraciados que acabamos de mencionar, pero sí en otro sentido distinto, en cuanto no es capaz de evadirse en ningún momento de esa ilusión con la que la naturaleza la ha consolado.

Si se resume una existencia femenina con el fin de destacar sus instantes decisivos, la impresión que recibimos no puede ser más fantástica. Los momentos críticos de la vida de una mujer tienen un significado completamente diferente de los que experimenta la vida de un hombre, pues la primera, precisamente en esos momentos, no hace más que oscilar y confundirlo todo. En los dramas románticos de Tieck suele uno encontrarse con cierta frecuencia un personaje singular que, de rey de Mesopotamia, pasó a ser especiero en Copenhague. Así de fantástica, ni más ni menos, es la vida de cualquier mujer. Basta un botón de muestra. Supongamos que la chica se llama Juliana. He aquí el balance, naturalmente propio, de toda su vida: 'Empezó siendo emperatriz en los vastos y descomunales dominios del amor, después quedó como reina titular de todas las extravagancias de la frivolidad y, al fin, acabó siendo simplemente la señora de Pérez, con domicilio en la misma esquina de la calle de los Fontaneros.'

En el período de su infancia, las niñas no reciben tantos mimos como los niños. Cuando son un poco mayores, uno no sabe cómo comportarse con ellas. En-

tonces comienza ese período decisivo que las convierte en soberanas. Es el momento en que se acerca el hombre en plan de adorador, pues todos los pretendientes han de ser adoradores sumisos, y no se trata en este caso de ninguna impostura caprichosa y falaz. El mismo verdugo, cuando se enamora, deja su hacha y va a pedir la mano de su novia como un corderito, hincando la rodilla en tierra, y aunque, para sus adentros, piense ya liberarse de las habituales ejecuciones domésticas tan pronto como le sea posible, e incluso sin dar la menor excusa por el hecho conocido de que las ejecuciones públicas cada vez son menos frecuentes. Y el hombre culto adopta la misma actitud que el verdugo. Primero cae de rodillas, postrado adora y, también para sus adentros, concibe a la amada dentro de las más fantásticas categorías; y a renglón seguido olvida para siempre su postura genuflexa, ya que él sabía perfectamente en aquel mismo momento que todo era fantástico. Si yo hubiera nacido mujer, preferiría con mucho que mi padre, como se estila en el Oriente, me vendiera al mejor postor, ya que al menos en este negocio había alguna ganancia. ¡Qué desgracia tan grande ser una mujer! Y, no obstante, lo grave de esta desgracia radica en que ella misma no se da cuenta de su desgracia. Si se lamenta, no es porque la adoren, sino porque la dejen de adorar. Si yo hubiera nacido mujer, lo que primero rechazaría es que me hiciera nadie la corte, resignándome a ser el sexo débil, si lo fuera, y procurando, esto es lo principal cuando se tienen agallas, no apartarme ni un ápice de la verdadera condición propia. Pero la mujer no se preocupa para nada de esto. Cuando es una Juliana se siente a sus anchas en el séptimo cielo, y después, cuando es la señora de Pérez, se conforma con su suerte.

Yo les agradezco, pues, a los dioses el haber nacido hombre y no mujer. ¡Ah, pero con esto de cuántas ventajas no he sido privado! Porque toda la poesía, desde las canciones al vino hasta las cimas de la tragedia, constituye una apoteosis de la mujer. Tanto peor para ella y su respectivo adorador, sobre todo para éste, que

si no tiene cuidado, pronto quedará, en esa misma postura de adoración, hecho un mico. El hombre le debe a la mujer todos sus hechos hermosos e importantes, todas sus hazañas y éxitos, ya que es la mujer la que le ha contagiado su entusiasmo. La mujer es la musa inspiradora. ¡Cuántas veces los tiernos tañedores de flauta no han interpretado ya este tema, mientras las pastoras les escuchaban embelesadas!

Mi alma, en verdad, no envidia estas cosas, sino que le está muy agradecida a Dios, porque, a pesar de todo, prefiero ser hombre, muy poquita cosa, pero serlo realmente, y no mujer, es decir, un personaje de una grandeza indefinida y que sólo es dichosa en el mundo de la ilusión. Sí, siempre preferiré ser una concreción que signifique algo, antes que una abstracción que lo signifique todo. Sin duda, que gracias a la mujer hizo la idealidad su aparición en la vida humana. ¿Qué sería el hombre sin ella? Muchos hombres han llegado a ser genios, héroes, poetas o santos gracias a una doncella que los animó por el camino de sus respectivos ideales. Pero ningún hombre llegó a ser un genio gracias a la jovencita con que se casó, pues por este camino, con ella siempre del brazo, su destino inevitable fue el de funcionario público, más o menos alto en el escalafón; ninguno llegó a ser héroe con la muchachita que pronto fue su mujer, porque con ella no tuvo más remedio, en el mejor de los casos, que quedarse en general del ejército; ninguno llegó a ser poeta con la jovencita con quien contrajo matrimonio, sino solamente padre; ni ninguno, absolutamente ninguno, llegó a ser un santo con la doncella que llevó hasta el altar, por la sencilla razón de que no llevó a ninguna doncella hasta el altar y sólo amó a una que no fue su esposa..., exactamente lo mismo que cada uno de aquellos otros hombres que fueron genios, héroes o poetas gracias a una doncella que amaron y nunca fue su esposa.

Si la idealidad de la mujer fuera por sí misma la que estimulaba al hombre, entonces la inspiradora de entusiasmo sería, sin duda, aquella con la que el hombre se unía en matrimonio para toda la vida. Pero la exis-

tencia tiene un lenguaje distinto. Es decir, que la mujer solamente hace que el hombre sea creador en la idealidad cuando éste mantiene con ella una relación negativa. Entendiendo así la cosa, es ella la que anima al hombre y lo entusiasma para que siga en pos de los grandes ideales. Por el contrario, si se entendiera de la otra manera, diciendo que la mujer anima directa y positivamente al hombre en cuanto esposa, se cometería el más simple de los paralogismos, tan simple que sería necesario ser una mujer para no darse cuenta de ello. ¿Es que acaso se ha oído alguna vez que algún hombre llegó a ser poeta gracias a su esposa? La mujer es la inspiradora del hombre, mientras éste no una su vida a la suya. Esta es la verdad que, como fundamento oculto, constituye la base de todas las ilusiones, tanto las de la poesía como las de la propia mujer.

El hecho de que el hombre no tenga mujer puede significar muchas cosas. En primer lugar, que no la tiene, pero trata de conseguirla. De esta manera no pocas muchachas han entusiasmado a muchos hombres de los que han hecho caballeros. Pero jamás se ha oído decir que un hombre se hiciera valiente gracias a su esposa. En segundo lugar, según la misma hipótesis, que no la tiene y que le es totalmente imposible conseguirla. De este modo no pocas jóvenes han entusiasmado y despertado la idealidad de muchos hombres, suponiendo que ellos tuvieran algo que dar en este sentido. Pero una esposa, que en este mismo sentido tiene por cierto muchas cosas que dar, apenas despierta la idealidad del marido. En tercer lugar, finalmente, el no tener mujer puede significar que uno anda a la caza del ideal correspondiente. El individuo en cuestión quizá ame a muchas, aunque este amar a muchas constituye también una especie de amor desgraciado, pero él no ceja y pone toda la idealidad de su alma en esa misma búsqueda anhelante y ardorosa, no precisamente en las porciones de amabilidad que va encontrando y que no son más que un residuo global de las contribuciones que cada una de ellas aporta.

La más alta idealidad que una mujer puede despertar

en un hombre es, ciertamente, la de la conciencia de la inmortalidad.

El nervio de esta nueva prueba consiste en lo que podríamos llamar la necesidad de una réplica. Una pieza de teatro no se considera perfecta si no termina con la réplica de uno o varios de sus personajes. Lo mismo reclama la idealidad, que, al no poder admitir que todo en la vida acabe con la muerte, impone la necesidad de una réplica. Esta prueba aparece frecuentemente avalada de un modo muy positivo en las esquelas de los periódicos. Entre paréntesis diré, puesto que aparece en los periódicos, que me parece la cosa más natural del mundo que lo haga de un modo tan positivo. Así, por ejemplo, 'la señora de Pérez vivió muchos años, hasta que plugo a la Providencia divina que en la noche del 24 al 25...' Con este infausto motivo el señor Pérez sufre un ataque de reminiscencia, evocando vivamente aquel período feliz en que cortejaba a la que pronto sería su esposa. Esto quiere decir, sin tanto barroquismo, que ahora el pobrecillo solamente puede encontrar consuelo en 'volverla a ver'. Para este feliz reencuentro se prepara, provisionalmente, se entiende, tomando otra mujer. El segundo matrimonio, evidentemente, no es tan poético como el primero, pero tiene la ventaja de ser una buena reedición. He aquí la prueba positiva. El señor Pérez no se contenta con una mera réplica, exige también 'volverla a ver' en el más allá. Es sabido que los metales falsos toman a veces el brillo de los legítimos, se trata del resplandor fugaz de la plata. Pero con los metales este truco no da resultado, pues en seguida se les cae el baño y se ven que son completamente falsos. Con el señor Pérez acontece algo distinto. La idealidad es justamente peculiar privilegio del hombre, y por esto mismo, cuando me río del señor Pérez, no lo hago en realidad porque sea un metal falso o tenga el fugaz brillo de la plata, sino porque este su mismo brillo argénteo delata que es un metal falso. De esta manera el pequeño espíritu burgués aparece bajo su aspecto más ridículo y ofrece, así ataviado de idealidad, una ocasión pintiparada para que podamos decir con

Holberg: '¿Piensas acaso que esta vaca también ha tenido puesta su adriana?' [1].

Cuando la mujer despierta en el hombre la idealidad, y con ésta la conciencia de la inmortalidad, siempre lo hace negativamente y como de rechazo. Por eso alcanza de golpe lo inmortal cualquier hombre que gracias a la mujer ha llegado a ser un genio, un héroe, un poeta o un santo. Si lo que idealiza se encontrara de una manera positiva en la mujer, entonces sería la esposa y sólo la esposa la única capaz de despertar en el hombre la conciencia de la inmortalidad. Mas la vida misma enseña exactamente todo lo contrario. La esposa despierta la idealidad en el marido solamente en el momento en que ella se muere. En el caso del señor Pérez la muerte de su primera esposa no sirvió, por cierto, para despertarle a la idealidad. Pero en todos aquellos casos en que la muerte de la mujer despierta la idealidad del marido, tenemos aquel modelo de esposa que ha llevado a feliz término las grandes tareas que la asigna la poesía. Pero, anotémoslo bien, no ha sido precisamente lo que ella ha hecho de positivo por él lo que ha despertado su idealidad. Por eso a medida que la esposa va avanzando en años, más dudosa se va haciendo también su significación para el marido, ya que ella con los años trata realmente de significar algo positivo.

Ahora bien, cuanto más positivos son los argumentos en este sentido, menos demuestran. Lo que entonces suele pasar es que se siente una honda nostalgia de algunas cosas que fueron y cuya sustancia se ha evaporado por completo, puesto que pertenecen a lo vivido en el pasado y para siempre. Estos argumentos alcanzan su más alto grado positivo cuando la nostalgia se agarra a ciertos episodios laberínticos de la vida conyugal..., de aquellos tiempos ya tan remotos en que ambos eran como una pareja de ciervos en pleno bosque. De la

[1] Esta vez se cita la comedia de Holberg titulada *El cuarto de los augurios,* act. II, esc. 2.ª La «adriana» era una prenda de vestir que usaban las mujeres elegantes de la época para las grandes galas. Era ceñida, con cola y un poco abierta por delante.

misma manera podría uno sentir también una nostalgia repentina de un viejo par de zapatillas que un día fueron tan bonitas y cómodas para andar por casa. Claro que esta nostalgia no prueba en modo alguno la inmortalidad del alma. El argumento, en definitiva, será tanto mejor cuanto más negativamente se establezca, porque lo negativo es superior a lo positivo, es una cierta infinitud y de este modo la única cosa positiva.

Toda la significación de la mujer es negativa. En comparación de esto, su significación positiva es como una nada o más bien algo funesto. Esta es la verdad que la existencia le ha ocultado a sus propios ojos, consolándola con una ilusión que sobrepasa con mucho todo lo que es capaz de concebir el cerebro de un hombre. En este aspecto se puede afirmar que la existencia la ha dotado de una manera tan maternal que el lenguaje y todas las demás cosas no hacen más que apoyar y robustecer esa gran ilusión de la mujer. La concepción que uno se forme de ella siempre ha de ser una concepción galante, aun en el caso de que se vea en ella lo contrario de una inspiradora entusiasta del hombre, sea porque se considere que de ella nos vienen todos los males, sea porque se juzgue que fue ella precisamente la que introdujo el pecado en el mundo, o sea, finalmente, porque su infidelidad lo destruye todo.

Cuando se oyen decir todas estas cosas sobre la mujer, uno se siente inclinado a creer que ella es en realidad capaz de una culpabilidad infinitamente mayor que la del hombre, lo que sería, evidentemente, un homenaje no pequeño. Sin embargo, no es esto lo que sucede, ni muchísimo menos. Existe una interpretación solapada que la mujer no acierta a comprender, pues en seguida comprueba que todo el mundo es de la misma opinión del Estado, el cual hace al hombre responsable de su cónyuge. Se la condena, como jamás se ha condenado a hombre alguno, porque a éste se le hace un juicio real y a ella no es que se le haga un juicio más benévolo —con lo que al menos su vida dejaría de ser una completa ilusión—, sino que sencillamente el juicio termina no pronunciando ningún veredicto sobre la esposa y de-

jando las cosas en tal estado, al mismo tiempo que las costas se cargan al erario público, es decir, a todos y cada uno de los ciudadanos honrados. En un instante, a juicio de la mayoría, la mujer debe dar muestras de la mayor astucia posible, y al momento siguiente todo el mundo se ríe a sus anchas del cuidado a quien ella acaba de engañar. ¿Quién no ve que esto es una enorme contradicción? ¡Pues sencillamente, como en la sala de la audiencia, muy pocos o ninguno! Incluso a la mujer de Putifar le fue en cierto modo posible aparentar que había sido ella la seducida. De esta manera cualquier mujer tiene una posibilidad, verdaderamente monstruosa, que no se le ha concedido a ningún hombre. Claro que también hay que decir que su total realidad guarda proporción con la anterior posibilidad y que lo más terrible de la mujer es ese encantamiento iluso en el que se siente a las mil maravillas.

Dejemos que Platón dé gracias a los dioses por haber sido contemporáneo de Sócrates; bien lo podemos envidiar por ello. Dejemos que les dé las gracias por ser griego; también lo podemos envidiar por esta su condición helénica. Pero lo que a mí, personalmente, más me entusiasma y me hace estar plenamente de acuerdo con él, es porque les da las gracias a los mismos dioses por haber nacido hombre y no mujer. Sería espantoso que yo, pudiendo ver las cosas como ahora las comprendo, hubiera nacido mujer y no hombre. ¡Con sólo pensarlo se me ponen los pelos de punta! Pero todavía sería algo mucho más espantoso que yo fuera mujer y, en consecuencia, absolutamente incapaz de comprender lo que era.

Si las cosas son así, la consecuencia inmediata debería ser abstenerse de toda relación positiva con la mujer. En todas las partes donde ella entra en baza, se encuentra uno inmediatamente con ese inevitable hiato que constituye su propia felicidad, porque ella no lo descubre por sí misma, pero pobrecito del hombre que lo descubra, pues ya se puede dar por perdido.

En cambio, una relación meramente negativa con una mujer puede hacerle a uno sentirse en una cierta infini-

tud maravillosa. Esto, desde luego, debe afirmar siempre como un axioma, sin restricción alguna, en honor de la mujer. Porque esto no se refiere esencialmente a la naturaleza peculiar de cada mujer, a sus encantos particulares o a la duración concreta de los mismos. No, este axioma tiene valor en lo que respecta al ideal femenino, que por cierto no se muestra siempre en la realidad, sino sólo en determinados momentos y condiciones. De hecho, en la vida de cada mujer, es sólo un momento fugaz, que ella misma hará muy bien en borrarlo en seguida y desaparecer, ya que una relación positiva y duradera con la mujer empequeñece al hombre en grado sumo. Por eso, lo mejor que una mujer puede hacer por un hombre, es mostrársele espléndidamente en el momento oportuno. Mas esto no lo puede hacer ella por su propia cuenta, pues es una decisión o capricho del destino. Y después de esto, todavía mejor, el mayor favor que la mujer puede hacer a un hombre es serle infiel en seguida que le ha concedido los otros favores. La primera idealidad le ayudará al hombre a alcanzar una idealidad potenciada, recibiendo precisamente una ayuda absoluta en ese momento oportuno y dichoso. La segunda idealidad se logra, indudablemente, a costa de un dolor y una pena profundísimos, pero en compensación constituye la dicha suprema. Es verdad que él no puede en modo alguno desear semejante cosa antes de que acontezca, pero sí que se lo podrá agradecer a ella, al menos íntimamente, después que haya sucedido. Digo 'agradecérselo íntimamente al menos', porque es obvio que no tendrá muchas oportunidades de hacerlo cara a cara. ¿Al fin, qué importa? ¡Ah, pero pobre de él si ella permanece siéndole fiel!

Por eso no me cansaré nunca de agradecer a los dioses por el hecho de ser hombre y no mujer. Y además de por esto les estoy muy agradecido también a los dioses porque ninguna mujer me obligó, mediante un compromiso vitalicio, a tener que pensarlo después constantemente y sin remedio.

¡Cuán extraña invención es ésa del matrimonio! Y lo más curioso del caso es que se suele considerar como

norma que el enlace matrimonial sea el resultado de una iniciativa espontánea y completamente libre. Y, sin embargo, no hay ningún paso que sea más decisivo, puesto que nada hay en la vida humana que sea tan autoritario y tiránico como el matrimonio. ¡Y que nos digan ahora que un acto tan decisivo tiene que ser realizado espontáneamente! No, el matrimonio no es una cosa sencilla, sino muy complicada y ambigua. De la misma manera que la carne de tortuga tiene el gusto de todas las demás carnes, así también el matrimonio tiene un sabor indefinido y múltiple; y como la tortuga es un animal lento, así también el matrimonio lo es. Un amorío es algo muy sencillo, pero, ¡cuidado con el matrimonio! ¿Es pagano, o es cristiano? ¿Es divino, o es mundano? ¿Algo burgués, o simplemente una mezcolanza de todas las cosas anteriores? ¿Es la expresión del erotismo inexplicable, o la afinidad electiva [1] de dos almas perfectamente sintonizadas? ¿Es un deber, o una sociedad en comandita? ¿Un acto de conveniencia, o el uso y la costumbre de algunos países? ¿O quizá no sea más que una simple mezcolanza de todo ello? Y, en cuanto a los demás detalles, ¿quiénes ejecutarán la música que anime la ceremonia, alguno de los conjuntos del municipio o el organista de la parroquia? ¿O quizá uno y otro? ¿Quiénes pronunciarán la enternecedora plática y los inscribirán en el libro de la vida o en el registro civil, el párroco o el representante del juzgado? ¿Y cómo se anunciará la víspera, algo así como una serenata de chirimías, o como el murmullo misterioso que hacen 'las hadas en sus cuevas durante las noches del verano' [2].

¡Ay, y cualquier pretendiente, al contraer matrimonio o después a lo largo de toda su vida conyugal, piensa que ha ejecutado o ejecutará un número tan complicado y una pieza tan compleja como no los hay más complicados y complejos, ni imaginarse pueden! No hay duda,

[1] En alemán, en el texto: *Wahlverwandtschaft*, que evoca un título de Goethe, en plural.

[2] Leve cita del drama romántico de Oehlenschlaeger: *Aladino*.

queridos camaradas, que nosotros, a falta de otro regalo de bodas y de las felicitaciones de rigor, deberíamos darles un aviso a todos los futuros esposos y dos avisos, por desacato reincidente, a todos los que ya han consumado el matrimonio. Expresar una sola idea en la propia vida es, desde luego, una hazaña bastante fatigosa. Pero, ¿qué diremos de las fatigas que tiene que pasar el que ha de reducir esas mezcolanzas a una cierta unidad y todos esos embrollos a un cierto orden en el que cada elemento dispar ocupe su sitio y el conjunto se mantenga inalterado? Para realizar esta hazaña hay que ser verdaderamente grande y tener más agallas que un pez. Y, sin embargo, cualquier pretendiente o candidato al matrimonio dice con la mayor naturalidad del mundo que lo hace espontáneamente. Se debe hacer, sin duda, con espontaneidad, pero no con ésa de que hablan los candidatos al matrimonio, sino con la peculiar de una inmediatez superior que esté penetrada completamente por la reflexión. Mas sobre este punto se guarda un silencio absoluto. Y no le preguntes nada a un esposo, que pierdes el tiempo. Una vez que se ha metido la pata, no queda otro remedio que cargar con el mochuelo. La inoportunidad en este caso consistió en aventurarse en semejante embrollo. Y la venganza inmediata consiste en verlo después que ya no tiene remedio. A veces puede suceder que os encontréis con un marido que, tornándose patético, os diga que hizo una hazaña al casarse, pero en seguida lo veréis que se bate en retirada. Otras veces, las más, se hace el elogio del matrimonio como un acto de legítima defensa o, según reza el refrán, 'haciendo de tripas corazón'. Pero lo que no debéis esperar nunca, pues sería pena perdida, es que se os haga una síntesis que reúna los *disjecta membra* de la concepción más heterogénea de la vida.

Ser pura y simplemente esposo no es más que una fruslería; ser un seductor también es una fruslería; y lo mismo se diga de aquel que, para divertirse, tiene una experiencia con alguna mujer. Al fin de cuentas, siguiendo estos dos últimos métodos, el hombre le hace a la mujer tantas concesiones como las que logra con el ma-

trimonio. El seductor quiere hacerse valer engañando, pero el hecho de engañar, de querer engañar y sentir enormes ganas de hacerlo, demuestra también claramente su dependencia de la mujer. Y lo mismo digamos del experimentador.

Para concebir una relación positiva con la mujer sería necesaria una reflexión tan grande y exhaustiva que, precisamente por ser tal, impediría entablar una relación de este género con ella. Ciertamente que ya es algo ser un excelente esposo y, no obstante, seducir a hurtadillas a todas las jóvenes que se pueda; como también lo es pasar por un seductor y, sin embargo, ocultar en su pecho todo el ardor del fuego romántico. Claro que en ambos casos la concesión primera quedará inmediatamente anulada por la segunda. El hombre no alcanza su auténtica idealidad sino es en una reduplicación. Toda existencia inmediata debe ser anulada, y este aniquilamiento ha de verse siempre libre de cualquier expresión falsa. La mujer no puede comprender en absoluto semejante reduplicación, que es la que imposibilita que el ser del hombre se le revele tal cual es. Si la esencia de la mujer consistiera en esa reduplicación, entonces sería impensable toda relación erótica con ella. En cambio, tal como es su esencia de hecho, la relación erótica aparece continuamente turbada por el modo de ser del varón, que encuentra su propia vida en la aniquilación de aquello que constituye la vida de la mujer.

Quizá, mis queridos camaradas, mi discurso os haya hecho pensar que lo que, en el fondo, predico es el claustro y que este mismo sea el motivo de que me apellide *Eremita*. Os responderé que, si pensáis así, os habéis equivocado de medio a medio. Si queréis, por mí no hay el menor inconveniente, podéis suprimir el claustro. Porque entiendo que es también una expresión inmediata del espíritu. Ahora bien, el espíritu no permite que se lo exprese inmediata o espontáneamente. El que compra puede pagar, si lo prefiere, con monedas de oro o de plata, o simplemente en papel moneda. ¿Qué importa si todo es dinero de normal circulación? Pero el que no suelta ni un solo maravedí que no sea falso, ése

comprenderá a la perfección lo que he querido decir. Solamente puede estar bien seguro aquel para el que cualquier expresión inmediata sea una falsedad, mucho más seguro, desde luego, que si hubiera ingresado en el convento. Solamente él es el verdadero eremita, incluso si a todas horas, del día o de la noche, viajara en ómnibus.»

Apenas Víctor había terminado su discurso, se levantó como una exhalación, derramando sobre el mantel el vino de una botella que tenía frente a su asiento, el traficante de modas, quien comenzó así su discurso:

«¡Habéis hablado muy bien, mis queridos amigos, pero que muy bien! Cuanto más os escucho, más me convenzo de que sois unos conspiradores, y, en cuanto tales, os he podido comprender lo que habéis dicho, puesto que, como es sabido, a los conspiradores se los entiende de lejos, desde muy lejos. En una palabra, ¿qué sabéis vosotros de todas estas cosas relativas a la mujer? ¿Qué son vuestras pobres migajas teóricas, presentadas con el alarde de una enorme experiencia? ¿Y qué son vuestras migajas de experiencia real elevadas con tanto bombo a teoría? Y todo esto para creerlo como la verdad más alta en un momento, y en el siguiente considerarlo como una pura ilusión.

No, amigos míos, vosotros no conocéis a la mujer; perdonadme que os lo diga así de pronto. El único que conoce a la mujer por su punto flaco soy yo. Lo que significa que la conozco de verdad. En este mi estudio constante en torno a la mujer no reparo en ningún obstáculo, por terrible y peligroso que sea; ni escatimo absolutamente ningún medio, por costoso que sea, para asegurarme de que he comprendido. Pues en esta cuestión soy un fanático furioso, cosa inevitable si se desea conocer cabalmente a la mujer. Claro que el que no lo haya sido antes de conocerla a fondo, lo será seguramente después de haberla conocido. El ladrón tiene su guarida no muy lejos de los caminos reales más transitados; las hormigas, su hormiguero cerca de la tierra blanda o de la arena suelta; y el contrabandista, su falúa entre las embravecidas olas de la mar adentro. Así yo

también tengo mi hermoso laboratorio, mi magnífica tienda de modas en medio del bullicio callejero, tentadora con sus lindos escaparates, irresistible para las mujeres con sus galas escondidas, tan irresistible para ellas como lo pueda ser el *Venusberg* para los hombres.

Es aquí, en mi tienda de modas, donde se logra conocer a la mujer de una manera práctica y completa, sin tantas elucubraciones teóricas. La moda ya sería una cosa importante con que sólo sirviera para hacer que la mujer en el ardor de sus deseos arroje lejos de sí todos sus velos y encubrimientos. Pero la moda es mucho más que esto. Propiamente ni siquiera es una voluptuosidad manifiesta, ni una seducción tolerada. La moda, en realidad, es un comercio clandestino de la indecencia autorizada como decencia. De la misma manera que en la Prusia pagana la joven núbil portaba una campanilla, cuyo sonido avisaba a los hombres, así también la existencia de la mujer, gracias a la moda, es un perpetuo sonar de campanas, no precisamente para los seducidos, sino para todos los voluptuosos, anhelantes de placeres. Según la creencia común, la dicha es mujer. ¡Ah!, desde luego, la dicha es rara e inconstante, al menos aquella dicha que lo ofrece todo plenamente, pero entonces ya no se puede decir que sea mujer. La que sí es mujer es la moda, puesto que la moda es la inconstancia dentro de lo absurdo que sólo conoce una consecuencia, la de ser cada vez más disparatada.

Os aseguro, amigos y camaradas, que una hora pasada en mi tienda vale más que días y años enteros pasados en cualquiera otra parte, si se trata, claro está, de conocer a la mujer, que es el propósito de todos estos discursos. He dicho en mi tienda, sin especificar lo de las modas, por la sencilla razón de que es la única de toda la ciudad y no hay posibilidad de concurrencia. ¿Quién iba a atreverse a competir con el que se ha sacrificado y sacrificado como un sumo sacerdote al servicio de este ídolo? En los ambientes de la alta sociedad mi nombre corre de boca en boca. Toda la sociedad burguesa lo pronuncia con la misma sagrada veneración que si se tratara del nombre del rey. Y no hay un solo ves-

tido de mi firma, por extravagante que sea, que no suscite un murmullo enorme cuando atraviesa los grandes salones; ni una sola dama distinguida que ose pasar por delante de mis escaparates y no se aleje suspirando: ¡Ay, si yo tuviera medios! No vayáis a creer por esto que soy un carero y que engaño a mi clientela, ni siquiera a esa mocita si se hubiera atrevido a entrar y consultar mis precios. En este sentido puedo afirmar, honradamente, que no engaño a nadie. Ofrezco las telas más finas y costosas a los precios más baratos, e incluso, muchas veces, por debajo de su precio, porque no es mi intención lograr grandes beneficios, al revés, pierdo todos los años enormes sumas de dinero. Y, sin embargo, deseo ganar, lo deseo tanto que estaría dispuesto a dar mi último céntimo para pagar y comprar todos los órganos de la moda y ganarle la partida a todo el mundo. Porque siento un placer incomparable al exponer mis géneros magníficos, al cortarlos, al ver cómo mis tijeras se deslizan hacia adelante y hacia atrás logrando un auténtico encaje de Bruselas para confeccionar un traje bufonesco, que luego vendo al precio más barato, atendiendo que el género es auténtico y la confección a la última moda.

Pensaréis quizá que la mujer desea estar a la moda sólo en determinados momentos y circunstancias. Nada de eso; lo desea siempre y para siempre, es como su idea fija. Porque la mujer, desde luego, tiene espíritu, pero lo emplea, poco más o menos, como el hijo pródigo empleó la parte de su herencia anticipada. También posee una capacidad increíble de reflexión, porque para ella no existe nada, por muy sagrado que ello sea, que no lo encuentre inmediatamente a la medida de las galas y los adornos, de los cuales es la moda la expresión más sublime. ¿Qué tiene de extraño que ella, en definitiva, lo mida todo por el rasero de la moda si ésta es para ella una cosa sagrada? Y nada hay tan insignificante para ella que no lo sepa relacionar con los adornos, cuya expresión más estúpida es cabalmente la moda. En su atuendo no hay el menor detalle, ni siquiera un lacito, en el que ella no descubra una expresa relación

con la moda, al mismo tiempo que tampoco se le escapa si la dama que acaba de pasar a su altura ha notado o no el detalle o el lacito de su maravilloso vestido. Porque, al fin y a la postre, ¿para quiénes se emperifollan las damas si no para otras damas? Incluso cuando vienen a mi tienda para encargar un vestido de la última moda, incluso entonces vienen vestidas, impecablemente, a la moda. Pues de la misma manera que en su guardarropa hay un traje especial para el baño o la equitación, así también los hay muy varios y modernos para ir de compras; uno, por ejemplo, para cuando vienen a mi tienda a encargarse otros trajes. Este traje, desde luego, no tiene ese aire de abandono y descuido de las batas en que gustan ser sorprendidas las mujeres por la mañana y en su misma casa. Lo principal es la femineidad, y la coquetería consiste en dejarse sorprender. En cambio, el traje que se ponen para ir al modisto está diseñado expresamente para otra forma de descuidado abandono, un poco ligero, sin que por ello sientan la menor perturbación, pues un modisto se relaciona con las damas de una manera muy distinta que lo pueda hacer un caballero.

La coquetería en este caso consiste en mostrarse así delante de un hombre que, por razón de su oficio, no puede permitirse ni exigir de la dama en cuestión un reconocimiento propiamente femenino, sino que tiene que contentarse con ciertos beneficios dudosos, que ella regala pródigamente, pero sin pensar en ello y sin que se le pase siquiera por las mientes que ha de conducirse como una dama ante un traficante de modas. Aquí, por tanto, lo esencial está en que la femineidad hasta cierto punto ha sido eliminada y la coquetería ha quedado sin efecto a causa de la altiva superioridad que adopta la dama distinguida, la cual no podría por menos de sonreír irónicamente si uno se permitiera la menor alusión galante. Cuando en *négligé* es sorprendida por una visita mañanera, la mujer distinguida trata de ocultarse, pero esta misma ocultación la traiciona. En cambio, cuando va a mi taller de modisto, se desnuda con la mayor desenvoltura, ya que solamente se trata de un traficante de

modas..., ¡y ella es toda una dama! ¡Ay, amigos, para qué os lo voy a contar! Tan pronto su blusa se desliza ligeramente y deja al descubierto un poco de su desnudez —¡y ay de mí si no sé lo que ella pretende significar con esto, porque en el mismo instante toda mi fama se vendría al suelo!—, como se pone a hacer melindres *a priori;* tan pronto gesticula *a posteriori,* como se pone a contonearse; tan pronto se mira en el espejo y ve reflejada en él mi cara llena de admiración, como carraspea levemente; tan pronto da unos saltitos, como parece que vuela; tan pronto levanta ágil una de sus lindas piernas, como va a caer deliciosamente en uno de mis cómodos sillones, mientras yo, en la actitud más humilde, le presento uno de los pomos de mis más delicados perfumes y me ofrezco, con la misma humildad adoradora, a quitar el sudor de su piel y refrescársela con el delicioso masaje; tan pronto, no sin cierta picardía, me devuelve también ella uno que otro golpecito sobre mi hombro, como se le cae el pañuelito y alarga con la mayor negligencia su brazo para cogerlo, mientras yo me inclino profundamente, lo tomo y se lo devuelvo, cosa que ella me agradece con un pequeño signo de cabeza muy condescendiente.

Así, a la moda, se comportan las damas distinguidas en mi tienda y taller de modisto. Ignoro si Diógenes el Cínico logró alterar a aquella mujer que, en una postura un poco indecorosa, le rogó que le dijera si ella hacía bien o mal en pensar que los dioses también podían verla de espaldas. Lo que sí sé es que si yo le dijera a una de estas damas que se arrodillan ante mí: ¡Ay, mi distinguida cliente, los pliegues de su vestido no caen ya a la moda!, sé muy bien, repito, que la buena señora se iba a asustar mucho más con esta exclamación mía que si oyera una blasfemia contra todos los dioses del Olimpo. ¡Ah, y pobre de la fregona y cenicienta que no comprenda estas cosas! Y la verdad, *pro dii inmortales,* ¿qué es una mujer que no está a la moda? ¡Y qué maravilla, *per deos obsecro,* la que va a la última moda!

Quizá os parezca, amigos míos, que todo esto es una exageración y no la pura verdad. Hagamos una experien-

cia. Suponed conmigo que un amante en el momento mismo en que su amada, dichosísima, se abandonaba entre sus brazos y apretaba su cabecita sobre su ancho pecho, susurrándole de una manera poco menos que imperceptible: ¡Tuya, tuya para siempre!, suponed que el bobalicón le dijera precisamente entonces: ¡Ay, mi dulce Catalina, tu peinado está pasado completamente de moda! ¡Qué catástrofe, amigos, tan grande que casi no os la podéis imaginar, pero yo os aseguro que es así! Los hombres, por lo general, no se paran a pensar en estas cosas, pero el enterado y experto, que goza de justa fama cabalmente por ser experto, es el hombre más peligroso del reino entero. Yo ignoro las horas felices que el novio enamorado pueda gozar con su prometida antes de la boda, pero conozco muy bien las horas dichosas que ella se pasa en mi taller desfilando sola delante de mis narices. Después de todo, sin mi visto bueno y mi consagración, un matrimonio es un acto sin validez alguna o una cosa sumamente plebeya. Suponed ahora que ha llegado el momento en que los novios se van a juntar ante el altar. La novia, del brazo de su padre, acaba de entrar en el templo, mientras resuenan más intensos los acordes de la marcha nupcial. Avanza segura y soberbiamente ataviada. Todo ha sido comprado y probado en mi tienda-taller, bajo mi mirada experta y vigilante. Pero hete aquí que, cuando ella ya está para llegar donde el nervioso novio la espera, salgo yo precipitadamente por entre los bancos de las primeras filas y le digo: ¡Santo Dios, mi distinguida señorita, cómo es posible que su corona de arrayán le siente tan mal a su linda cabeza! Estad casi seguros que la ceremonia quedará aplazada.

Los hombres, sin embargo, no tienen ni idea de este tipo de cosas, para eso se necesita ser modisto y traficante en modas. Para controlar la reflexión de las mujeres es necesario poseer cabalmente unas dotes de reflexión tan enormes y, además, haberlas desarrollado tan plenamente, que sólo el que se haya consagrado por entero a la moda, supuesto que sea un superdotado, puede ejercer semejante control. Feliz, por tanto, el hombre que no se lía con mujer alguna, pues no le perte-

necerá nunca, aun en el caso de que le fuera muy fiel y no le engañara con otro. Porque la mujer, por siempre y para siempre, sólo pertenece a ese fantasma que han creado juntas, en contubernio monstruoso, la reflexión propiamente dicha de la mujer y esa otra reflexión también femenina que es la moda. De ahí que la mujer debería jurar siempre por la moda, con lo que sus promesas tendrían al menos algún valor. La moda, en definitiva, es lo único en que piensa la mujer, lo único capaz de polarizar y explicar todos sus demás pensamientos, tan varios y tan complicados si no se los interpreta desde ese su punto de vista definitivo.

Y el templo de la moda es mi tienda y mi taller. Desde allí se expande por todo el mundo distinguido y a todas sus distinguidas damas el alegre mensaje de que acaba de salir una nueva moda para el peinado que ha de llevarse cuando se va a la iglesia, muy distinto por cierto si se trata de asistir a la misa mayor o a la función vespertina. Así, cuando las campanas repican, el lujoso carruaje se para frente a mi tienda..., porque también se ha anunciado por toda la ciudad que nadie es capaz de peinar correctamente a las mujeres fuera del traficante de modas. La noble dama desciende de su carruaje y yo me precipito a su encuentro, haciéndole profundas reverencias. La introduzco en mi salón y, mientras ella se relaja como una planta espléndida al recibir el rocío refrescante, yo le voy poniendo los cabellos en orden. ¡Ya está lista! Ella se mira en el espejo, y yo, como un mensajero de los dioses, me adelanto rápidamente para abrirle la puerta del salón y vuelvo a inclinarme ante ella; luego corro otra carrerita para abrirle la puerta de la tienda y, como un esclavo oriental, pongo la mano libre sobre el pecho y, en cuanto sale a la calle, animado por su condescendiente gesto de despedida, me atrevo incluso a tirarle un besito con los dedos, un pequeño beso lleno de adoración admirativa. Ella se acomoda de nuevo en su carruaje, pero nota de pronto quc ha olvidado algo en mi salón. ¡Ah sí, el salterio! Lo recojo en un vuelo y voy a entregárselo por la portezuela, aprovechando la ocasión para decirle que no olvide inclinar la

cabeza un poco hacia el lado derecho y, sobre todo, que tenga mucho cuidado que su peinado no se descomponga al descender del coche. Y así va a la iglesia para edificarse...

Quizá también penséis, queridos amigos, que solamente las señoras distinguidas rinden homenaje a la moda. Nada de eso. Contemplad, por curiosidad, a mis jóvenes y lindas costureras. En la instalación de sus cuartos de aseo no he reparado en gastos, pues es conveniente que los dogmas de la moda sean predicados con el ejemplo, empezando por la propia casa de la moda. Mis operarias forman un coro de pizpiretas un poco chaladas por la moda, lo mismo que yo, que, como sumo sacerdote de este culto, voy por delante dando a todo el mundo un brillante ejemplo. Hago verdaderos despilfarros con el solo fin, gracias a la moda, de mostrar palpablemente la ridiculez de las mujeres, cualquiera que sea su rango social. Pues yo no creo eso que dicen, pavoneándose, todos los seductores que la virtud de cualquier mujer se vende fácilmente al mejor postor. Creo, en cambio, que toda mujer en un período muy breve de tiempo puede quedar hechizada por la alocada y contagiosa autorreflexión de la moda, que la pervierte de una manera muy distinta a como pudiera hacerlo un seductor. He hecho experiencias de este género con no poca frecuencia. A veces, personalmente, no he tenido ningún éxito, pero entonces, valiéndome de mis conocimientos, he hecho intervenir a una o dos esclavas fervientes de la moda, de su mismo rango social, y el éxito ha sido completo. Porque del mismo modo que se enseña a las ratas para que se muerdan unas a otras, así también las mordedura de la mujer fanática es como la de la tarántula. Y esta mordedura es aún más peligrosa si al marido se le ocurre venir en socorro de la indefensa víctima.

Yo no sé, la verdad, si estoy sirviendo al diablo o a Dios, pero tengo razón y deseo tenerla mientras me quede un céntimo en el bolsillo y la sangre me corra por las venas. El naturista dibuja el cuerpo de la mujer con el fin de mostrar las consecuencias desastrosas del

corsé y, para que resalten más, pinta al lado una figura normal femenina. Esto es exacto, pero de todas las figuras que ha pintado sólo la última es irreal, ya que en realidad todas las mujeres llevan corsé. Pintad, pues, esa miserable excentricidad enfermiza de la mujer hechizada por la moda, analizad los rasgos de esa reflexión insidiosa que la devora, figuraos ese pudor femenino que la mantiene más inconsciente de sí misma que de cualquiera otra cosa..., haced todo esto de la manera adecuada y habréis juzgado perfectamente a la mujer tal cual es, con un juicio realmente tremendo para ella. Claro que para llegar a esto hay que ser un experto y un sacrificado como yo lo soy. Si alguna vez, por casualidad, me encontrara con una joven modesta y sencilla que no había sido corrompida todavía por el trato indecente de las otras mujeres, sería yo entonces el que la hiciera caer. Para ello la atraparía en mis lazos y la traería al lugar del holocausto, es decir, a mi maravillosa tienda, con su taller adjunto y sus salones y sus cuartos de aseo. Una vez aquí me pondría a mirarla con un cierto desprecio, midiendo su talle, mientras ella temblaba de miedo como un conejito acorralado, viendo la muerte próxima. El tiro de gracia sería entonces la risotada general, en el taller adjunto, de mis operarias bien aleccionadas. Con esto, y gracias a la moda, obraría yo el milagro de su resurrección, emperifollándola como si acabara de salir de una jaula de locos, e incluso más, de tal suerte que no la admitirían ni en un manicomio. Pero ella, feliz como unas pascuas, saldría de mi tienda y ya jamás tendría miedo a ningún hombre, ni siquiera a los mismos dioses, puesto que iba a la última moda.

¿Me comprendéis ahora, queridos amigos? ¿Comprendéis ahora por qué os he llamado conjurados, aunque salvadas las distancias? ¿Comprendéis ahora mi concepción de la mujer? Todo en la vida es una cuestión de modas: la piedad, el amor, los miriñaques y el anillo en la nariz. Así yo, con todos los medios a mi alcance, quiero ayudar al más noble de los genios, cuyo único deseo es reírse del animal más grotesco de todos. Puesto

que la mujer todo lo ha reducido a la moda, quiero prostituirla, según lo tiene bien merecido, mediante la moda. Yo, traficante de modas, no me concedo ni la más corta tregua; sigo luchando con todo el ardor de mi alma, puesto en la tarea que me ha encomendado el destino, y no cejaré en mi empeño hasta que las vea a todas las mujeres con un anillo en las narices. No busquéis, pues, a ninguna que os acapare el corazón; renunciad al amor, cuya vecindad es la más peligrosa de todas; porque si no lo hacéis así, estad seguros de que vuestras amadas irán también con un anillo en las narices, como lo exige mi última moda.»

Inmediatamente después se puso a hablar Juan el seductor, quien lo hizo de la siguiente manera:

«¡Honorables compañeros! ¿Qué os sucede, que parecéis estar poseídos y atormentados por el mismo diablo? Porque, desde luego, habéis hablado todos como empresarios de pompas fúnebres. Vuestros ojos están rojos de lágrimas, que no de vino. Habéis estado a punto, con vuestras quejumbrosas lamentaciones, de hacerme incluso llorar a mí, pues considero que un amante desgraciado arrastra una vida miserable en el mundo, como si éste no tuviera ya de suyo bastantes miserias. *Hinc illae lacrymae rerum.*

No, amigos, por este camino tétrico no contéis conmigo. Yo soy y siempre lo seré un amante feliz. Esta es la única cosa a que aspiro. Quizá ésta sea una concesión hacia la mujer, cosa que le tenía tan preocupado a nuestro amigo Víctor. ¿Y por qué no lo iba a ser? Sí, es una concesión. También lo es que descorche ahora esta botella de champaña, y que deje que su espuma burbujee en mi copa, y que lleve la copa a mis labios... ¡Esperad un poco a que me la beba!..., para repetir otras tantas veces *concedo*. ¡Ah, pero una vez vaciada la copa están de sobra las concesiones! Otro tanto acontece con las muchachas. Si un amante desgraciado ha comprado un beso demasiado caro, demuestra bien a las claras que no sabe ni tomar ni dejar. Yo nunca jamás compro un beso sobre su precio, pues dejo este cuidado a las muchachas que lo dan. ¿Qué es de suyo un beso?

Para mí es el más hermoso *argumentum ad hominem* que existe, el más delicioso, el más elocuente y hasta casi el más convincente. Y dado que cada mujer posee, al menos una vez en la vida, la sinceridad espontánea de este razonamiento, ¿por qué iba yo a ser tan cretino que no me dejara convencer esa dichosa vez?

Nuestro hombre joven seguramente que no se dejaría convencer con tanta facilidad, tendría que pensarlo antes a fondo. Lo que significa que si alguna vez compra algún beso, éste será un beso acaramelado, como el de los pasteleros, es decir, más para verlo que para sentirse uno feliz al recibirlo. Yo, en cambio, gozo el beso, sin pensarlo y sin decir palabra, ni yo ni la que me lo da. Por eso estimo que es tan bella la descripción que hace del beso una vieja canción alemana: *Es ist kaum zu sehn, es ist nur für Lippen, die genau sich verstehen* [1]; sí, tan perfectamente se entienden que cualquier reflexión sería una impertinencia y un disparate. Cuando uno tiene veinte años y no comprende que el imperativo categórico es: ¡goza!, es porque el pobrecillo es un imbécil de tomo y lomo; y aquel que, presentada la ocasión no la aprovecha, es porque es un enclenque que puede ir a inscribirse a toda prisa en una de las sectas puritanas que tanto abundan en el país.

Pero vosotros, amigos míos, sois unos amantes desdichados. Por eso pretendéis transformar a la mujer en algo distinto, recrearla a la medida de vuestras ideas. ¡Que los dioses no lo permitan! La mujer me place tal y como ella es de hecho, sin quitarle ni ponerle absolutamente nada. Incluso la broma de Constantino contiene un deseo secreto y camuflado. Yo, por el contrario, soy galante. ¿Y por qué no? La galantería no cuesta nada y os lo concede todo, al mismo tiempo que condiciona cualquier goce erótico. La galantería es la francmasonería de la sensualidad y del placer entre el hombre y la mujer. Es un lenguaje de la naturaleza misma, como lenguaje natural es siempre todo lo que expresa el amor.

1 «Apenas se lo puede ver, es algo solamente para los labios, que se comprenden a la perfección.»

Y este lenguaje no está hecho de sonidos, sino de deseos disfrazados que constantemente cambian entre sí sus papeles respectivos. Comprendo muy bien que un amante desgraciado sea tan poco galante como para pretender convertir su déficit en un cheque pagadero en la eternidad. Pero, por otro lado, no lo comprendo, pues a juicio mío la mujer representa un valor espléndido y bien cotizable. Esta verdad, por si ella misma la ignora, se la aseguro yo a la mujer con todas las fuerzas de mi mente y de mi corazón. Creo, además, que soy el único hombre a quien esta verdad no le falla nunca. ¡Jamás he quedado defraudado! Ahora bien, que una mujer desflorada valga menos que un hombre, esto ya es otra cuestión, que por cierto no entra para nada en mi lista normal de precios. Porque yo no recojo nunca flores ajadas, se las dejo a sus maridos para que adornen sus fustas de carnaval o sus cilicios de cuaresma. Que Eduardo, por ejemplo, haya cambiado de idea y vuelto a enamorarse de Cordelia, o que siga guardando aquel enamoramiento primero para sus adentros y sin atreverse nunca a declararse..., todo esto es una cuestión que sólo le atañe a él. ¿Por qué iba yo a mezclarme en cosas que ya no me interesan lo más mínimo? Lo que yo pienso sobre esta muchacha se lo he explicado a ella misma a su debido tiempo. Y, la verdad, también ella me ha dado unas explicaciones que han llegado a convencerme de una manera rotunda, sobre todo en un punto, a saber, en que la galantería que derroché con ella estaba plenamente justificada. *Concedo..., concessi.* Y estad seguros que si una nueva Cordelia se presentara ante mí, yo pondría con mucho gusto en escena *El anillo número 2* [1].

Mas vosotros, amigos míos, no habéis sido nunca otra cosa que amantes desgraciados y conspiradores. En realidad habéis sido mucho más engañados que las mis-

[1] Esta comedia, original del autor inglés G. Farquhar, lleva por subtítulo: *El matrimonio desgraciado por delicadeza.* Fue adaptada al alemán por Fr. L. Schröder, y de esta adaptación traducida al danés por Fr. Schwarz, para ser representada varias veces en el Teatro Real de Copenhague, entre 1830-33.

mas muchachas que lo fueron, y esto a pesar de ser unos superdotados. Pero lo esencial en la existencia no es tener ideas claras y sublimes, sino la resolución de la voluntad, la resolución al servicio de los deseos. Y en esto, amigos, todos falláis de una u otra manera. El hombre joven, por lo pronto, no quiere saber nada de resoluciones. Víctor, por su parte, es un soñador. Constantino ha pagado demasiado cara la lucidez de su inteligencia admirable. Y el traficante de modas, por último, es un fanático. Así no se puede llegar a ninguna parte. Estoy completamente convencido de que aun juntándoos los cuatro en torno a una sola muchacha, se os escabulliría de entre las manos como una ardilla. En cambio, el favorecido por los dioses y por las muchachas es aquel que posee suficiente entusiasmo como para idealizar las cosas; suficiente elegancia como para, alzándolas en el aire, chocar alegremente las copas en que se brinda el placer; suficiente inteligencia como para saber el momento oportuno de la ruptura y romper de hecho con la misma energía que pudiera hacerlo la misma muerte; y, después de todo, suficiente furia como para volver en seguida a nuevos goces, con un deseo redoblado.

En esta materia valen muy poco, por no decir nada, los discursos. Mi intención, amigos, no es hacer prosélitos. No es éste, además, el lugar indicado para ello. Ciertamente me agrada y gozo como el primero con las libaciones del exquisito vino y con los suculentos manjares de un banquete espléndido, pero para que yo hablara con la debida elocuencia sería preciso tener una muchacha sentada a mi lado, o un coro de muchachas. Gracias, sin embargo, le sean dadas a Constantino por el banquete, por los exquisitos vinos y por toda esta organización verdaderamente perfecta. Los discursos, por el contrario, han dejado mucho que desear. Por eso mismo, para no terminar con una impresión tan desagradable un banquete tan suculento, quiero decir unas palabras en honor de la mujer.

Ahora bien, si para hablar dignamente en honor de la divinidad se requiere previamente estar inspirado y

aleccionado por la misma divinidad, así también es necesario estarlo por las propias mujeres cuando se trata de hablar en su honor. Porque la mujer, menos todavía que la divinidad, no es un ser fantástico creado por la imaginación o el cerebro del hombre, ni un sueño en pleno día, ni una cosa que uno mismo se ha inventado para luego darse el gusto de discutir los pros y contras de su propia quimera. No, amigos míos, no es éste el camino. Solamente de las propias mujeres se puede aprender a hablar de la mujer. Y cuantas más sean las maestras que uno ha tenido, tanto mejor. La primera vez, como es lógico, se empieza a aprender; la segunda ya se sabe bastante y se progresa de una manera extraordinaria, algo así como cuando en la defensa de una tesis doctoral se aprovechan las alabanzas corteses del primer adversario contra los ataques del segundo. Con esto tampoco se pierde nada y se sigue investigando y aprendiendo, sin acabar nunca. Porque de la misma manera que un beso no es como una de esas pruebas que hacen las cocineras paladeando sus aderezos, ni un abrazo es un esfuerzo con el que uno tenga que herniarse, ni muchísimo menos, así tampoco esta materia queda agotada jamás, ni resulta como una proposición matemática, que siempre se mantendrá idéntica aunque se cambie el orden de sus factores. Tales métodos se emplean con fruto en las ciencias matemáticas y en el mundo de las quimeras, pero no son aplicables al amor y a la mujer, pues en este orden cada nueva experiencia es una prueba nueva, que demuestra de un modo muy diferente la exactitud de la misma proposición.

Mi mayor alegría estriba en saber por experiencia que el sexo débil no es inferior y menos perfecto que el masculino, según piensan muchos varones inexpertos, sino infinitamente más perfecto. Me parece oportuno, no obstante, no hablar en forma de tesis comparativas y pesadas, sino en la forma ligera del mito. Y en el nombre glorioso de la mujer, a quien vosotros habéis injuriado con vuestros discursos desmedidos, me alegraré muchísimo si mis breves palabras os condenan a que el deleite se os escape de las manos apenas lo

vais a coger, como a Tántalo el fruto anhelado de los árboles. Y no les echéis entonces la culpa a las mujeres, pues vosotros mismos las habéis ahuyentado e injuriado. La única actitud que ofende a la mujer es precisamente la que vosotros habéis adoptado, aunque en realidad ella está muy por encima de tales ofensas mezquinas y los castigados son los que las cometen. Yo, en cambio, nunca jamás he ofendido a ninguna mujer. Semejantes cosas no son más que habladurías y calumnias de los hombres casados que, naturalmente, no quieren reconocer que yo hago más justicia y rindo más pleitesía a la mujer que todos los maridos juntos.

Al principio de los tiempos, según cuentan los griegos, no había más que un solo sexo, el del varón. Magníficamente dotado, él hacía así honor a los dioses. Tan magníficamente dotados estaban los primeros hombres, que a los dioses les ocurrió lo que les suele ocurrir a algunos poetas después de haber agotado toda su energía e inspiración en su creación poética, esto es, que empezaron a tener envidia de los hombres. Y no fue esto lo malo, sino que también empezaron a arrepentirse de haberlos creado, porque les dio miedo no fueran a insubordinarse, arrojando lejos su yugo intolerable e incluso haciendo tambalear la propia morada del Olimpo. En realidad habían engendrado una fuerza que ni ellos mismos estaban seguros de poder dominar. El desasosiego y la preocupación reinaban, pues, en el consejo de los dioses. Al crear a los hombres se habían mostrado pródigos y generosos. Ahora, en legítima defensa, debían arriesgarlo todo para poner coto al envalentonamiento de los hombres, que ponía en peligro el orden establecido. No podían, claro está, desacreditar lo que habían hecho, como algunos poetas suelen hacer con sus creaciones colosales. Tampoco podían someterlos a la fuerza, pues si bien los dioses no carecían de recursos en este sentido, no las tenían todas consigo y precisamente por eso estaban inquietos y dudosos. Entonces los dioses tuvieron una idea feliz. El hombre debería ser aprisionado y sometido mediante un poder mucho más débil que el suyo y, al mismo tiempo, mu-

cho más fuerte, tan fuerte que el hombre no tuviera más remedio que inclinar la cerviz. ¿Cuál sería este poder maravilloso? La necesidad obligó a los dioses a sobrepasarse a sí mismos en su conocida ingeniosidad. Dieron una y mil vueltas al asunto, hasta que al fin lograron coronar aquella idea feliz con otra felicísima.

Este poder extraordinario fue cabalmente la mujer, una verdadera maravilla, una maravilla infinitamente mayor, incluso a los ojos de los mismos dioses, que la del varón. El descubrimiento había sido tan grande que los dioses, con su ingenuidad peculiar, comenzaron a felicitarse y saltar de gozo, olvidando todas sus preocupaciones. ¿Qué más, amigos, se puede decir en alabanza de la mujer? Ella debía realizar lo que los propios dioses no estaban seguros de poder lograr. Y lo más asombroso del caso es que la intervención de la mujer fue un éxito completo. ¡Qué prodigio no será la mujer que pudo llevar a cabo semejante hazaña!

La verdad es, sin embargo, que todo esto fue una astucia de los dioses. La encantadora criatura fue formada con la más insidiosa de las intenciones. En el mismo momento en que acabó de hechizar al hombre, la mujer se transformó en otra cosa y lo retuvo cautivo para siempre en todas las pequeñeces y triquiñuelas de este mundo. Esto es lo que los dioses querían. ¿Qué otra cosa podrá imaginarse más deliciosa, más agradable y atrayente que ésta que los dioses, saliendo por sus fueros, inventaron para embaucar al hombre? Y ciertamente es así, la mujer representa la fuerza de seducción más potente que pueda existir en el cielo y sobre la tierra. El hombre, comparado con ella, es una insignificancia y un pobre engendro.

Sí, la astucia de los dioses tuvo éxito. Algunas veces, no obstante, suele fallar. Porque en todos los tiempos ha habido algunos hombres, ciertamente muy raros, que cayeron en la trampa. Estos hombres, desde luego, no eran ciegos para ver la deliciosa maravilla que es la mujer, incluso lo vieron mucho mejor que los demás, pero barruntaron que allí había gato encerrado. A estos hombres los llamo yo *los eróticos,* y me glorío de contarme

entre ellos. Los demás hombres los llaman *seductores*. La mujer, por su parte, no tiene ningún nombre para designarlos, es decir, que para ellas son innominables. Estos eróticos son los hombres felices. Viven aún mejor que los dioses, porque siempre se alimentan de algo que es más delicado que la ambrosía y beben lo que es más delicioso que el néctar. Por la sencilla razón de que lo que ellos comen y beben sin cesar son las fantasías más seductoras que supo inventar el pensamiento más ingenioso de los dioses. Sólo comen el cebo, el incentivo. ¡Oh placer inigualable! ¡Oh modo de vivir bienaventurado! Sólo se alimentan del cebo..., pero nunca jamás los pescan. Los demás hombres, por el contrario, se lanzan al cebo y lo devoran como los labriegos las ensaladas de pepino, y, naturalmente, son cazados y puestos a buen recaudo. Solamente el hombre erótico sabe apreciar el cebo, apreciarlo en su auténtico valor infinito. La mujer lo sospecha, y por eso mismo existe un cierto entendimiento secreto entre ella y el seductor. Pero éste jamás olvida que lo que a él le gusta es sólo cebo y en cuanto tal lo saborea, cuidándose muy bien de guardarse este secreto para sí mismo.

Los dioses, pues, son lo que garantizan que la mujer es el ser más maravilloso, delicioso y seductor de todos los que se puedan imaginar. Y esta garantía divina queda reforzada por el hecho de que fue la necesidad la que agudizó su ingenio y, jugándose su prestigio y poderío, pusieron en movimiento todas las fuerzas del cielo y de la tierra con el fin de formar ese ser maravilloso y poderosísimo.

Abandonemos ahora el mito. El concepto del hombre responde perfectamente a su idea. Por eso en la realidad misma no se puede pensar más que un solo tipo de hombre existente, exclusivamente uno. La idea de la mujer, por el contrario, es una generalidad que no se agota en ningún tipo particular de mujer. Esta, por nacimiento, no es la igual al hombre, sino que con posterioridad ha llegado a ser una parte del hombre, si bien mucho más perfecta que él. Admitamos que los dioses, mientras el hombre dormía y por miedo a despertarlo si tomaban

demasiado de su cuerpo, sólo tomaron una pequeña parte suya para formar a la mujer; o pensad, si lo preferís, que lo partieron por medio y la mujer fue una de esas mitades del hombre..., lo que significaría, evidentemente, que el único partido era el hombre. La mujer, por tanto, llegó a ser igual al hombre gracias a esta subdivisión. Ella es una mentira, pero no en el primer momento original, sino en un momento posterior y sólo para aquel que caiga en sus redes. Es una finitud, pero en su estado originario esta finitud suya está infinitamente potenciada por la infinitud falaz de todos los sueños ilusos de los dioses y de los hombres. Todavía no hay engaño, pero en el momento siguiente, el que es incauto, claro está, cae inmediatamente en la trampa. La mujer es una criatura finita y, en consecuencia, un ser colectivo: la mujer única encierra en sí a todas las mujeres. Esto solamente lo comprende el hombre erótico y por eso mismo sabe amar a muchas mujeres sin ser engañado jamás, al revés, gusta y paladea a sus anchas esa deliciosa bebida que los bondadosos dioses acertaron a preparar con tanto ingenio.

La mujer, por las mismas razones que acabamos de exponer, no se deja tampoco agotar en una fórmula cualquiera, pues es una deslumbrante infinitud de criaturas finitas. El que pretendiera concebir su idea correspondiente, se encontraría en una situación semejante a aquel que hunde su mirada en un océano de fantasmagorías en perpetuo devenir, o a quien se halla completamente desorientado contemplando las olas de espuma con sus caprichosas y cambiantes formas. Porque la idea de la mujer es como una oficina en la que caben todas las posibilidades y todas las delicias. Pero estas posibilidades deliciosas, según hemos dicho, solamente para el hombre erótico representan la fuente inagotable de un entusiasmo eterno.

Los dioses, pues, idearon a la mujer bajo la forma de un ser grácil y etéreo como la bruma de las noches de verano y, no obstante, lleno de carne y jugoso como una fruta madura. Ligero como el pájaro, si bien su alado vuelo encierra la gracia y el atractivo de todo un

mundo. La mujer es ligera porque el juego combinado de sus fuerzas se concentra en el polo invisible de una relación negativa, dentro de la cual ella misma se relaciona consigo misma. Es esbelta de talle, perfectamente diseñada y, sin embargo, pasa por delante de vuestros ojos atónitos con el garbo de sus líneas ondulantes y completamente ajustadas a los cánones de la belleza. Es perfecta y, no obstante, tenemos la impresión de que siempre alcanza la perfección en el instante mismo en que nos topamos con ella. Es refrescante, deliciosa y suave como la nieve recién caída, y al mismo tiempo enrojece y se ruboriza en su serena transparencia. Es feliz como un chiste que nos hace olvidar todas las penas, sedante como el remedio ideal de todos los deseos más sublimes, y a la par excitante estupendo de los mismos.

Y los dioses, mientras configuraban a la mujer, proyectaron la situación de la manera siguiente. El hombre, en cuanto la viese, se asombraría como quien ve frente a sí mismo su propia imagen; asombro que iría en crecimiento, a pesar de estar familiarizado con aquella imagen suya, al contemplar la maravilla y dechado de la copia, tan perfecta que nunca pudo ni siquiera barruntar algo semejante, al mismo tiempo que le seguiría pareciendo tan familiar y necesaria que, de no haberla inventado los dioses, lo habría hecho él mismo, ya que sin ella no podía vivir, porque era la mayor necesidad de la vida y, no obstante, su mayor enigma a los ojos del mismo hombre. Cabalmente esta contradicción en el asombro es la que enciende el deseo del hombre, mientras el asombro lo empuja cada vez más cerca de esa visión de la que no puede apartar los ojos y con la cual se siente también cada vez más familiarizado, aunque no se atreva a acercarse del todo como es su deseo indomeñable.

Cuando los dioses habían configurado del todo en su mente la forma de la mujer, empezaron a temer seriamente el no poderla expresar al exterior. Lo que les daba más miedo, en realidad, era la mujer misma. Era tan bella que no osaban hacerla sabedora de su propia

belleza, por miedo a tener un confidente que descubriera en seguida lo que ellos habían tramado con tanta astucia. Entonces, para evitarse riesgos, coronaron su obra. La perfeccionaron todavía más, pero de tal suerte que ella, en la ignorancia de la inocencia, no supiera absolutamente nada de sus espléndidas dotes. Como si esa ignorancia fuera poca, cubrieron a la mujer con el secreto impenetrable del pudor. Con esto estaba ya completamente lista y, por otra parte, el éxito del plan asegurado. De verdad que era una criatura cautivadora, sobre todo cuando aparecía desnuda, sin ningún velo. Cuando huía, era una necesidad seguirla. ¡Ah!, y cuando oponía una resistencia constante, era totalmente irresistible. Los dioses batieron palmas de júbilo.

En el mundo entero, desde luego, no existe ningún atractivo como el de la mujer, ni ningún aliciente que tenga un poder tan absoluto como el de la inocencia femenina, ni ninguna tentación que sea tan sugestiva como la de la pureza virginal, ni ningún señuelo comparable al de la mujer. Ella misma no sabe nada de todo esto y, sin embargo, su pudor característico se lo barrunta naturalmente. Este su pudor es el tabique que la separa del hombre, de una manera más decisiva que la espada de Aladino separaba a éste de Gulnare [1]. Pero hay un hombre, el erótico, que cual otro Píramo apoya su cabeza contra ese tabique del pudor femenino y percibe tras él, lejanos y profundos, todos los presentimientos del deleite voluptuoso.

Así es como tienta la mujer. Los hombres ofrecen a los dioses el más exquisito de todos los manjares, como si no fueran éstos los que se los sirvieron a ellos en bandeja. La mujer es la fruta que encandila la vista de los hombres, y los dioses no conocen nada que se le pueda comparar en este sentido. Existe de veras, está presente y junto a nosotros, a nuestro mismo lado, y, no obstante, infinitamente alejada, oculta en el pudor,

[1] El principal personaje femenino del drama de Oehlenschlaeger, antes citado, *Aladino o la Lámpara maravillosa,* uno de los más grandes dramas del romanticismo.

hasta que un buen día lo abandona. ¿Cómo? Ni ella misma lo sabe, por la sencilla razón de que no ha sido ella la que ha roto su clausura pudorosa, sino la misma vida, la vida que astutamente la ha denunciado.

La mujer, de suyo, es pícara como un niño en el juego del escondite, que apenas asoma la cabeza desde el rincón en que se oculta. Su picardía, a pesar de todo, es una cosa inexplicable, porque lo hace de una manera inconsciente y enigmática. Sí, la mujer siempre es un enigma. Lo es cuando cierra los ojos, y también cuando os envía un mensaje con la mirada, un mensaje al que no acompaña ninguna idea, ni siquiera una palabra. Se suele decir que los ojos son el espejo del alma, pero este adagio no es aplicable a la mujer, porque cuando os mira sus ojos no revelan nada y su mensaje permanece indescifrable. La mujer es serena y tranquila como la quietud del atardecer, cuando no se mueve ni una hoja; tranquila como una conciencia que todavía no sabe nada de nada. El ritmo de su corazón es regular y acompasado, tan regular que se creería que no tiene corazón. Pero hay un hombre, el erótico, que cual un médico especialista sabe aplicar el estetoscopio contra su pecho y percibe, allá dentro, los latidos ditirámbicos del deseo que canta como un acompañamiento inconsciente. La mujer es despreocupada como la ráfaga del viento que os azota la cara, contenta y satisfecha como el profundo mar, y, no obstante, llena de nostalgias como todo lo que es inexplicable.

¡Ay, amigos míos, mi alma se ha templado, está suave como la piel de una gamuza! Juzgo que también mi vida expresa una idea, aunque vosotros seáis capaces de captarla. También yo he acechado y adivinado el secreto de la vida. También yo rindo culto a algo que es divino, y por cierto que no lo hago sin esperar ningún fruto. Porque el hecho de que la mujer sea un engaño de los dioses, encuentra su expresión verdadera en su voluntad de ser seducida. Y como la mujer no es una idea, resulta completamente lógico que el hombre erótico quiera amar a cuantas más mujeres mejor.

Solamente el hombre erótico conoce la delicia incom-

parable de gozar el engaño sin ser jamás engañado. Y, en el fondo, solamente la mujer conoce la enorme dicha de ser seducida. Esta verdad, naturalmente, la he aprendido de las mujeres, si bien no he empleado apenas ningún tiempo en la explicación correspondiente, porque me interesaba mucho más defenderme y seguir sirviendo a la idea con una ruptura tan brusca como la de la misma muerte. Una novia y una ruptura, según lo expresa el propio idioma, se corresponden entre sí como lo femenino y lo masculino[1]. Y esto sólo lo sabe la mujer y, callado está dicho, también su seductor. Ningún marido es capaz de comprenderlo, y ella tampoco habla jamás con él sobre el particular. La pobre mujer se resigna a su suerte, comprende que tiene que ser así y barrunta que no se puede ser seducida más que una vez. Por esta poderosísima razón jamás se muestra realmente encolerizada contra su seductor, con la condición, claro está, de que éste la haya seducido de verdad y haya sabido expresar la idea correspondiente. Pues la simple ruptura de una promesa matrimonial y otras historias por el estilo no son más que galimatías, en modo alguno seducción. Miradas las cosas de este punto de vista, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que no representa una desdicha tan grande para una mujer el hecho de haber sido seducida de esa manera y que, por el contrario, su auténtica dicha está en serlo de verdad.

Una muchacha excelentemente seducida puede llegar a ser una esposa excelente. Si yo mismo no tuviera las condiciones requeridas para ser un seductor —y aunque por tal me considero, siento profundamente mis limitaciones al respecto, de suerte que cumplo dichas condiciones casi por los pelos—, o si me decidiera alguna vez a contraer matrimonio, estad seguros, amigos míos, que siempre elegiría para consorte a una joven seducida, con el fin de no encontrarme en la embarazosa situación de tener que seducir a mi propia esposa. El matrimonio ex-

[1] En el idioma danés, en efecto, la palabra *Brud,* según que sea del género gramatical común —*faelleskön*— o del neutro —*intetkön*—, significa «novia» o «ruptura».

presa también una idea, pero una idea muy distinta de la que yo tengo sobre el amor, porque lo que respecto de esta idea mía representa un valor absoluto, eso mismo es algo completamente indiferente y secundario en relación con la idea del matrimonio. Este, por consiguiente, no debería considerarse jamás como un punto de partida, es decir, como el comienzo de una historia de seducción. En todo caso una cosa es cierta, a saber, que a cada mujer corresponde un seductor y que su dicha y felicidad consiste precisamente en encontrar a su seductor.

Con el matrimonio, en cambio, son los dioses los que triunfan. La que un día tuvo la suerte de ser seducida, no tiene ahora más remedio que caminar al lado de su esposo durante toda la vida. De vez en cuando vuelve la vista atrás con los ojos cargados de nostalgia, pero resigna a la triste realidad que le ha tocado vivir y así va pasando los días hasta que le llega la muerte. Muere, en efecto, más no en el mismo sentido en que lo hace el hombre, porque lo que ella hace propiamente al morir es volatilizarse y disolverse de nuevo en aquel inexplicable conglomerado de elementos de que la formaron los dioses. Desaparece como un sueño, como una figura accidental y pasajera cuyo tiempo se ha esfumado. Pues, ¿qué otra cosa es la mujer sino un sueño y una ilusión, a pesar de ser también la realidad más sublime? Así, al menos, la concibe el hombre erótico, quien la conduce y se deja conducir por ella fuera del tiempo, donde ella, como todas las ilusiones, está en su propia casa. Al lado del marido, por el contrario, se temporaliza, y él con ella.

¡Oh naturaleza maravillosa! Si no te hubiera admirado antes de conocer a la mujer, ésta me habría enseñado a hacerlo, porque es lo único verdaderamente *venerable* de la naturaleza. Hiciste de ella una criatura espléndida, pero fue aún más magnífico que no hicieras nunca dos mujeres idénticas. En el hombre lo esencial es lo esencial y, en consecuencia, siempre permanecerá idéntico y todos los hombres serán siempre iguales unos a otros. En la mujer, en cambio, lo accidental es lo esen-

cial y, por lo tanto, siempre será una diversidad inagotable y nunca jamás habrá dos mujeres iguales. Su esplendor es efímero, pero el dolor resultante se olvida casi tan pronto como el esplendor perdido, en el momento mismo en que un nuevo resplandor os deslumbra y aprisiona por otro breve tiempo. Es cierto que yo tampoco dejo de ver la fealdad que pueda derivarse en el futuro, mas en cualquier caso la mujer nunca es fea a los ojos de quien la seduce.»

Los convidados, en cuanto Juan «El seductor» terminó su discurso, se levantaron de la mesa. Bastó una leve señal de Constantino para que todos ellos, con un sincronismo militar, viraran hacia su izquierda o su derecha, según el ángulo de su colocación anterior. Pero el anfitrión no quiso que sus invitados abandonaran así el lugar de la cita. Con su invisible bastón de mando, eficaz y flexible como una varita mágica, tocó una vez más su espíritu soñoliento para que revivieran al menos un recuerdo efímero del espléndido banquete y las placenteras emociones que éste suscitó, por cierto cada vez menores y más apagadas por el agitado choque de ideas de los discursos habidos, cuyo acento solemne acababa de desvanecerse y era necesario resucitar un poco con la resonancia fugaz de un último eco de despedida. Constantino, para lograr estos dos fines, saludó a sus compañeros con la copa en alto, la vació de un trago e inmediatamente la lanzó para que fuera a estrellarse contra la puerta del fondo de la sala. Los otros, como movidos por un resorte, siguieron el ejemplo del anfitrión y ejecutaron este gesto simbólico con la solemne gravedad de los consagrados. El placer de la brusca interrupción quedó así perfectamente satisfecho, un placer de reyes, puesto que por ser el más corto de todos los placeres es también el que más libera. El goce siempre debe comenzar con una libación, pero se puede afirmar que la libación que más se asemeja a las de los dioses olímpicos es aquella en la que, después de sorber el último trago, se hace añicos la copa y se la condena al olvido, liberándose uno gozosa y apasionadamente, como si fueran otros tantos peligros de muerte, de todos los recuerdos.

Para interrumpir una cosa es necesario derrochar más vigor y temple que para deshacer un nudo, pues las dificultades de éste le apasionan y animan a uno a terminar la tarea, pero en el caso de una brusca ruptura es uno mismo el que tiene que animarse y decidirse. El resultado, aparentemente, es idéntico, mas desde el punto de vista del arte la diferencia no puede ser mayor. Pues eso de ver que una cosa se acaba o termina es muy distinto que tener que interrumpirla por un acto libre de la voluntad, sea porque así lo queremos apasionadamente o porque un suceso imprevisto nos obliga a ello, sea porque se han agotado las provisiones, como cuando los escolares acaban de cantar la última canción de su breve repertorio, o porque el deseo se ha embotado, ya se trate de una trivialidad que todo el mundo ha vivido o de un secreto particularísimo que escapa a la gran mayoría.

El gesto de Constantino, arrojando y estrellando su copa contra la puerta del fondo, fue un acto simbólico, pero también fue en cierto sentido un acto decisivo, como la primera señal de una orden. Porque, en efecto, apenas sonó el último chasquido de las copas de sus compañeros estrelladas contra la misma puerta, ésta se abrió de par en par y todos pudieron ver —como el que temerariamente llama a las puertas de la muerte y ve en el último momento las potencias aniquiladoras que la acompañan— al equipo de demolición dispuesto a no dejar títere con cabeza. Todo fue cosa de segundos, como un *memento* que se reza por un difunto, pues no acababan de salir huyendo los convidados cuando la espléndida y recién estrenada decoración ya era un montón de ruinas.

Frente a la puerta principal había un carruaje bien equipado y con el tronco enganchado. A otra señal de Constantino los invitados tomaron asiento en torno suyo y todos juntos se alejaron alegres y felices, porque el cuadro de desolación que dejaban detrás de ellos había infundido nuevos bríos en sus ánimos. A una milla, aproximadamente, se paró en seco el gran carruaje. Constantino dijo entonces que allí mismo daba por conclui-

das sus funciones de anfitrión y se despidió de sus queridos compañeros, no sin antes informarlos que en el mismo lugar había otros cinco coches a su disposición, de suerte que cada uno podía seguir su gusto e ir adonde le viniese en gana, solo o acompañado con quien quisiera... No de otro modo que el cohete que, impulsado por la fuerza de la pólvora, sale disparado como una flecha y se para de golpe en lo alto, permanece un instante inmóvil y entonces estalla, dispersándose por los cuatro vientos.

Mientras se enganchaba los caballos a los otros carruajes, los convidados nocturnos recorrieron un trecho del camino a pie. El airecillo fresco del amanecer purificaba su sangre caliente y ellos, desperezándose un poco de su modorra, recibían a pleno pulmón este delicioso frescor de la mañana. El grupo que formaban sus siluetas me causó a mí, espectador de excepción, un efecto raro y fantástico. Porque considero que uno de los espectáculos que más ponen de manifiesto la armonía maravillosa del orden del mundo es ése de contemplar la salida del sol, iluminando con sus rayos primeros el campo y la pradera, y a toda criatura viviente que, después de haber reposado durante la noche, se levanta vigorosa y llena de júbilo con el sol. Este, desde luego, es un espectáculo reconfortante y tranquilizador en grado sumo. En cambio, eso de tener que descubrir al amanecer a una cuadrilla de noctámbulos tambaleándose en medio de la sonriente naturaleza, eso es algo que casi da náuseas al mismo que lo contempla. Uno, inevitablemente, se pone a pensar en un grupo de fantasmas sorprendidos por la aurora, o de gnomos que no pueden encontrar la grieta por la que desaparecer en las entrañas de la tierra, porque la grieta por la que salieron y ahora no encuentran sólo es visible en medio de las tinieblas de la noche. O se piensa, quizá, en una pareja de seres desgraciados a quienes la monotonía de sus sufrimientos ha hecho olvidar la diferencia entre el día y la noche.

Nuestro grupo, que bien que mal ya había recorrido un buen trecho del camino real, se adentró entonces por un pequeño sendero que entre parcelas de campo los

condujo hasta las rejas de un jardín, al fondo del cual se percibía vagamente una modesta mansión veraniega. En uno de los ángulos del jardín, del mismo lado de la campiña, los árboles formaban una glorieta. Como aquéllos notaran que en la glorieta había alguien, sintieron una enorme curiosidad y sigilosos y en cuclillas, pegando sus narices a la reja, concentraron sus miradas escrutadoras en aquel amable rincón oculto, pero no tan oculto como ellos mismos, que al acecho parecían enviados de la policía, la cual bien podría encomendarles, si no otra cosa, ésta del espionaje. Claro que, a propósito de esto último, sus fachas no eran precisamente las de unos enviados de la policía, sino la de los tipos que la policía anda buscando. No se habían parapetado todos juntos, sino un poco separados, con el fin de espiar mejor. De pronto Víctor, como si le hubiera mordido una víbora, se escurrió hacia el compañero de al lado y le dijo al oído: «¡Caramba, si son el consejero Guillermo y su esposa!» [1].

Quedaron sorprendidos... No, desde luego, aquellos dos seres unidos a los que el follaje ocultaba; aquellos dos seres dichosos y demasiado absortos en su propia felicidad conyugal como para perder el tiempo en obser-

[1] El que quiera conocer más de cerca a este consejero y a su esposa puede leer —lo que sin el menor afán de propaganda le aconsejo mucho— el tomo II de las Obras de Kierkegaard, titulado por mí: *Dos diálogos sobre el primer amor y el matrimonio.* Cabalmente los dos son dos descripciones soberbias de la vida matrimonial escritas por el propio Guillermo, y el segundo lo robará Víctor Eremita dentro de unos pocos instantes, aunque con la misma ligereza se lo arrebate en seguida una misteriosa ráfaga de la existencia que vela por sus fueros.

Estos diálogos no sólo son recomendables para conocer el punto de vista del *esposo,* sino también para conocer más a fondo y a contraluz los cinco puntos de vista que acaban de desarrollar en sus respectivos discursos —sin olvidar para nada el *Diario del seductor*— sus antípodas, los *estetas.*

Porque Kierkegaard tiene más filosofía que la que pueda portar un escudero sobre sus espaldas, según le dijo una vez Don Quijote al suyo. Una filosofía de la vida en el sentido más profundo de esta palabra máxima, no en el superficial de tantos vitalistas estéticos como en el mundo han sido, desde Epicuro a Klages, etcétera.

var a nadie; y demasiado confiados en sí mismos como para creer que alguien los estaba observando, fuera del suave sol mañanero que los amparaba benévolo, mientras la dulce brisa mecía las hojas y todo, en el contorno inmediato y en la serena campiña, contribuía con su calma a protegerlos en el rincón de la pequeña glorieta. ¡No, aquel matrimonio feliz no fue sorprendido, ni notó la más mínima cosa extraña en su alrededor! Los que fueron y son con la mayor frecuencia sorprendidos son los que se fían de estos perspicaces y sabihondos observadores. Para los cuales, naturalmente, no existe en el mundo entero una sola pareja de esposos que puedan sentirse tranquilos y satisfechos, aunque parezca que no haya nada, absolutamente nada, que de una manera solapada o clamorosa perturbe su dicha cuando están así sentados el uno junto al otro. Por muy felices que los esposos sean, tiene que haber algo así como un poder invisible, dicen los astutos observadores, que se interponga entre ellos y los separe; y por muy fuerte y apretado que sea su abrazo, siempre habrá un enemigo oculto del que en vano intentan defenderse y que nunca los deja en paz.

Pero éste, gracias a Dios, no es el modo de pensar ni de vivir de los verdaderos esposos. No lo era, sin duda alguna, el de aquel matrimonio que recibía el saludo del sol matinal filtrándose entre los árboles de su glorieta. ¿Cuánto tiempo llevarían casados? Resultaba difícil saberlo con exactitud. El ajetreo de la esposa en torno a la mesita del té, delataba una gran seguridad en todos sus movimientos, pero al mismo tiempo había en su dedicación una cierta ingenuidad y apasionamiento casi infantiles y muy peculiares de las recién casadas, cuando la mujer se encuentra en ese período inicial en el que todavía no sabe a punto fijo si el matrimonio es una broma o una cosa seria, y si ser ama de casa es una tarea, un juego o un puro pasatiempo. Quizá llevaba ya mucho tiempo de casada y no estaba aún muy al corriente en el servicio del té, porque solamente lo hacía cuando se encontraban de vacaciones en su pequeña mansión veraniega, o quizá sólo aquella misma mañana porque

tuviera un especial significado para ellos dos. ¿Quién puede averiguar todas estas cosas? Cualquier cálculo puede fallar, en uno u otro sentido, cuando uno se encuentra frente a una individualidad que ha sabido conservar la espontaneidad original de su alma, la cual impide que el tiempo deje el menor rastro en ella. Pero así como cuando el sol, apenas salido, reluce con todo su esplendor estival, uno piensa en seguida que tiene que ser día de fiesta, una fiesta extraordinaria que viene a romper la uniformidad monótona de la vida cotidiana, así también aquel afanarse de la esposa le inclinaba a uno a pensar que lo hacía por primera vez o una entre las primeras, y que era algo que a la larga no podía repetirse. Esto es lo que piensa, indudablemente, el que una sola y primera vez presencia una escena de este género. Y yo, por mi parte, era la primera vez que veía a la esposa del consejero. El que contemplara una escena semejante todos los días, pensaría probablemente de otro modo, suponiendo que la escena continuaba siendo la misma. Pero esto ya no es asunto mío, sino del consejero Guillermo.

El hecho es, como íbamos diciendo, que nuestra amable y servicial ama de casa se hallaba muy atareada. Echó agua recién hervida, sin duda para calentarlas, en un par de tazas, las vació de nuevo, las colocó en una bandeja, las llenó de té y, con todos los demás ingredientes del desayuno en la misma bandeja, se acercó a la pequeña mesa que había en el centro. ¿No faltaba nada? ¿O acaso era todo ello una simple broma y no una cosa seria? A quien, de ordinario, no le guste el té, le querría yo haber visto en el puesto del consejero. A mí, espectador de excepción, me pareció en aquel momento la bebida más deliciosa de todas, y sólo el aspecto atrayente de la señora suscitaba el deseo de una delicia mayor. La estupenda señora, evidentemente, no había tenido tiempo de hablar nada hasta aquel instante, pero en cuanto le ofreció el té al esposo, rompió el prolongado silencio y le dijo:

«¡Date prisa, querido, y bébelo pronto, no sea que se vaya a enfriar con este fresquillo de la mañana! ¡Esto

es lo menos que puedo hacer por ti, ser un poco solícita contigo.»

«¿Lo menos?», replicó lacónico el consejero.

«¡Sí, cariño, o lo más, si tú quieres, o lo único!»

El consejero la miró con un cierto aire de interrogación, mientras ella prosiguió:

«Ayer me interrumpiste cuando yo quise abordar este asunto, mas yo lo he dado muchas, muchísimas vueltas, sobre todo en estos días que estamos pasando en nuestra casa de campo. Creo que adivinas de quién se trata. Porque te diré que estoy absolutamente convencida de que si no te hubieras casado, habrías llegado a ser, de otra manera, se entiende, un personaje muy importante en el mundo, pero que muy importante.»

El consejero, volviendo a dejar su taza en la bandeja, saboreaba ya su primer gran sorbo de té, con una satisfacción y agrado bien manifiestos. Aunque, probablemente, no era el té el que le hacía sentirse tan feliz, sino el tener al lado a su adorada esposa, una verdadera delicia, como hemos dicho. Ella, por su parte, no pensaba para nada en esto, sino solamente en que su esposo, no menos adorado, encontrase el té delicioso. Después, al segundo sorbo, el consejero colocó la taza sobre la mesa, tomó un cigarro de un lujoso estuche y le dijo a ella:

«¡Por favor, querida, me quieres coger una brasita del infiernillo!»

«¡Con mucho gusto, cariño mío!»

Entonces ella cogió la brasa con una de las cucharillas del té y se la acercó cuidadosamente. Él encendió su cigarro, la rodeó tiernamente por el talle con su brazo derecho, mientras la esposa se apoyaba sobre sus hombros. En esto él apartó un poco su cabeza para lanzar lejos una gran bocanada de humo y volvió a posar sus ojos sobre ella con un aire de abandono feliz que solamente la mirada puede revelar, no así la pluma. Sonreía jovialmente, si bien esta jovialidad de su sonrisa encerraba algunos ribetes de melancólica ironía. Finalmente añadió:

«¿Lo crees así verdaderamente, mi pequeña?»

«¿A qué te refieres?», respondió ella.

Él se calló de nuevo y sonreía con más ganas, hasta que con una solemne gravedad en la voz le reconvino a su mujer:

«Si es así te perdono la tontería que acabas de decir, porque demuestras bien a las claras que la has olvidado tan pronto como la dijiste. Porque, desde luego, era una tontería como una casa, una de esas tonterías que dicen ordinariamente las mujeres alocadas. ¿Qué cosa importante, en definitiva, podría yo haber llegado a ser sin ti en el mundo?»

Ella pareció por unos instantes un poco molesta con esta seria advertencia, mas se recuperó en seguida y empezó a hablar con toda la elocuencia de que es capaz una mujer. El consejero, sin interrumpirla, se quedó mirando una tela de araña que traslucía al sol, mientras que con los dedos de la mano derecha tamborileaba sobre la mesa, acompañando el canturreo de una vieja canción popular y, al mismo tiempo, el discurso que le seguía espetando su elocuente consorte. Las palabras de la canción eran perceptibles en algunos breves momentos, pero en seguida, al igual que el dibujo de un tejido fino que tan pronto aparece como desaparece, volvían a esfumarse con el ritornelo del famoso título: «El marido se fue al bosque a cortar varas de avellano». Cuando el melodramático discurso de la señora consejera tocaba a su fin, se pudo oír la siguiente réplica:

«Me parece —dijo él—, me parece que ignoras por completo que las leyes danesas permiten a los maridos azotar a sus esposas. La lástima es que estas mismas leyes no especifiquen en qué casos está permitido.»

Ella se rió de semejante amenaza implícita y continuó:

«Pero, esposo mío, ¿por qué no podré lograr nunca que me escuches con una poca seriedad cuando te hablo de cosas tan importantes? No, no me comprendes. Créeme que soy completamente sincera cuando te repito con tanta insistencia que habrías llegado a ser algo importante en el mundo. Después de todo es una idea muy sugestiva. Claro que si no te hubieras casado con-

migo, puedes estar seguro de que ni siquiera la habría mencionado una sola vez. Y si ahora lo hago tan de continuo, no es sólo porque la idea me ilusiona, sino porque creo que también debe ilusionarte a ti mismo. Por eso, al menos por esta vez, sé un poco serio y respóndeme con toda franqueza, te lo ruego, hazlo por mí.»

«No, esposa mía, jamás conseguirás que yo me ponga serio, ni tampoco ninguna respuesta seria de mi parte sobre un punto tan discutible. Lo único que puedo hacer es reírme de ti y así hacer que tú misma lo olvides, o quizá pegarte unos verdugazos para que dejes de hablar tanto de la misma cosa, o finalmente, si las risas ni los verdugazos son eficaces, hacerte callar por otro procedimiento más rápido. Como verás, todo esto es una broma en tres tiempos, lo que significa que tenemos otras tantas salidas.»

El consejero se levantó en aquel mismo momento, le dio un beso en la frente a su esposa y ambos, cogidos por el brazo, se perdieron por el sombreado caminito que partía de la glorieta.

Esta, como es obvio, quedó desierta y ya no había nada que hacer ni ver allí, con lo que la cuadrilla de ocupación enemiga no tuvo más remedio que retirarse sin botín alguno. Ninguno de ellos parecía, ni muchísimo menos, satisfecho con el resultado. Algunos, de despedida, se contentaron con hacer una que otra observación maliciosa. Tomaron otra vez el sendero por donde habían venido, pero notaron que Víctor se les había escabullido. Esta había dado, raudo como un corzo, la vuelta a la esquina del jardín y se fue acercando por uno de sus lados hasta la pequeña mansión veraniega. Las puertas del salón que daba al mismo jardín estaban abiertas de par en par, lo mismo que la ventana que daba al camino. Sin duda que allí vio algo que le llamó poderosísimamente la atención, porque de un salto se coló en la pieza y de otro volvió a salir como una exhalación, yendo a tropezarse de narices con los compañeros que andaban buscándolo. Con gesto triunfante les muestra en su mano alzada un mazo de

papeles, mientras les grita: «¡He aquí, amigos, un manuscrito del señor consejero! Con anterioridad he publicado otros manuscritos suyos. Mi deber, pues, es publicar también éste.» Con mucho cuidado lo metió en el bolsillo o, mejor dicho, trataba de hacerlo, porque en el mismo momento en que curvaba el brazo y deslizaba el manuscrito en su bolsillo, fui yo y se lo sustraje como por arte de magia.

Y, después de todo, ¿quién soy yo? Hasta ahora nadie ha hecho esta pregunta. Si a alguien se le ocurre hacerla en este instante, puedo decir que he tenido mucha suerte, pues de esa manera he podido cumplir mi tarea, por cierto nada fácil, sin que nadie me obligara a revelar mi identidad. Por lo demás, no merece la pena que nadie pregunte por mí, porque soy la cosa más insignificante de todas y, como es lógico, al tener que revelar mi identidad me lleno de confusión y me salen los colores a la cara. ¡Bueno, esto es un decir, pues ni siquiera tengo cara! Yo soy el puro ser y, por lo tanto, casi menos que nada. Soy el puro ser, que está en todas partes y a quien, no obstante, ninguno puede ver, pues su esencia es el perpetuo devenir y, por consiguiente, constantemente quedo abolido [1]. Soy como la línea que separa un problema aritmético de su solución. ¿Y quién se preocupa para nada de una simple línea? Por mí mismo no puedo hacer nada, ni siquiera la idea de robarle el manuscrito a Víctor ha sido mía. Porque esta idea, gracias a la cual, según se expresan los ladrones, yo le «escamoteé» a Víctor el manuscrito, también fue primero idea suya y luego escamoteada por mí. Por esta misma razón, al publicar ahora el manuscrito, me considero una vez más como una nada absoluta, ya que el manuscrito siempre seguirá siendo propiedad del con-

[1] Es una respuesta muy irónica contra Hegel de William Afham, el *evocador* del banquete y de los discursos, el *espectador de excepción,* por su benevolencia se entiende y por su contraste con los otros cinco observadores sabuesos y maliciosos de la última escena del jardín, y uno más entre los innumerables *seudónimos* de Kierkegaard.

sejero y, en cuanto lo publico o lo edito yo, no soy más, en mi nada absoluta, que una especie de venganza contra el propio Víctor, quien no solamente se sentía muy ufano con haberlo robado, sino también, lo que es mucho peor, con perfecto derecho a publicarlo.